

MARTA DILLON

# Vivir con virus

Relatos de la vida cotidiana

LA GRANADA



género



# **Vivir con virus**

Relatos de la vida cotidiana



# **Vivir con virus**

Relatos de la vida cotidiana

MARTA DILLON



Dillon, Marta

Vivir con virus: relatos de la vida cotidiana / Marta Dillon. -  
1a ed. - La Plata: EDULP, 2016.

194 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-1985-79-1

1. Crónica Periodística. I. Título.  
CDD 070.44

## **Vivir con virus**

Relatos de la vida cotidiana

MARTA DILLON

Foto de tapa: Adriana Lestido



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2016

ISBN N.º 978-987-1985-79-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2016 - Edulp

Impreso en Argentina

*A mi hija, Nandá.*

*A mi hijo, Furio.*

*A la amorosa memoria de Lohana Berkins.*





## Agradecimientos

A todas las personas que leyeron y pasaron de mano en mano estos textos y me convencieron de que valía la pena volver a tenerlos disponibles.

A Raquel Robles, que se cargó al hombro esta edición.

A los amigos, pero muy especialmente a las amigas que a diario me salvan la vida.

A Lucrecia Rojas.

A Adriana Lestido.

A Silvia Maldonado.

A la vida misma.

A este fuego que arde en mi pecho y no se apaga nunca.

A quien sea que haya que agradecer por la chance de poner en palabras la experiencia cotidiana.



## Prólogo

Este libro empezó a escribirse hace más de veinte años. El punto final del texto que sigue fue puesto hace más de diez. En el medio, la rutina de escribir cada domingo la columna que saldría publicada en el suplemento *No*, del diario *Página/12*.

Una enorme ternura me envuelve frente a la nueva puesta en papel de esta red de palabras que una vez me salvaron la vida. Ternura por esa que fui, por la ingenuidad que sobrevive entre líneas, por las comas y los puntos que sobran por todos lados, por esa heterosexualidad convencida de la que me fugué con tanto placer.

Todo está dicho en las páginas que siguen, conservé el prólogo de la edición original, del año 2004, en honor a esa sucesión de presentes que hilvanan una trayectoria vital. Muchas cosas han cambiado desde entonces, ahora sabemos que los tratamientos para el vih-sida son realmente efectivos, que el estigma se ha morigerado al mismo tiempo que se aplazó la amenaza de muerte y que hasta se puede prescindir de los condones cuando la carga viral permanece indetectable. Otras siguen igual, hay cuerpos que importan y otros que no, quienes mueren por causas relacionadas al vih sida son en su enorme mayoría pobres, personas trans, indi\*s, negr\*s; exclud\*s. Pero no tengo intenciones de hablar sobre sida, aunque ahí está el origen de esta trama.

Este es un libro sobre el duelo y la fiesta. El duelo recurrente que se instala cada vez que aparece, como el dibujo de un rayo sobre el telón de la noche, la conciencia de la muerte. La fiesta que alumbra ese

contraste, la intensidad que ofrece saber que todo se termina, todo pasa, no hay nada más que estar presente. Ahora.

Sé, sin ninguna jactancia, que este libro ha acompañado a muchas personas. Y cada una de ellas me ha ayudado a mí en el tránsito de los años, los amores y los desamores, las pérdidas y las conquistas. Así como aprendí que no es posible apresar más que este latido fugaz que ahora mismo dice mi nombre, aprendí también que no hay vida para mí fuera de la trama colectiva, de la amistad, del afecto, del reconocimiento en los ojos de otra, de otro. Es en la comunidad donde existo, resisto, amo. Aunque las constelaciones muten y sus diseños a veces se tracen sobre heridas. Perseguir sueños es tan vital como estar despierta, ahora mismo, en esta encrucijada cotidiana de tiempo y espacio, carne y hueso, amor y dolor.

¿Soy la misma que escribió lo que sigue? ¿Cuánto me he transformado con el paso de los años? Mi cuerpo acusa el paso del tiempo, mi deseo se despega de la linealidad que impone contar los años de a uno en uno. El deseo intacto, la sed de poesía, el cuerpo, este que tengo con todas sus marcas, sus arrugas, sus fortalezas y debilidades; todo eso está dispuesto. Eso no ha cambiado y por eso es que me animo a esta reedición, a ofrecer la ingenuidad de cuando era joven ahora que no lo soy. Porque sé que esa gema que descubrí un día está ahí, alumbrando. Es ese fuego de la tapa, el fuego que guardamos en el corazón. El calor que nos impulsa cada día, a un día más. Y a otro, a otro más.

MARTA DILLON

*Marzo de 2016*

## Prólogo a la edición 2004

Recibí mi diagnóstico de vih positivo en el Hospital Ramos Mejía, después de una corta internación y a pocos meses de haber asistido a la muerte de una amiga. Esa agonía lenta pero amable -si es posible usar esa palabra- ya me había cambiado la vida. Con algunos vaivenes, había empezado a desprenderme de lo que me hacía mal y yo asumía como una condena necesaria, vaya a saber por qué. La muerte se había impuesto como una noche polar que me obligaba a encender velas a cualquier hora para rasgar su manto. No había tiempo que perder.

Ese tiempo en que la despedida era una frontera a la que nos acercábamos como exiliados quienes estuvimos cerca de Liliana Maresca -un desgarró y un alivio- fue como tirar piedras en el camino para no perderme cuando me tocara transitarlo otra vez.

Sin embargo, salí corriendo del consultorio en el que me dieron la noticia sin ofrecerme un asiento. Necesitaba aire, cielo, tierra donde poder vomitar, devolver eso que no podía corresponderme a mí.

Fue una leve arcada, al final. Unas cuantas convulsiones de llanto.

Es que la muerte, tan próxima que se la podía oler, era inexorable entonces para quienes vivíamos con vih.

¿Cuánto podía faltar para que la mía encontrara su diseño? Calculé diez años, diez años de sobrevida, para usar el léxico médico contra el que me rebelé de inmediato. No quería escuchar hablar de

sobrevida, ni siquiera de vivir más. Yo quería vivir bien. ¿Y qué es eso? Los diez años se están cumpliendo al fin de 2004 y la respuesta sigue siendo tan imposible de sujetar como un jabón en la bañera. Nunca es tan trascendente como supuse en el primer instante, cuando la despedida tenía un nombre y hasta una fecha detrás de la postal que dejaría en la memoria de mis amores. Pero el contraste del principio, esa nitidez abrumadora con la que podía ver la belleza de los actos cotidianos, sentir el abrazo de los amigos, el mareo del amor, la fortuna de ayudar a crecer a mi hija, el milagro de que amanezca cada vez, eso lo conservo como un talismán al que pido fuerza en los días malos. Cuando la pena me obliga a recordar cuánto vale.

Empecé a escribir la columna *Convivir con Virus* en el suplemento *No de Página/12* en octubre de 1995, mientras trabajaba como una obrera sobre mi cuerpo para resistir lo inexorable. No existían los cócteles de tres drogas que cambiarían la historia -todavía no sabemos cuánto- y yo me negaba a tomar la medicación disponible. ¿Para qué? La gente se moría a mi alrededor. Cada vez que lo pienso me sorprendo de cuánta gente que conocí murió de sida. Pasaron los ochenta con su breve euforia de final de dictadura y dejaron un tendal sin que se haya podido digerir que unos pocos juegos oscuros, que sí, probablemente fueran un coqueteo con la muerte, se hayan vuelto absurdamente literales. Yo no quería quedar pegada en esa foto. Yo quería vivir, al menos el tiempo suficiente como para tallar mi nombre en algún lado, que tuviera sentido este paso por la Tierra. Quería distinguirme del abrupto destino de mi madre -heroína de ojos azules que nunca envejeció-. La secuestraron en 1976 y todavía está desaparecida.

Las columnas, entonces, eran como una soga tejida con palabras que daba seguridad a mis pasos. Cada domingo me sentaba frente a la computadora y me obligaba a pensar en los pequeños cambios, los mínimos premios que me traía la conciencia de que vivir era una sucesión de momentos que merecían ser saboreados. Después, después ya se vería.

El tiempo domestica ese fulgor de los primeros días, lo convierte en un rescoldo en el que es posible calentarse las manos y conservar la esperanza del fuego que vuelve a encenderse cada tanto, que a veces me consume pero nunca tanto como para agotar el combustible que arderá otra vez. Y otra más.

El tiempo, es cierto, vino de la mano de unas cuantas drogas, y de ese deseo siempre despierto que me ayudó a tomarlas a tiempo, a soportar las náuseas, los inconvenientes digestivos, la nostalgia de no apagarme cuando todavía era una estrella refulgente y las transformaciones de mi cuerpo delatan que envejecer no será tan romántico como creía, menos en estas coordenadas de tiempo y espacio en las que el fulgor es un fósforo encendido a la intemperie.

A pesar de los resultados, sigue habiendo quien prefiere mirar hacia otro lado y no atenderse, como si las pastillas fueran un recordatorio diario de esa amenaza latente que anida en la propia sangre.

De hecho lo son, y no sólo para quien las toma; también para quien las descubre, por ejemplo, en mi mesa de luz. Pero en definitiva esa es mi realidad y desde el principio entendí que la única manera de defenderme del rechazo era haciéndome cargo. Y tal vez para ahorrarme algunos pasos es que decidí escribir en las columnas en primera persona. Por lo menos tendría algo escrito para ahorrarme palabras que a veces quedan en la garganta como una espina atravesada.

Releyendo las primeras columnas, la vergüenza acude como un torrente de sangre sobre las mejillas. Me siento como un pastor con un megáfono en una plaza cualquiera contando cómo dejé las drogas. Pero está bien así, yo creía que tenía algo que comunicar y lo cierto es que siempre sentí que había alguien del otro lado del papel de diario. Durante los tres primeros años recibí muchas cartas, manuscritas, con estampilla y remitente. Después empezaron a llegar los mails; ya nadie escribe cartas, mucho menos a los diarios. Así de vertiginoso es el tiempo.

De ese ida y vuelta surgieron muchas historias que están en estas páginas, que me dieron el ejemplo y también me llenaron de impotencia; por todo lo que se pudo evitar. Por los abismos que se abren

entre quienes pueden decir lo que les pasa y quienes no. Entre quienes comemos todos los días y quienes apenas lo consiguen. Entre quienes podemos trabajar a pesar de lo que digan nuestros análisis clínicos y quienes encuentran ahí una barrera que los deja en el margen. El viaje interior que significaba *Convivir con virus*, entonces, se abrió a otros rumbos, otras voces, otros escenarios. Las columnas hablaban de mí y de quienes como yo vivían con vih y de quienes no, porque en definitiva estamos todos obligados a convivir y los encuentros se producen sin pedirle permiso al virus. Yo aprendí a sentir el miedo en los otros como un olor, un olor que me da una náusea que tengo que contener mientras pido paciencia para ver si hay algo más allá. Y lo cierto es que sí, hay más.

Muchas cosas cambiaron desde que empecé a escribir las columnas. Algunas permanecen, como fotos, fijas en el tiempo. Ciertos estereotipos parecen tallados en piedra, inmóviles, mostrando imágenes remanidas, atadas a camas de hospital, a una sexualidad en particular, a un modo de emprender la vida a garrotazos. Todavía el silencio es una constante para quienes viven con vih, como son constantes y progresivas las nuevas infecciones. Claro que cada vez los que se infectan son más pobres, más marginales; y en este grupo cada vez son más las mujeres. Sin embargo, todavía no se ha conseguido asegurar la educación sexual en las escuelas para que cada cual pueda decidir en libertad cómo y con quién desea relacionarse. Y aunque parezca un chiste, la Iglesia Católica todavía insiste en que no se puede fomentar el uso de preservativos. Por eso, aunque haya dejado de escribir las columnas cada semana, sigo creyendo que está bueno poner algunas cosas en palabras para arrancarlas del territorio del miedo, para quitarles solemnidad, para darnos abrigo. Eso fue lo que intenté en estos años, entre el pesimismo de algunos días y la euforia de otros es posible encontrar un equilibrio. Yo busco la orientación en ese talismán del principio, y en el recuerdo de mis amigos muertos. Ellos viven en mi corazón y en cada una de estas líneas. A ellos y a ellas quisiera darles las gracias por lo que



me enseñaron y porque elijo creer que algún día me esperarán del otro lado y nos iremos juntos y para mí no será tan difícil el paso.

Cada uno elige creer en lo que puede. Yo creo que mientras el deseo esté despierto siempre se encuentran frutos para calmarlo, hasta que pida más y haya que volver a buscar. Que el amor es el perfume, y que lo exuda tanto mi hija como mi amante, mi familia, mis amigos. Esa es mi clave, mi contraseña para cuando me olvido. Es el deseo lo que brilla en los ojos. No hay pastillas que alcancen si se pierde la ilusión y el hambre de que el día descubra su sorpresa, aunque a veces haya que remontarlo desde el fondo de un ojo oceánico.

MARTA DILLON  
*Septiembre de 2004*



**1995-1997**

---



**C**recer duele. Desde que vivir con VIH me trajo la conciencia de la muerte, los surcos que he transitado hasta ahora para sentir no me conducen. De tanto en tanto alguna certeza nueva se enciende. Pero no es más que el reflejo de una nube en el río. Siento vértigo. Tengo que aprender de nuevo lo que es el amor, la vida, la muerte. Palabras demasiado grandes para el lento pasar de los días. Unas pocas letras para dibujar el sol que se enciende en mi corazón cada vez que despierto a mi hija para ir al colegio. Hoy tengo ganas de llorar, hace un año que la luz de Liliana Maresca, mujer, artista plástica, amiga, cambiaba de forma. Lloviznaba en la Chacarita mientras sus amigos aplaudíamos el adiós de su cuerpo. Ayer la vi en un video documental (*Vivir*, de Pablo Reyero) contando su experiencia como seropositiva. No sentí dolor. De cada uno de sus gestos se desprendía la vida. “El amor es el perfume de la flor”, dice en un momento, y recuerdo que no le gustó escuchar esa frase después del último desengaño. Pero se rodeó de perfume mientras se preparaba para su viaje. Y antes de partir selló su amor con letras rojas sobre amarillo: profundis matrimonio, escribió en el acta. Ya no puedo tirarme en su cama a llorarle mis pequeñas penas. Pero de ella aprendí que se puede vivir hasta el último momento. Que de la misma forma en que muta el virus, nosotros tenemos que ir buscando estrategias nuevas para seguir opo-

niendo vida a la sentencia de muerte que parece inexorable. Y no lo es. Cuando terminó el video, después de escuchar los testimonios de otras personas afectadas, sentí una necesidad urgente de comunicar algo, algo bueno. Me pregunto qué pasaría si le quitáramos la fe al virus, si dejáramos de creer en su poder de muerte. El miedo hace el 50 por ciento del trabajo de esta enfermedad. Y esa herramienta sí podemos quitársela. Hay quien dice que el sida es la enfermedad de la falta de amor. Puedo reconocerme en el desamparo de tantas noches entregándolo todo a cambio de la ilusión de que me quieran. Hoy aprendo de nuevo a amar. Y le ofrezco un nido a los amores que no me piden nada. No me duele la ausencia de mi amiga, su paso por aquí me sigue alumbrando. Es la nostalgia por las viejas formas lo que de a ratos me anuda la garganta. Es el miedo de saber que tengo muchas oportunidades en las manos, que mi vida no depende solo de los avances de la ciencia. Y que el tiempo es lo de menos si uno cierra los ojos a la conciencia.

**N**os encontramos un domingo, a la hora en que las nubes arden en la hoguera del atardecer. Hacía casi diez años que no charlábamos y mientras la luna como una sonrisa se dibujaba en el cielo nos fuimos poniendo al día. Teníamos algunas cosas que contarnos. Yo una hija, él cuatro. Ambos dos parejas, distintas profesiones, viajes, amigos en común, proyectos en marcha. Salimos a caminar, rápido, al ritmo de las palabras que tejían y destejían historias como frenéticas arañas. Le conté que tenía vih, que me estaba cuidando mucho, que había cambiado mi dieta y que por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba trabajando por mí. “¿Sabés?” -le dije-. A veces asocio este estado de gratitud hacia la vida con mi embarazo. Soy consciente de cada cosa que me sucede. Escucho lo que mi cuerpo trata de decirme con la misma atención con que contaba las patadas de mi hija. Estoy

gestando algo, una vida distinta, me estoy pariendo aunque sea con dolor”. Él se entusiasmó. Me contó que hace dos años tuvo que dejar de fumar por un edema. El cigarrillo o la vida, le había sentenciado un colega (Juan también es médico). Entonces dejó el cigarrillo y aprendió otra vez a respirar. “Para mí también fue nacer de nuevo”, dijo. De alguna manera nos sentimos más juntos. Unidos por un cordón que nos aferra a la vida, aunque a veces sea parca y nos dé el placer con cuentagotas. Es otoño en Buenos Aires, el sonido que acompaña nuestros pasos, el aire frío en la cara, una hoja dorada que se enredó en mi pelo se me antojan presagios. Cierta sensación de que cada uno de mis pasos puede ser trascendente me acompaña todo el tiempo. Es como si cada momento feliz estuviera amenazado por unas sombras locas que me hacen burla del otro lado del cristal. Juan insiste en saber más. “¿Qué es -me pregunta-, qué es lo que cambió para vos?” Me obliga a pensar, a liberarme de esos dedos fríos que sin querer me atenazaron la garganta. Creo que lo primero que me pasó fue que se me desempañó la mirada. El dolor, el miedo, que hasta entonces siempre me habían dejado sola, se transformaron en un vínculo incorruptible con otros que como yo estuvieron parados en el borde de la vida. Sin decir una palabra me doy cuenta de que por primera vez me permití escuchar mi deseo acostumbrado a la mordaza de la culpa y la utilidad.

Hoy me alcanza que salga el sol, que la manito de mi hija haga un dibujo sobre mi cara, que la gente siga peleando por tener una vida digna. Durante la larga pausa en que mastico mi respuesta descubro que le quité al virus su carga de muerte, no le creo que pueda matarme y me permito esa utopía. “¿Sabés qué? -le digo-. Creo que ahora me permito soñar con la secreta fe en que todos los sueños son posibles”.

**G**umier podría ser Clark Kent. Es alto, usa anteojos y además se ejercitó en el periodismo durante algunos años. Solo que debajo de su ropa de calle no lleva el traje de Superman, sino un delantal de enfermera. Así se siente Jorge Gumier Maier, a quien le tocó convivir con el vih sin estar infectado. Algunos de sus amigos lo están, y su pareja murió de sida hace dos años. Pero no le quedan lamentos en el corazón sino “algo de serenidad, cierta responsabilidad frente al amor”. “A mí me regalaron una nueva forma de gozar -dice Jorge-, porque yo también asimilé la idea de que me voy a morir y eso lo cambia todo. El éxito, la carrera, son conceptos que están desplazados de mis urgencias”. Gumier es artista plástico y curador de la galería de arte del Centro Cultural Ricardo Rojas. Su trabajo le permitió observar la obra de algunos artistas que ya no están y de otros que siguen desafiando al virus con trabajo. “En la Argentina no hay obra que se centre exclusivamente en la temática del sida, pero hay artistas que viven con vih. Lo llamativo -cuenta Gumier Maier- es que a diferencia de lo que sucede en los Estados Unidos y otros países, lo que comunican estos artistas no es ningún bajón. Su obra está más relacionada con celebrar la vida que con enseñar el dolor”. Mientras conversamos, un mediodía tranquilo en un restorán desierto, los dos coincidimos en que de alguna manera es lógico que en este lado del mundo los artistas, acostumbrados por la historia a muertes violentas, encuentren modos de celebrar que están vivos ahora, que hay un intervalo fértil antes del silencio total. Muchas veces he fantaseado con que me gustaría morir rápido, sin dolor, sin darme cuenta. Sin embargo, conversando con Gumier se afianzan otros valores. “No hubiera acertado ni un minuto la agonía de Omar (su pareja), él se preparó para partir y eso le llevó un tiempo. Sus sueños, sus fantasías lo iban acercando a ese paso que tenía que dar”, dice y se asoma el dolor sutil de los buenos recuerdos. Para él, acortar el sufrimiento del enfermo es una excusa. “En realidad, lo que se quiere acortar es la impotencia del que asiste a esa transformación”. Jorge está seguro de que la última fue



la mejor etapa de su relación con Omar. “Perdimos toda vergüenza, solo quedó en pie lo fundamental; dejamos de tener tiempo para las boludeces y así pudimos vivir la gran historia de amor”. Es bueno conversar con Gumier, se siente calentito el corazón cuando estamos con alguien capaz de transformar sus heridas y dispuesto a donar lo que aprendió.

**L**ucrecia da rodeos. Me cuenta que tuvo algunos problemas familiares, que su novio la bancó muy bien, que ahora se siente mejor... y nada más. No me imagino qué puede haber pasado que no se anima a contar. Coco hace lo mismo, otro día, otra semana. No me contesta cuando le pregunto de dónde viene y a cambio ensaya una mueca con intenciones de sonrisa. Pero los datos se cuelan: ojos mustios, la camisa que reemplaza a la remera. A los dos les tocó despedir a alguien en estos días. Lucre perdió un tío. Coco, una amiga. Y yo me doy cuenta de que ambos me retacean alguna información. Aunque no se conocen ellos mantienen entre sí el tácito acuerdo de no mencionar a quienes murieron por alguna causa asociada al sida. Algo parecido sucede cuando alguien atraviesa algún síntoma que delata al virus: mis amigos me protegen, pero la vida sigue sucediendo. No enterarme no resuelve mi miedo a la muerte. O mejor, nuestro miedo a la muerte. Tengo casi treinta años y gran parte de mi vida pasó envuelta en silencio. Y cada vez que la verdad, por más estridente que fuera, lastimó mis oídos, sentí un gran alivio.

Me acuerdo de la noche anterior a recibir el resultado de mi VIH. Puedo volver a vivir ese último insomnio entre sábanas pegoteadas de ansiedad. Estuve dándole puñetazos a la almohada hasta que pude reconocer al miedo agazapado entre los restos de oscuridad. Recién entonces me dormí. Al otro día el miedo solo cambiaría de nombre, pero ya no se llamaría incertidumbre. Un miedo menos, una duda

menos para atormentarme. Esta vez, saber también fue para mí un alivio. Ahora tengo un trabajo urgente que hacer, no perderme ni un bocado de vida. Aunque este se ofrezca mientras lavo los platos. La sombra de la muerte le da brillo a cada instante y la verdad le da relieve. Tal vez no tengan por qué importarme las enfermedades o muertes ajenas, pero quiero formar parte de la red que yo también necesito.

**S**entada en el desierto de la galería de arte me dejo envolver por la tibieza de las obras de Feliciano Centurión. Tengo la sensación de haber llegado a un oasis. En la calle el calor agobia, y sobre la Avenida de Mayo miles de fotos de desaparecidos acompañan a las Madres en una nueva Marcha de la Resistencia. Una de esas fotos es la de mi mamá. A ella la arrancaron de su sueño de transformar el mundo en un chupadero de la provincia de Buenos Aires. La violencia galopó en mi corazón durante las últimas veinte cuadras. Pero necesito curarme. Agradezco que el aire acondicionado le ponga un límite a mi transpiración.

Los trabajos de Feliciano se me ocurren ventanas, fragmentos de una intensa actividad interior. Él también tiene vih y lo cuenta. Porque el virus le sirvió de lupa: una lente que le dibuja bordes concretos al amor. Sobre retazos de frazadas el artista bordó con cariño de abuela sus afirmaciones. Acompañada por estos cuadros encuentro consuelo para mi dolor. Unas pocas frases me devuelven a la alegría. “Dejó que el amor nos guíe”, me dice después de mostrarme sobre un mantelito otros pequeños placeres: “Te regalo una flor”. El alimento, el llanto, el pulso de la sangre. Un grito. No hay cómo defenderse de estos pedidos urgentes de la vida que Feliciano imprimió sobre superficies en las que encontramos abrigo. Sus obras son cerbatanas que disparan semillas a mi corazón. Mi corazón de tierra fértil. Estos pequeños actos expuestos son los que le dan nitidez a mi vida. “Dan calor tus manos”, leo y afirmo: todo tiene sentido si puedo sentir la

temperatura de otra piel. Es bueno sentirse acompañada. Sé que en este gesto exhibicionista Feliciano se descarga de un gran peso. Hasta hace poco convivió con el virus sin contarlo. Preservándose. A pesar de que muchas cosas han cambiado, una huella profunda nos marca. El “algo habrán hecho”, aquella famosa frase que intentó explicar el horror en la complicidad de las víctimas, sigue cobijando algunos miedos. No puedo evitar cierta sensación de culpa cada vez que la curiosidad de alguien empuja la pregunta sobre el origen del vih. Muchos de los que se fueron de la mano de esta enfermedad llegaron hasta el final creyendo que la vida les estaba pasando la cuenta. Hoy todavía son muchos los que obedecen el mandato de la culpa y siguen callando. Centurión se dona en sus obras y nos da un refugio. Podemos sentir el valor de ser humanos en la suave vibración de su alma. Y nada más importa. Porque la única cuenta que puede pasarnos la vida es la de haber transcurrido sordos a su latido.

**N**o era la primera vez que lo escuchaba pero la angustia que me cerró la garganta tenía la fuerza de aquello que se siente por primera vez. “Está demostrado científicamente -me dice el doctor detrás de la corbata-: los que toman tratamientos antivirales viven más”. La vieja discusión volvía a plantearme dudas. Tomar o no tomar AZT era el tema. Pero yo no podía hablar. Los pormenores de las ventajas y desventajas de los medicamentos eran una música de fondo. Todo lo que ocupaba mi cabeza eran esas dos palabras: viven más. Esa referencia a mi tiempo limitado de vida no me dejaba escuchar. Marcelo, el doctor, con una paciencia que parecía obviar la larga cola de pacientes que esperaban para verlo en ese pasillo del Hospital Ramos Mejía, intentaba hacerme razonar sobre la necesidad de prolongar el “estar bien”: ayudar a subir las defensas, recibir los beneficios de los nuevos descubrimientos de la ciencia. Por supuesto no llegamos

a ningún acuerdo en esa charla. Salí del consultorio lo antes posible. Me avergonzaba un poco de mi llanto. Tanto trabajo para estar bien, y de pronto me caigo ante la tácita mención de la muerte. Mi propia muerte. Por supuesto que quiero vivir mucho; es más, quiero ser abuela y ver pasar los atardeceres sin urgencia. Pero sobre todo quiero vivir bien. El tiempo es inasible. Ninguna cantidad propuesta sería suficiente para mí. ¿Qué significa más? ¿Más que quién? Solo tengo entre las manos este momento único en el que estoy golpeando el teclado. Nada más puedo aferrar, aunque pasemos la vida intentando acumular cosas, esbozando señales de nuestro efímero paso sobre la Tierra, solo nos vamos a llevar lo que trajimos: nada. Cada verano, igual que hoy, las peras se caen del árbol frente a mi ventana. Cada pera es distinta pero se caen y se pudren de la misma manera. No tengo respuesta sobre el AZT. Pero tengo otra certeza. No voy a resignar la calidad de mi momento presente. Estoy segura de que mi vida no depende de unas cuantas pastillas. Las comprobaciones científicas no contemplan cada caso. Y yo soy única, como cada uno. El tratamiento que elija tendrá poder en la medida en que yo se lo otorgue. Tal vez termine tomando esas pastillas. U otras. En cualquier caso estoy segura de que es el amor a la vida lo que me salva de la muerte. Y no hablo de dejar de respirar sino del silencio que me queda en el alma cuando pierdo el asombro cada vez que una pera se estrella contra el pasto.

## **Enero-julio de 1996**

**P**or momentos siento que el tiempo se me escapa. Que la única oportunidad que tengo se diluye entre las tenazas del proceso natural del virus que se aloja en mi sangre. Entonces tengo una desesperada necesidad de dejar mi marca. De grabar mi nombre en cada piedra. De sujetar los médanos hasta inmovilizarlos. Quisiera

ser un nido donde el viento se aquieta. Que por favor se detengan los planetas. Que me espere el tiempo hasta que sea viejita. Hasta que crea que ya está bueno, que por fin puedo soltar las amarras y convencerme de que también puedo ser aire. Hace poco mi hija me preguntó, siguiendo el ritmo de un antiguo juego: “¿Tenés mamá?”. “No”, le dije sin pensar. “Sí tenés, pero está en otro lugar”, retrucó ella con una seguridad que me da confianza. Tal vez mi mamá esté en mí. En alguna forma especial de decir las cosas. En algún gesto. Liliana Maresca me decía que lo único que quedaba de nosotros después de la muerte era la obra. Mientras, siguiendo su oficio, se empeñaba en mezclar colores sobre un papel. Yo insistía en que no, en que quedaba el amor en los seres sobre los que lo habíamos derramado. La obra, cualquier obra, sobrevive si nos donamos a ella. Sigo sintiendo lo mismo. Cuando veo sus esculturas porque alguna muestra las sigue trayendo, encuentro el sentido de su belleza en la mujer que respira detrás de cada muesca. La obra: lo que queda es ese espacio que abrimos sobre el mundo para poder expresar nuestro deseo. Como un machete que se blande sobre la maleza, cada uno va dejando una senda. Esa sinuosa huella puede hacerse camino si cada vez que el filo deshace los obstáculos nos deja más cerca de nuestros sueños. Sentada aquí, mientras miro el fuego, descubro que de los leños que ayer ardieron en el hogar solo quedan algunas cenizas. Pero antes de reducirse donaron su energía a los que ahora están dándome calor. A veces resulta tentador entregarse a lo que íntimamente sabemos que es inútil. Abandonarse a la soberbia e intentar el capricho de una inmortalidad con nombre y apellido. O tal vez anesthesiarse, emborracharse hasta caer confiando en que sin conciencia se fluye sin resistencia sobre el río de la vida. No creo que haya una sola respuesta sobre lo que queda de nosotros cuando el cuerpo deja de funcionar. En todo caso ahora funciona. Y me permito convencerme de que aquello que sobreviva de mí cuando mi corazón deje de latir no será otra cosa que esta necesidad, esta garra, este deseo permanente de seguir blandiendo el machete aun en la selva más cerrada.

**M**e gusta pensar que para mí tener vih fue como escuchar un despertador. Demasiadas imágenes poblaban mi cabeza como para dejar pasar la noticia sin novedad. Salí del letargo de una vida anestesiada. Empecé a tener conciencia de cada uno de mis pasos, mis afectos, mis posibilidades. Pero mantenerse despierta resulta, a veces, un trabajo agotador. Algunos días me consume el hambre y avanzo a grandes pasos. Montada sobre botas de siete leguas paso días atareada en distintas cosas, arrebatada por las ganas de dejar mi marca. Otros, simplemente me aílo en mi rincón y no puedo más que mirar el cielo. Lo que no cambia. El sol, las nubes, la lluvia. En este vaivén de mar se acuna mi deseo. Un ritmo de olas que a veces me desborda. Se derrama. Y después de la rompiente se lleva mis efímeros entusiasmos como objetos que arrastra la inundación. Pero despierta como estoy sé que no puedo lamentarme por lo que no tengo. Estoy obligada a encontrarme también el despojo. Es en el silencio cuando mejor escucho mi latido. Vuelve a alumbrarme la certeza de lo que no cambia. El cielo ahí mirándome. El frío y el calor. La única rosa del jardín en invierno. El abrazo de quien no invierte sino que dona. Ese pulso es la única constante de este ir y venir estoy viva. Y no tengo otra fidelidad.

**É**l me mira con esos ojos que acarician y con la mayor suavidad posible me dice: “Me da un poco de miedo”. Yo me transformo frente a él. Me crecen pelos en la cara, la piel se me pone verde y las uñas me llegan al piso. Me siento un monstruo. Otra vez la vieja sensación de ser un container de residuos tóxicos. Sin poder hablar me digo lo-que-ya-sé-pero-me-olvido: “No es a mí a quien teme, es al virus”. Pero da la casualidad de que el virus y yo andamos juntos por la vida y en momentos como este ya somos dos los que tenemos que convivir con él. Lo primero que digo es una boludez: “¿Miedo de qué?”. Él tam-

bién está atragantado. Nuestra primera noche juntos ya forma parte de los recuerdos más dulces pero esa mañana el sol solo alcanzó para alargar sombras. No lo dice. “Con respecto al tema, a tu tema”, ensaya. Yo elijo palabras que no uso. “Estás hablando de sida”, lo desafío para darme tiempo, para que crea que yo no tengo miedo. Intenté explicarle que habíamos tomado las precauciones del caso, que estuviera tranquilo que todo estaba bien. Pero fueron solo intentos. En realidad lo que queríamos era escapar. Esa noche no pude dormir. Llegué a pensar que mejor hubiera sido no decir nada; al fin y al cabo, mis intenciones no iban más allá de un buen momento. Pero recordando sus pestañas que caen como una tormenta sobre mi memoria me doy cuenta de que el silencio hubiera sido inútil. ¿Cómo decirle la verdad más tarde? ¿Cuándo? ¿A la segunda o a la tercera vez? Me digo para tranquilizarme que si el miedo lo detiene igual nada hubiera tenido sentido. Pero la impotencia es una tenaza. Su miedo no es individual. “Nunca estuve en una situación como esta, en realidad no sé cómo es”, me había dicho. Tampoco pudo enterarse de otra forma: la información concreta sobre lo que se puede hacer y lo que no, no se consigue en los quioscos ni en las librerías. Cuando nos volvimos a ver me di cuenta de que le debía algo más. Le pedí que me preguntara si tenía alguna duda. Pude decirle por ejemplo que por ser yo la que tiene el virus no hay ningún riesgo si guardo su sexo en mi boca. Que el preservativo es una verdadera barrera, y que en nuestros besos no hay más peligro que en cruzar la calle. Nos costó mucho ahuyentar a los fantasmas. Cada vez que nos separábamos creía que ya no querría verme más. Él tampoco estaba tranquilo, no temía a ningún acto en particular, sino al “tema”, algo oscuro y general que remitía a cuartos de hospital y camas vacías. Ninguno de los dos abandonó. De a poco nos fuimos dando cuenta de que podíamos inventar mil formas de enredarnos sin tener que caer en el viejo mete-saca (aunque no pienso resignar ninguna bandera). No es fácil. La primera noche de pasión se transformó en un lento arroyito que nos traía otra música, algo más suave, algo más dulce que calma la sed y la alimenta. Te

obliga a volver por más. La última vez que lo vi me di cuenta de que el sexo tiene para mí un riesgo mayor que cualquiera. En ese moroso transitar de caricias, esa necesidad de hablar y de escuchar, de respetar los tiempos, de aprender, germina en mi corazón. Y contra el amor no hay ningún preservativo que resista.

**H**oy quiero llegar a vos. Quiero estar con vos y decirte que no hay peor virus que el miedo. Que nada es tan poderoso como lo que crece en la oscuridad. Algunas noches no puedo dormir. Las débiles quejas de los muebles me mantienen alerta. Los ladridos de los perros. Una voz que escucho nítida, tan cerca de mi ventana, y luego se aleja acompañando los pasos sobre la vereda. Una sombra, un gato que llora su pena de amor. Cada ruido de la noche, en el silencio de mi cama, me parece un presagio horrible. Me paraliza el miedo y en la sombra me quedo esperando que alguien derrumbe la puerta y mi casa se transforme en el escenario de una noticia de policiales. Entonces enciendo la luz y me levanto. No tengo otra forma de conciliar el sueño. Si tengo que preocuparme por algo, quiero saber qué es, aun cuando después no pueda hacer nada por evitarlo. Vos me decís que no te animás a hacerte el análisis y te aseguro que sé de qué hablás. Antes de recibir mi diagnóstico pasé muchas noches dando vueltas, sospechando si la transpiración que humedecía mis sábanas era un síntoma o solo la adrenalina que me producía el miedo a tener vih. Entonces no tenía sentido encender la luz. El fantasma que alimentaba mi insomnio vivía dentro de mí. Era una voz que pasaba lista a cada encuentro en los que no me había cuidado. Que traía a mi almohada viejas campañas de televisión con camas de hospital vacías o aquella famosa imagen de Benetton en la que una familia lloraba alrededor de un enfermo terminal. Algunas noches ese repaso por mi vida me daba negativo. Otras sentía que mi universo se



derrumbaba, que mis días estaban contados, que tal vez esa tos, ese leve cansancio... Después la fuerza del día diluía un poco el miedo o por lo menos lo silenciaba con los ruidos de la cotidianidad. Pero, como vos ahora, ya sabía que la única luz que podía encender era la verdad. Si el virus estaba en mi sangre no iba a desaparecer solo porque no quisiera pensar en él. Cuando finalmente supe que estaba infectada fue como una piña en el estómago. Me senté en un banco, en el jardín del hospital, y vomité. Unas horas después me di cuenta de que allí, en el pasto, había dejado también al fantasma que no me dejaba dormir. Si mi universo se había derrumbado entonces podía juntar los pedazos y construir de nuevo. Ahora tenía una certeza que me obligaba a buscar otras: este presente continuo en el que vivo y me proyecto, mis afectos, en los que siempre encuentro consuelo y energía. Ya no siento que tenga los días contados. Los días vienen de a uno y me regalan la promesa de mañana.

**L**a mamá de Diego se desmayó cuando le contaron que su hijo tenía vih. Recibió el famoso directo a la mandíbula en un pasillo de hospital mientras Diego se recuperaba de una apendicitis. Él no quería que ella lo supiera. Pero reconoce que es un alivio no tener que seguir guardando esa noticia como un secreto. Ahora Diego empieza a fantasear con que más gente lo sepa. Tal vez con la posibilidad de que ese saber sirva para algo, para alguien. De alguna manera, animales de costumbre, todos aprendemos a convivir y aceptar lo que creíamos imposible. La muerte, la vida, los pequeños y los grandes cambios, todo pasa y se regenera. Como la química en el cuerpo, el ciclo de las flores, las horas del día y los cambios de la luna, las emociones se transforman y las pérdidas nos enseñan. Ningún dolor, ninguna lucha es peor que la que se emprende solo. Es en el intercambio dinámico con los demás que tenemos la fuerza necesaria para seguir adelan-

te. Tal vez estas palabras estén llenas de lugares comunes. La vida es un lugar común al que todos asistimos. Y más que nunca buscamos ese lugar común, ese lugar protegido por abrazos, ese lugar donde el afecto es el salvavidas y el agua en la que queremos ahogarnos. Esta vez Diego va a recibir el año con una certeza nueva. La de su madre acompañándolo. Sin la amenaza de que alguna vez se entere. Es más fluido el amor cuando se construye sobre la confianza. Yo tuve que repetírmelo miles de veces antes de enfrentar los grandes ojos de mi hija y explicarle qué era eso de “la sida” como ella lo llama. Muchos fantasmas se esfumaron para mí. Tal vez para ella también. Ya ninguna información alarmista podrá asustarla. Puede preguntarme lo que desee. Estoy aquí para contestarle. Y aun cuando las cosas puedan ponerse difíciles, ella sabrá que está integrada a mi mundo, de la misma manera que está integrada con mis amigos, con mis amores. No, no es fácil sonreír cuando las ausencias se notan como nunca, porque cada silla vacía lastima. Pero nosotras estamos juntas, más juntas que antes, porque ya no tengo que hablar con la puerta cerrada.

**T**odavía estoy envuelta en el vértigo del cambio. Todavía no entiendo del todo hacia dónde y desde dónde muto. Si casi todo parece igual y lentamente mis hábitos se acostumbran a la eternidad del instante que no deja sitio al silencio. El miedo se repliega con el correr de los días y en esta confianza descanso para olvidar que algo se movió sin retorno. Me guste o no me guste, no soy la misma. Todo lo que da también quita. Las opciones son peligrosas porque ahí se acaba la duda. Los caminos se abren pero yo tomo uno y descarto el otro ¿Para qué sirve añorar la encrucijada? El primer paso desencadena el resto y mi huella sigue la inercia de su elección. Me resigno a que a veces no hay ni bien ni mal. Las cosas son así y nada más puedo acomodarme en la búsqueda del centro. Mi centro. Una cuerda tensa que atraviesa

el río, que soporta su corriente y de tanto en tanto se deja mecer por el agua, abandonada al relajo de la mano que la tiende. Cada tanto estoy obligada a la firmeza. No puedo olvidar que vivir es una gracia y ante ese dios me inclino limpiándome de enojos pasajeros. ¿Qué cambia cuando una se entera de que vive con vih? ¿Qué cambió en mí? Todo dolor que arrasa deja en limpio las pocas cosas con las que se puede contar. En esos momentos, cuando la herida está fresca, los valores se reordenan fácilmente. Pero el correr de los días me deja de nuevo abandonada a la sensación de la inmortalidad. A mi alrededor también cambiaron algunas cosas. Y demasiado a menudo me olvido de que, como decía Feliciano: “Soy el flujo del tiempo que no se detiene”. Las anécdotas adquieren dimensiones de montaña. Entonces me rebelo contra el entorno. Lo que no puedo cambiar me duele. Me enojo con el miedo que provoca el virus en alguna gente. Con esa anécdota. Pero es así. Es un hecho y yo ya hice una opción para enfrentarlo y como en toda opción, se pierden cosas. Enojarme no las recupera. Claro que puedo mirar lo que tengo y lo que me falta. Cuando me enojo miro lo que falta, pero lentamente, como el calor de una manta con la que alguien nos cubre durante la siesta, empiezo a contar con lo que tengo. Y de nuevo me permito pensar que todo es posible y que así, con la fragilidad de lo que cambia permanentemente, también es bueno.

## Julio-diciembre de 1996

**E**l sol de agosto le da a Javier una buena excusa para que los anteojos negros borren la expresión de su cara. Es mediodía. Él me acompaña a buscar unos análisis: el famoso recuento de CD4, esas células en las que el vih se aloja para desorientar al sistema inmunológico. Como cualquier contabilidad, esta también es molesta. Aunque los

médicos intentan convencernos de que esa cifra que pronto voy a recibir en un papel de laboratorio no dice nada definitivo, es inevitable hacer algunas asociaciones. De hecho se hace indispensable tomar algunos medicamentos por debajo de cierto nivel de CD4. El Bac-trim, por ejemplo, un compañero indispensable cuando las mediciones quedan por debajo de los 200. Más allá de los detalles técnicos, que no llego a entender del todo, recibir mi recuento siempre fue un momento desagradable. Mi médico me recomendó más de una vez llegar al consultorio y recién allí enterarme de los resultados. Pero es imposible: sea lo que fuere siempre elegí saber. De hecho el recuento anterior lo recibí en el consultorio y eso no modificó en nada el poder que tuvo la noticia. Habían bajado más de lo que esperaba. Ese día estaba sola y salí del hospital devastada. Sentía que mi tiempo tenía un límite, que tenía que acelerar mis proyectos, que el virus no me pedía permiso para avanzar, aun cuando no lo notara. Por eso le pedí a Javier que me acompañara. Pasara lo que pasara ninguna noticia podía ser tan dura si tenía dónde apoyarme. Sus cien kilos de peso y de ternura me resultaban un muro suficiente para no desmoronarme. Él no entiende nada de linfocitos pero sabe que compartir el dolor lo transforma en energía. Esa certeza nos mantiene juntos. De hecho nos damos ánimo mutuamente. Yo lo convengo y él me convence a mí de lo buena que va a ser esta cifra. Que yo estoy bien, que ningún número puede alterar esa verdad que él y yo podemos ver aunque no entendamos nada de medicina. Cuando llegamos al laboratorio no puedo evitar un temblor que prefiero atribuir al subte, que a esa altura ya no pasa por debajo de la Avenida Santa Fe. No lo miro a Javier, pero su brazo cuida mi espalda. Del otro lado del mostrador del laboratorio un señor de delantal blanco se preocupa por contar varias veces los seis billetes de cien pesos que tengo que abonar. Estamos transpirando mientras el señor sigue ocupado en sus cuentas. Salimos de allí corriendo. En la vereda nos abrazamos. Esta vez hay algo que festejar: las famosas células se duplicaron. Pero no es lo único. Hablar me sirve, estoy acompañada. Este impulso de

socializar lo que me pasa tiene vuelta. Siento a mis amigos como un colchón donde puedo desparramarme cuando algo me golpea. Y que se convierte en cama elástica cada vez que alguna anécdota nos sirve para saltar de alegría.

**É**l fue la primera persona en quien pensé cuando recibí mi diagnóstico. Esa misma tarde nos encontramos en su taller, rodeados de sus obras, cálidas, en las que bordaba mensajes de esperanza. Él me consoló, me acercó la buena noticia que traía saber que tenía que hacerme cargo de estar bien, de cuidarme, de volver a creer en mí, en los demás. Me regaló sonrisas, sus manos voladoras, largas, ágiles como palomas llegaron hasta mí, me limpiaron las sombras, me calmaron. Hoy hace una semana que Feliciano partió. Nos despedimos de él por última vez y tantas palabras se hicieron cenizas junto con su cuerpo. Otra vez, otra vez despedirse cuando ya nadie esperaba un entierro, cuando se habla de convertir el vih-sida en una enfermedad crónica. Feliciano no creyó en esa posibilidad. No pudo quitarse el corset con el que lo aprisionó su dieta macrobiótica, la idea tan difundida de que los medicamentos matan más rápido que el sida, la premisa a priori que dice que la alopátia intoxica y rompe el equilibrio natural. Es doloroso despedirse, pero más dolorosa es esta sensación de que fue en vano, de que podría haber estado bien, de que tuvo la oportunidad y no quiso tomarla. Sentadas en la sala de velatorios Alejandra me dice: “¡Qué suerte que estés tomando todas tus pastillas!” como para ahuyentar algún fantasma que siempre se cuele en estos casos. Varios artistas plásticos como Chano organizan una reunión para juntar dinero que soporte los medicamentos de tantos otros que tienen ahora su oportunidad de recibirlos, de bajar el nivel del virus en la sangre. Algo cambió, me digo, desde la última vez. Pero Feliciano ya no estará allí; tal vez sus obras participen de alguna subasta, pero él ya no

estará. Y aunque los que nos reunimos cerca de su cuerpo, envuelto en encajes como en una crisálida, tratemos de convencernos de que fue su decisión, yo no termino de creerlo. Siento que se entregó a la soberbia de negar lo que le sucedía. Que quedó atrapado en la necesidad de aparentar que todo estaba bien, que él podía controlar su propio cuerpo. Pienso en otros como él, en el hermano de César, que también había convencido a su familia de que nada podía pasarle y en un mes se lo llevó la tuberculosis. A mí me costó decidirme a recibir el tratamiento. Tuve que desandar distintas teorías, admitir que sola no podía, que a veces es bueno dejar algo en manos de otros sin perder el mando de mi propio equilibrio. Pero no pude transmitírselo a él, que me acercó el consuelo cuando yo lo necesitaba. Me queda un dejo de bronca, algo de impotencia. Ya no habrá sonrisas de marfil para acompañar las sopas que Chano preparaba con esmero. Adiós Feliciano, y buen viaje.

**E**l teléfono insiste en sonar. Sucede cada vez que el diario trae una bomba del tipo “Nuevo remedio que hace desaparecer el vih de la sangre”. Es verdad. Me siento halagada por la preocupación de mis amigos que quieren saber si yo también leí el diario. Pero después de un inicial “Sí, lo leí”, no tengo mucho más para decir. Del otro lado de la línea el entusiasmo se congela. Este tipo de noticias no se parecen mucho a lo que me rodea cada vez que voy al hospital. Cuarenta días de espera para tener los resultados de un análisis de hepatitis B o cuarenta pesos para comprar los reactivos que suelen faltar. Un plazo parecido para saber si tenés o no vih (bancate esa espera). Desesperadas cadenas telefónicas para conseguir medicamentos que hace tiempo están aprobados y, sin embargo, no abundan o requieren de cientos de pesos por semana. Hace unas semanas se conocieron los resultados del tratamiento con inhibi-

dores de proteasa. Los detalles técnicos exceden este espacio pero hay consenso en que es uno de los mejores posibles. Sin embargo, se necesitan 600 dólares mensuales para poder comprar este medicamento en los Estados Unidos. Sería obvio hacer cifras sobre la cantidad de beneficiarios posibles. No es mi intención empañar las buenas noticias. Pero la información que tenemos a mano nos ofrece una realidad fragmentada. ¿De qué hablan los medios cuando hablan de sida? Números signados por la sombra de la muerte. Sobre los que de pronto llega Papá Noel con descubrimientos último modelo. Una tarde, durante un taller con otros compañeros que también viven con el virus, hablamos sobre las formas en que procesábamos la información que cada tanto aparecía sobre vih/sida. Unos optaban por ignorarla. Otros la leían desde la más absoluta falta de compromiso. Alguien confesó que no podía evitar el sentimiento de que tal vez podía hacer algo más por su salud y no lo sabía. Una mamá aseguró: “Leo todo pero sin pensar, ni por un momento, que eso tiene algo que ver con Martín”. Tal vez estas noticias, que por fin nos dejan suponer que la medicina puede controlar el virus, terminen con esa carga de condena a muerte que tiene el diagnóstico positivo de vih.

**V**oy al hospital después de dos meses. Es una mañana fresca, no tengo ninguna mala noticia que contar, subí de peso y no hay problemas con mi tratamiento. El doctor Losso luce su habitual y moderado buen humor. Mientras me hace las órdenes para los análisis que aún no cubre la obra social a la que pertenezco, hablamos sobre la falta de medicamentos. No puede evitar contarme la desidia de las causas, las licitaciones mal hechas, la pasividad del ministerio. “¿Y qué pasa con la gente?”, le pregunto algo incrédula. Él, habituado a disimular la impotencia, me contesta: “Si no tienen obra social, se mueren”.

**S**e suben al colectivo repleto y hablan dos palabras con el chofer. Una lleva un bebé en brazos. Las dos tienen más de 30 años, están bien vestidas y hablan correctamente. Les cuentan a los pasajeros que tienen vih, que no tienen intención de mendigar pero que se ven obligadas a pedir ayuda para solventar tratamientos que debieron suspender porque en el hospital ya no les entregan las medicinas necesarias para ponerle un límite al virus. Todos colaboran; algunas personas llegan a desembolsar hasta diez pesos. No hay vergüenza en sus caras, solo una firme determinación de no entregarse. Cuando bajan, un chico de no más de seis años les pide una moneda para comprarse un pancho. Son las tres de la tarde y hace un día que no come.

**M**aría lo cuenta como si se derramara. Tiene la cabeza casi apoyada sobre las rodillas y sus palabras caen directamente al piso, igual que el ánimo de quienes escuchamos, súbitamente mudos después de una conversación entre expertos en vivir con vih. Estamos amontonados en la sala de espera en esa banqueta de madera que ya conoce todas las formas posibles de sentarse. Marcelo se toma su tiempo con cada uno de sus pacientes y las esperas son interminables. “Tenía ese vih y no sabía nada”, dice ella, 58 años, empleada doméstica. Dice que se cortó un dedo cocinando, porque para picar la cebolla no tiene cuidado, hay que trabajar rápido para poder llegar a tiempo a otra casa. Ese día balearon al hijo de la patrona y ella se empapó las manos con la sangre del chico. Nunca tomó en cuenta ese detalle, hasta que hace poco, internada en el Hospital Ramos Mejía, el doctor le pidió que hiciera memoria, porque su vih era positivo. Esta es su primera visita al consultorio después de que le dieron el alta y le cuesta esperar, está asustada. Sus manos no dejan



de moverse: se las refriega una contra otra como si quisiera lavárselas o quitarse los restos de angustia que la mantienen inmóvil sobre ese banco de hospital. Nuestro intercambio de experiencias queda detenido en un intervalo que solo termina cuando María entra al consultorio. “Por lo menos yo pude habérmelo buscado...”, dice alguien. Nadie se lo buscó, me enojo en silencio, pero nada puede borrar esa sensación de injusticia que dejó su relato. No es diferente de Marcela, pienso, que asegura que en sus 21 años solo tuvo dos parejas y también se infectó sin pensar que esa posibilidad podía ser real. O Facundo, o Andrea, que siempre se cuidaron hasta que se enamoraron y creyeron que el amor no tiene que ver con los preservativos. Antes de salir del hospital vuelvo a cruzarme con María. Es una isla en el mar de gente que rodea la guardia. No pudo llegar a la puerta, se quedó allí sin saber qué hacer. Desembarco en su costa y ella vuelve a derramarse. Tiene miedo, tanto miedo. Piensa en sus hijos -cómo decirles-, en el barrio y sus chismes, en esa tos que ya se le antoja un presagio. Fui su mamá en ese momento, ella no era más que una nena que se despertaba sola de una pesadilla. Me dejó un charquito en la remera y las ganas de decirle tantas cosas. Que no se quede sola, que no cuide a sus hijos de la noticia: son ellos los que tienen que cuidarla. Que la vida le está pidiendo que renueve sus votos, que diga “sí, quiero; sí quiero estar acá con los que amo, tomar mate por las tardes, sentir el alivio del día que termina”. Vivir es mantener el deseo despierto, María, mientras eso sea así todo va a estar bien. Sí, es difícil, más cuando las urgencias cotidianas nos obligan a trabajar doce horas diarias. Vamos a estar bien María, todos vamos a estar bien. Hoy hay muchas posibilidades para eso. Solo hay que tomar la decisión y empezar a exigir lo que es nuestro derecho: una vida plena, el acceso a la salud. No tengas miedo María, somos muchos como vos, desgraciadamente cada vez somos más. Pero todos nos recuperamos de ese directo a la mandíbula que es el diagnóstico. Y de a poco empezamos a sacarle lustre de nuevo a cada día.

**L**a tarde del domingo caía sin tragedia mientras tomábamos una cerveza en el jardín. Los últimos rayos del sol jugaban con la cabeza semirrapada de Raquel mientras me leía una carta de Anabella. “Escribir sobre un amigo muerto de sida es nuevo para mí, pero al mismo tiempo siento que somos tantos los que podríamos escribir sobre el tema que se está volviendo un lugar terriblemente común. Y me preocupa que nos gane la costumbre”. El ritmo del día queda detenido. Las palabras de Ana hacen eco ahí donde nuestro corazón quedó irremediabilmente partido. Cada despedida se lleva una parte. Cada despedida nos devuelve a ese arroyo donde, como agua que fluye, el dolor nos da a todos la misma identidad. “No hace un año que ese amigo noble, compañero, el único capaz de hacerme reír de la muerte y protegerme con sus casi dos metros partió. Y lo extraño”. Escucho y le doy la mano a Raquel. Tantos huecos que llenar. No puedo llegar hasta Ana, pero de alguna manera en ese contacto con mi amiga se borran las ausencias o se alojan entre nosotras para no dejarnos olvidar que el entramado de la vida se sigue tejiendo. Que cada hueco nos enseña cómo volver a enhebrar cuando perdimos un punto, una hilera, esa hebra que tan bien combinaba con nuestra forma de seguir adelante. “Cuando llega la primera noticia uno imagina que muere mañana, pasa de sobreprotegerlo a retarlo como a un niño, después te das cuenta de que no es así, se encuentra un equilibrio que permite sostenerlo cuando aparece alguna oportunista, cuando no hay AZT, cuando hay que buscar dinero o remedios. Y a sostenernos nosotros ante el miedo a que se muera o que sufra”. Podría cambiarle los nombres a su historia y encontrarme cerca del cuarto de Liliana, de Chano, de Martín, en esos momentos en que la vida es tan frágil y a la vez tan transparente, tan cierta. “Para quienes lo rodeábamos fue todo un aprendizaje, con el tiempo supimos de hospitales, de cuidados y sobre todo de ayudarlo a vivir. Sin romanticismo, porque los problemas son muchos y hay que saber pedir ayuda para que la red solidaria pueda proteger nuestros saltos”. Esa red que naturalmente se

anuda entre quienes hacen huella por el mismo sendero. “Se internó en el Muñiz. Mientras Gus estaba bien jugábamos a que íbamos a La Biela cuando nos sentábamos en el barcito frente a la Sala 17. Le dábamos de comer a Charly, que estaba solo y tenía pocas visitas; conocimos al Turco, que tenía tanta mala leche que cuando salió de Caseros entró en el Muñiz, y nos hicimos amigas del Negro y su mujer. Así pasábamos las tardes entre la solidaridad y las noticias del día”. Este detalle cala muy hondo en mi pecho. Me acuerdo de Chano, organizando muestras desde el teléfono público del hospital, cuando apenas podía caminar. “Lo más duro fue entender que los amigos también se pueden morir. No lo había pensado nunca. El era joven y hermoso y yo soñaba con que mis hijos que todavía no existen le dijeran tío Gus. Lástima, hermano, pero igual nada grave, como decíamos juntos, solo lo inevitable, inevitable para cualquiera. Así que Gus, simplemente ‘Chau vieja, te queremos’”. Ana se despide, acota que son recuerdos nada más. Y yo que intento no llorar mientras escribo me pregunto para qué entregar estos recuerdos, para qué sirve la memoria. Sin soltarnos de la mano, un segundo, antes de que el sol se despida, Raquel y yo nos contestamos: para aprender.

**A**hora mismo, antes de sentarme a escribir, me acuerdo de que me olvidé de tomar las pastillas. Me levanto, voy a la cocina, alguien llama por teléfono. Hablo un rato, algunos comentarios de la fiesta de la noche anterior, la promesa de volver a hablar cuando termine. Vuelvo a la cocina, hago un mate, sin querer como una medialuna. Error. Todavía no me tomé las pastillas y necesito una hora de ayuno antes y después de tomarlas.

Decido tomarme las otras, las que sí van con la comida (el AZT y el 3TC). Ya tengo un lío. El indinavir -las primeras pastillas en las que pensé- tengo que tomarlo tres veces por día, cada ocho horas. Son las

once. Eso quiere decir que puedo tomarlo a las doce para cumplir con el ayuno. La próxima toma tendría que ser a las ocho de la noche. Y la siguiente a las cuatro de la mañana. Por lo menos a la madrugada no tengo problemas con el ayuno. Dejo el mate y me llevo una botella de agua a la computadora. Pienso en lo que voy a escribir y tomo el medio litro correspondiente con cada toma (tengo que llegar a dos litros y medio por día y tomo pastillas cinco veces cada 24 horas). Antes de la primera línea me dan ganas de hacer pis. Voy al baño y cuando paso por la cocina aprovecho para comer otra medialuna. Diez minutos más, diez minutos menos. Ya que estoy tomo el Bac-trim, que me cae pesado si no tengo algo en el estómago. La toma del indinavir ya tendrá que ser a las doce y media. Voy a buscar el despertador. No me puedo olvidar. La semana pasada fui al médico y le pregunté qué pasaba con las tomas que me olvidaba. El doctor no me tranquilizó. Intentamos hacer cuentas. Cuántas veces me había olvidado, cuántas pastillas me sobraban a fin de mes. Me dijo que si tomaba dosis menores podía favorecer la resistencia viril. Que pronto llegará a la Argentina el cuarto inhibidor de la proteasa, el nelfinavir, que son solo dos tomas y que un laboratorio está sintetizando el AZT el 3TC para que vengan en un solo comprimido. Pero que no me va a servir si no tomo las que tengo que tomar ahora. Igual no puedo hacer nada por las que ya no tomé. Tengo que ponerme las pilas para no olvidar más tomas. Anoche tuve un cumpleaños. Quiero escribir sobre Jorge, que tiene que comprar sus remedios aunque podría cubrirse los su obra social, pero su jefe tiene contactos allí y ya echó a un compañero cuando se enteró de que tenía vih. En el cumpleaños tuve que tomar una dosis. Fui discretamente a la cocina. Alguien me vio con los cuatro comprimidos reglamentarios, a punto de llevármelos a la boca todos juntos. “¡Nena, cómo te drogás!”, dijo. Y yo que pensé que había dejado las drogas. “¡Qué linda cajita!” dijo alguien más que vio mi pastillero. Al descuido lo abrió y le cambió la cara: “¿Qué es esto? ¿Un cóctel?” Claro, es el cóctel. ¿Cómo hará Jorge para que nadie se entere de que tiene vih? Seguramente es más ordenado que yo.

Cuando nos vamos del cumpleaños Ariel me compra un chocolate; se lo agradezco pero no lo como. Me pregunta si no era que necesitaba comer grasas para tomar las benditas pastillas. Eso era antes, cuando tomaba saquinavirs. Ahora lo que necesito es medio litro de líquido. Ariel cambia el chocolate por un agua mineral. Las pastillas me están tomando a mí.

**M**ientras habla me miro en sus ojos. Escucho frases que conozco, algo como “ahora me doy cuenta” o “estoy mejor que nunca”. Es fácil creerle. Lo primero que siento es ganas de abrazarla, de consolarla. Como si hubiera alguna distancia posible entre las dos. Como si no estuviéramos involucradas en la misma historia. Inés supo que tenía VIH cuando se hizo la primera rutina de análisis de un embarazo largamente buscado. Su cuerpo apenas denunciaba el increíble proceso que terminaría en un niño. Podría haber abortado. Pero no lo hizo. Pasó nueve meses resistiendo al miedo. Tomó AZT durante el embarazo y su hija nació hace cinco meses. Recibió los anticuerpos de la madre pero no tiene virus circulante. Lo más probable es que pronto sus análisis den negativo. Inés me está contando una historia feliz y sin embargo siento el corazón apretado como un puño. Ella no para de hablar. Todavía siento fragilidad en sus nuevas certezas: el mundo gira, el amor existe. Pero encuentra un motor en esas frases trilladas. Una vez que nació su hija, ella y su marido exigieron a su prepaga que les cubriera el tratamiento y la tan mentada carga viral. Esta demanda terminó en juicio y obligó al Estado a hacerse cargo de medicamentos y estudios clínicos. Pero aún así la directora del Programa Nacional de Lucha contra el Sida se negó haciendo hincapié en que los jueces no son médicos. Finalmente consiguieron lo que querían. Les dijeron que cada vez que necesitaran podrían pasar por un despacho varios pisos más arriba del lugar donde se acumula la gente en intermina-

bles colas para obtener, algunas veces, el mismo tratamiento. “Yo no quiero un tratamiento diferencial, quiero que todos puedan acceder”, dice con bronca. Sentada a la mesa de un bar en el que intentamos reconocernos, Inés me habla de una red de solidaridad “under”, que nunca imaginó que podía existir. Me cuenta que hace poco le preguntaron cómo había hecho para hacerle un juicio al Estado y su respuesta fue: “Un día me subí al tren y fui a hacerle una consulta al abogado”. Lo hizo siguiendo ese mismo impulso vital que la consoló durante los nueve meses en que su hija creció en su panza. Ese impulso que nos enseña a gatear y a caminar. A cazar los sueños como a luciérnagas. Me miro en sus ojos verdes que de a ratos amenazan con empañarse. No es nada malo. Solo que a veces los sentimientos quedan a la intemperie. Igual las dos sabemos de qué se trata. Las palabras fluyen hasta que el tiempo se queda atrás y tenemos que despedirnos. Me da vergüenza abrazarla y le golpeo torpemente la espalda. Me voy corriendo y me subo a un taxi. Recién entonces me entrego a la agradable sensación de haber tejido juntas un nudo más en la red.

**E**lla pasa la mano sobre mi hombro y me habla al oído. Pero su voz me llega como el eco de una piedra que cae en un aljibe. “No podés ponerte mal, no tenés tiempo para eso”, dice con cierta complicidad. Desde el fondo del pozo escucho la arena, reconozco que me está dando algo de mi propia medicina ¿Por qué no puedo, por qué? Aprendo también a respirar allí abajo. Ni siquiera en el fondo dejo de sentir la intensidad de este corazón que late sin remedio, abandonado a la vida. A este despojo de estar vibrando al ritmo del mundo y también a otro más secreto, sin retorno, huérfano. Aun teniéndolo todo, comiendo todos los días, sin frío, con moderado calor. Aun cuando me cubren voces como mantas, manos alcoba donde vivir, ser hija para siempre, aun así mi respiración puede ha-

cerse un sinsentido de repeticiones y yo acurrucarme en esta latencia de la que me gustaría salir pero es parte de estar viva. ¿Qué es el tiempo más que este ahora? Ecurrido de horas fijos como estrellas en un cielo constante, constelado de bellezas efímeras que se dejan volver cada vez. No, no es bueno para el sistema inmunológico este deseo de espaciar la conciencia hasta que sea solo un chispazo, un fósforo en una noche sin luna que no me deje ver más que lo pequeño que trae tibieza y la añora. No me hace bien que la vida me traiga este mar en las venas, que se derrama de mí, me desborda en cualquier palabra, se cae de mis ojos. Pero siempre vuelve la ansiedad de los instantes que van a prenderse como broches en el cielo. Y así pasan los días. “Raquel, no te preocupes -quisiera haberte dicho-, es nada más que este impulso de mar que a veces se retira de la euforia y deja una playa desierta en la que igual anida el recuerdo y la posibilidad de volver a ser el lecho de cardúmenes. Es solamente eso. Ya va a pasar. Pero no te muevas de mi lado. Ningún otro triunfo pasajero podría curarme mejor de la angustia que tu imperiosa orden de que me sienta mejor. Aun cuando no pueda contestar. Aun cuando me recueste un poco sobre mi depresión inmunológica para retenerte en esta noche que me hace su fantasma. No te preocupes, la lluvia lava las heridas del alma y como el olor de la tierra mojada se presenta el milagro de estar en el mundo”. No es posible blindarse al dolor. Solo puedo darme permiso para sentirlo. Y tal vez transformarlo, aunque sea en un montón de palabras que tejan una sogá por donde trepar a la superficie.

**C**laudia estaba un poco afiebrada el viernes pasado. Pero tomó el tren y el subte para viajar de José C. Paz a la Facultad de Filosofía y Letras. La cátedra de Derechos Humanos la había invitado para una charla. Claudia tomó el micrófono, habló sin dudar, lenta, minu-

ciosamente: cuando estaba embarazada de Nicolás, que hoy tiene cuatro años, le hicieron el análisis de vih. Pero nunca vio el resultado. Le dijeron que se había perdido, pero que igual no era para hacerse problema. Al año su marido enfermó y murió. Ella y su hijo menor están también infectados. El auditorio se convierte en una arruga sobre el entrecejo. Algunos dicen que no con la cabeza, como si no les pareciera posible lo que escuchan. Claudia tiene dos hijos más, uno de ellos está con ella. Ella lo presenta y él sonríe desde un costado de la sala. Ella cuenta que su último recuento de CD4 era bajísimo. Que Rodrigo se preocupó y le preguntó: “¿Cómo podemos hacer para subirte las defensas, mamá?”. Ella contestó sin esperanza: “Necesito las drogas, y no las tengo, no me las dan”. Rodrigo igual hizo la comida para sus hermanitos y no la dejó limpiar. El nene se pone colorado. Esa noche vio el Obelisco de cerca por primera vez y está contento. Claudia se enreda con su testimonio, tiene mucho para contar. No quiere olvidarse de decir que estuvo en Tucumán y afirma “esto es verdad” antes de relatar cómo a los que mueren a causa del sida no está permitido velarlos y los envuelven en bolsas de nylon para enterrarlos. No quiere olvidarse de contar el trabajo que se está haciendo en el Hospital de San Isidro donde ella, con sus nueve CD4 puso su teléfono a disposición de todos los pacientes para aclarar dudas y encontrar la forma de recibir lo que necesitan: la medicación. Claudia insiste, necesita las drogas. Hoy. Pero el gobierno no las entrega. No la ven a Claudia. No ven a los cientos de Claudias que hacen cola todos los días en Lima 340 para retirar medicación que no está. ¿Cuántas veces puede ser esto noticia en el diario? ¿Cuántas veces se puede hacer la misma denuncia? Tal vez tendrían que bajar de los despachos y mirar la calle, asomarse a la vereda del Ministerio de Salud. Allí pueden encontrar a Claudia, esa chica bajita que sabe que la única forma de vivir es con dignidad, y entonces sigue exigiendo. Esa chica que tiene tres nenes, a los que no quiere dejar solos.



**T**iro el I Ching. Me pide paciencia. Me pide perseverancia. Lo que subyace a toda elección. Está bien. Vuelvo a caminar después de que un nuevo rechazo me hace caer de mis botas de cuero. Y ya no me duele. Ya no me quedo como una muñeca rota que necesita un corazón de fantasía. Entiendo que soy yo la que apunta mal. Que quiero recuperar causas perdidas. El amor anda por otros senderos. No quiero escuchar más mentiras. Nunca pensé que el vih fuese tan buena excusa para la histeria. Qué mejor para no comprometerse que tener miedo de algo que no se ve, que no se sabe, que puede ser mortal. Si querés comprar lo que te venden, yo te avisé. Como dice la propaganda en la tele. Yo te avisé, yo te cuidé. Podría no haberlo hecho. Eso es lo que me critican mis amigos que saben de qué se trata. Ellos eligen cuándo dar la información. Yo no puedo elegir callar. Me pesa demasiado, no estoy acostumbrada a las medias tintas. Si no puedo contarte lo que atraviesa mis días no puedo encontrarme con vos. ¿Cómo haría para respetar el horario de la medicación si no cuento con vos, del otro lado? Jorge se queja de que me expongo demasiado. Adriana me dice que no puedo evitar decirlo, porque a lo mejor él quiere utilizar una protección extra. El problema es que la protección extra no funciona con el corazón. Y contra el virus, no hace falta más que lo que dicta el sentido común, un forro. No dos. Es una estupidez buscar más vueltas al asunto. Si querés defenderte buscando una excusa médica, como si faltaras a trabajar, está bien para vos. Yo sigo mi camino. Me quedan los labios rojos congelados como los brotes en una mañana de escarcha. Pero no me pidas que entienda. En todo caso entendeme a mí. Preocupate por mí. Si soy yo la que lleva la peor parte. Soy yo la que toma las veinte pastillas diarias, la que pone límite a los excesos. Soy yo la que se atreve a soñar cuando alguna información oportunista como las enfermedades nos habla de erradicación del virus y de dejar la medicación. Me cuido de vos como me cuido de lo que dicen los diarios sin pensar qué pasa en los interesados como yo. Que no sabemos si correr a buscar un pasaje a Francia o increpar a nuestros médicos para ver cuánto hay de verdad,

cuánto de ilusión. Por suerte mi capacidad de amar está intacta. Y no me importa la forma del amor. A veces el envase no es lo que esperábamos. Pero la corriente es fecunda cuando no se le imponen límites artificiales. Yo me animo a sentir. Me animo a decir “te quiero”. Me animo a sentir el corazón latiendo en los genitales, donde se lo puede acariciar, lamer, amar. No estamos todos afiliados al club del terror y por eso las utopías son posibles. Lo siento por vos y por todos los que como vos les quitan el sueño a los que como yo viven con el virus. Pero no hace falta ni lamentarse: ahí a la vuelta de esta página, nuevas pasiones amanecen.

**E**s como un ladrón escondido en la oscuridad. Me asalta. Me deja inmóvil y habla dentro de mi oído. Me convence y busco los rastros. Las señales de que algo anda mal. Cualquiera cosa puede ser una señal. Entonces el cigarrillo se me antoja un arma. Y yo la estoy usando. Cada tanto me asusto. Y me convierto en una cámara oculta de mí misma. Analizo mi respiración. Controlo mi forma de comer. Escucho cada sonido de mi cuerpo. Y de nuevo el corto-circuito. Un nuevo balance que no puedo hacer. Es cierto, me duele un poco la garganta. Pero eso suele suceder cuando un día cualquiera fumo sin parar. Vivir con VIH me exige un constante viaje interior que no es solo por el alma. Pero que igual me obliga a la conciencia. Un viaje que tengo que hacer sola porque ni siquiera el médico puede ayudarme si yo no distingo cuáles de esas pequeñas molestias cotidianas pueden ser síntomas de algo más. Esta evaluación es un trabajo que nadie puede hacer por mí. Me deja sola analizando cada secreción, cada secreto mensaje de mi cuerpo. Me enfrenta a esas elecciones que hago todos los días. Tomar una cerveza con mis amigos es a la vez un buen momento y la culpa inconfesable de que no estoy haciendo todo lo que puedo para conservar mi salud. Entre estos extremos deambulo buscando un equilibrio

que solo responda al íntimo mandato de lo que soy. ¿Por qué elijo una noche cualquiera emborracharme y brindar hasta el amanecer por esos sueños que todavía perseguimos? Porque esa es mi vida y porque en cada brindis hay una apuesta y una declaración de principios. Claro que podría hacerlo sin alcohol, pero ese permiso para rodear mis sentidos de suave terciopelo también me devuelve a la vida y esa noche en que brindé por el Che Guevara, por los poetas y nuestros padres desaparecidos es una piedra preciosa que todavía me alumbra. Enamorarse también es un salto al vacío, tal vez más peligroso que tomar alcohol, pero no voy a renunciar nunca a la posibilidad de saltar de alegría o derrumbarme de pena porque otra vez mi amor no es correspondido. De alguna manera aprendo que esa que esquiva precipicios soy yo. Y que a la vez ya no camino sin red. Anoche amanecí abrazando un Pescadas. Tal vez algo me cayó mal. Tal vez escuchar que tanta gente no puede acceder a los cócteles hace que el mío se convierta en una bomba en mi estómago. Tal vez no soporto que él no me ame como yo quiero. Lo cierto es que escucho el mensaje de mi cuerpo y me doy tiempo para traducirlo. Aunque a veces se me antoje un presagio y después de vomitar llore como un bebé porque tengo miedo. Igual, después de cada noche llega el día, y con él la certeza de que entre los extremos ya hice una elección que contagia a todas las demás. Opté por transitar este camino sinuoso, el mío.

**C**laudia me llama un martes a la mañana con voz de domingo de sol al mediodía. Yo estoy trabajando, malhumorada, apurada; no me imagino que la tiene tan contenta. Ella ignora mi tono, tal vez finjo mejor de lo que creo. Me dice que estaba en su casa y que llamó para ver cómo andaba. Me alegra saber de ella. Es como tomarse un vaso de la fuente de la vida. “¿Te acordás del recital de Fito Páez? Al final me consiguieron las entradas”, me dice y sigue relatándome una escena que puedo ver perfec-

tamente porque alguna vez la vi a ella. Tiene todo tipo de problemas de salud. Episodios que a cualquiera dejarían inmóvil pero que a Claudia le causan gracia. Aquel día tenía una hemorragia, producto de un cáncer de útero y una operación que había sufrido hacía poco. Su compañero trató de que se quedara en cama pero no tuvo éxito. Claudia bailó todo el concierto. Después estaba agotada pero ya había visto a Fito, que era lo que más quería. ¿La hemorragia? Bien, gracias. Después me cuenta que también consiguió entradas para ver a León Gieco, que el problema ginecológico estaba mejor pero que se había agarrado un parásito cuyo nombre no puedo reproducir. De nuevo intentó su compañero que se cuidara y se quedara en casa. Llegaron a un acuerdo: si ella superaba una cierta cantidad de horas sin ir al baño a la noche iba al recital. Claudia tuvo que mentir porque “el bicho” no la dejaba tranquila y sus hijos le salieron de testigos sabiendo que salir era lo mejor para mamá. Me cuesta escuchar hablar de enfermedades con tanta soltura. Yo apenas me animo a nombrar la sospecha de una angina. Escuché demasiado aquel refrán que decía que a la desgracia no hay que llamarla. Ahora mismo me siento incómoda de hablar de diarrea o de hemorragia. Pero Claudia se ríe cuando yo le digo que no sea loca, que se cuide. “A mí este bicho no me va a ganar” me dice como toda respuesta, y le creo. De hecho ya le está ganando porque sus deseos están intactos. No puedo evitar sentirme pequeña después de hablar con Claudia. Me avergüenza mi malhumor pero me recupero enseguida. Por el teléfono entró el sol de su risa.

**E**ste mes conseguí un frasco completo de indinavir. El mes pasado no: tuve que ir cada cuatro o cinco días a buscar algo para ir tirando. Y fuimos tirando, comprando los frascos de a uno. Repartiéndolos entre varios. Pidiendo medicación prestada. Y eso que tengo una obra social. No tenerla es un riesgo. Quedás en manos del Ministerio de Salud y su Plan Nacional de Sida. Me cuesta imaginar qué es lo

que planifican. Porque eso es lo que les sale peor. Las licitaciones no se cumplen. No se multa a los proveedores. No se entregan los medicamentos. Siempre pierden los mismos. Este año se aprobó la entrega de inhibidores de proteasa para todo el mundo. Y se incluyó la determinación de carga viral como análisis necesario para controlar los tratamientos. Queda muy bien en los papeles, pero el presupuesto de este año fue menor en cinco millones de pesos al del año pasado. En Lima 340, donde se retiran las drogas, lo que sucede nos ofende a todos. La gente hace cola, espera su medicación, recibe negativas, tiene que volver al otro día. Y al otro y al otro. Asomarse al final de un frasco de medicación es como caer en un ojo oceánico. Tal vez bajemos y bajemos sin encontrar la forma de reponerlo. Tal vez crean los funcionarios del Ministerio de Salud que esto puede ser un juego sin final. Un eterno azar. Un día sí. Un día no. Cuando sale en los diarios la denuncia aparece la medicación. Cuando no, falta. A lo mejor piensan que la gente va a volver y va a volver y que nunca se va a cansar. Claro, tal vez cuenten con la parálisis del miedo. En algún momento tendrá que terminar la impunidad. Los médicos recomiendan llevar un diario de medicación para no perder tomas porque la continuidad es fundamental para el éxito de los tratamientos combinados. Un tratamiento irregular puede ser un tratamiento nulo. A esa incertidumbre somete el Poder Ejecutivo a la gente. Hoy la posibilidad de vivir con VIH sin síntomas de enfermedad es mucho más cierta. Pero no es para todos. No para los que dependen de la asistencia del gobierno. Muchos expulsados hacia los márgenes gracias a la asistencia de este gobierno, que tampoco se molesta en hacer buenas campañas informativas que ayuden a la prevención. Que en lugar de proteger a quienes están infectados les sugiere “avisá”, colaborando con el ánimo segregacionista de los que quieren ponerse a salvo del contacto con el otro. No se puede impunemente poner en peligro la posibilidad de estar bien. Estamos hablando de drogas que marcan un límite entre la vida y la muerte. Estamos hablando de gente: el vecino, el compañero de facultad, tal vez el que te lleva la pizza a tu casa, o el chofer del taxi.

Tal vez es una mamá con la que te juntás en las reuniones de padres. Gente. Que espera ser tratada con respeto y merece la vida. Tal vez a los que compran las drogas como si se tratara de bulones no les importe. Pero la gente se está quedando sin paciencia.

## **La vida otra vez...**

**1997**

**U**n día me levanto y todos los elementos parecen complotados contra mí. Igual la mañana es tan verde que encandila. Un gato negro cruza por mi ventana. Alguien responde a mi queja diciendo que es 23 de marzo. Se acerca el aniversario del golpe. Y golpea con furia sobre la casa que convertí en mi refugio. La pantalla sobre la que escribo parece una vidriera de restorán chino, esas por las que corre el agua sin intervalo. Hace unos años, para esta misma época, me enteré de que tenía vih. Lo primero que vino a mi mente fue mi mamá y la confirmación de que la historia podía repetirse. Ella desapareció en 1976, yo tenía diez años. Durante mucho, mucho tiempo no pude hablar de eso. No pude buscar sus rastros. Es cierto que era nada más que una nena. Pero aprendí la culpa. Tal vez yo no la había buscado lo suficiente. Tal vez mientras ella era torturada, tabicada, humillada, yo me hacía problema porque me estaban saliendo pelos en las piernas y el chico que me gustaba me ignoraba olímpicamente. Cuando alguien me preguntaba si estaba segura (?) de que estaba desaparecida todos los fantasmas volvían a mí y me imaginaba disfrazarme de provinciana para recorrer las cárceles preguntando ingenuamente por ella. A mi alrededor, nuestra historia reciente parecía sepultada. Aprendí a vivir como si ese episodio estuviera aislado. Hice lo que pude, seguí viviendo. Mucho después supe que ella hizo lo mismo. En el campo de concentración donde pasó sus últimos días se cambiaba

de ropa con las compañeras, para simular que se vestían por la mañana, que tenía algún sentido arreglarse. Ellas no hablaban demasiado del afuera. Se inventaban fiestas juntando la polenta de la única comida, tan dura que se podía hacer una torta y dividirla en porciones. La vida anida en cualquier agujero. Pero esa culpa que aprendí me juega malas pasadas. A veces me veo buscando compulsivamente desaparecer del mundo en una cama cualquiera y me convengo de que esa pulsión de muerte está unida a la culpa de aprender a vivir sobre los escombros. Otras simplemente me entiendo. Escucho: mensaje como un despertador. Tuve que poner blanco sobre negro, la vida sobre la muerte, para saber que mi oportunidad está ahora y que no hay otra manera de aprender que uniendo los retazos. Un hilo conductor nos une irremediamente. Ayer planté un ciruelo junto a otro que alguna vez plantó mi abuela. Mi hija me dice que va a ser demasiada la sombra sobre el jardín. Le explico que el árbol viejo algún día se va a secar y que entonces el que plantamos ahora tendrá su tiempo de dar la misma sombra. No va a reemplazarlo, las ramas por las que alguna vez van a trepar mis nietos serán otras. Pero tal vez ellos aprenderán las mismas cosas que yo aprendí. A soñar que soy capitán de un barco desde su copa. Que escalé la cima más alta para comer sus frutos. Que caerse no es más que un aprendizaje para volver a subir. La vida se me antoja eterna aunque yo no sea más que un punto en el universo. O menos. Hace unos días Virginia, que también tiene a su madre desaparecida y el virus en la sangre, me dijo que volvió a sentir el peso del “algo habrán hecho”. Esa frase que se disparó contra los rebeldes de los ‘70 y que ella sintió en carne propia cuando le dieron su diagnóstico. Yo lo sentí alguna vez. Y en realidad creo que es así, ellos y nosotros algo hicimos y algo estamos haciendo. Tratamos de construir un lugar en el mundo donde no duela tanto la injusticia, donde podamos aprender a vivir sabiendo que en el otro está nuestro propio reflejo. Hoy tengo una sola deuda con la vida: ir a buscar a mi hija y juntas prender una antorcha en Plaza de Mayo contra el olvido y la impunidad. Un fuego como el que encendió mamá en mi corazón.

Vamos a bailar. Es un juego, vamos a un lugar donde la música nos hace reír. Y nos movemos. Cada vez más. Al descuido, quedamos siempre juntos. Estamos en un grupo grande, un poco en plan estudiantina. Pero nos las arreglamos para quedar bailando salsa muy apretados. Lo siento sobre mi pierna. Puedo rastrear el agua que corre por su espalda. Llega hasta mí desde su cuello. Él todavía puede apretarme un poco más. “Me parece que hoy dormimos juntos”, me dice. Y yo me entrego. La noche cada vez brilla más. El cuerpo está despierto y me espera una jungla de caricias trepadoras. Estamos dispuestos a escalar y él tiene forros suficientes. No hay espacio más que para palabras adorno de lo que hacen las manos y las piernas y los olores enredados. ¿Cuándo debería decírselo? ¿Mientras baja el cierre de mi remera?, ¿cuando un pezón piedra preciosa brilla entre sus dientes? No, no hay lugar para discursos cuando la sangre acude allí donde el mundo tiembla y el espacio pierde su dimensión de tiempo. Pero después podría ser peor. Aun cuando la pasión detenga los planetas, la información de mi vih positivo late. Si por lo menos no quisiera volver a verlo, sería más fácil. Es una opción común. La vida pasa sin sexo con quienes lo saben. Y para conformar el instinto bastan algunas excursiones que dejan el alma desierta. Me niego. Si es necesario usar forro es porque existe la posibilidad de que alguien con quien hagamos el amor tenga vih. Este es el caso, yo tengo vih, la posibilidad es concreta. Sin embargo, parece que todos supiéramos de que se trata hasta que sucede. Entonces empiezan las preguntas interminables que nadie contesta: “¿Me la puede chupar?”, le pregunto a mi doctor. Él contesta, sin levantar los ojos del recetario: “Sí, siempre que no tenga llagas en la boca”, “¿Llagas, cómo?”, insisto yo. “Llagas -me dice-, uno se da cuenta cuando tiene llagas”. ¿Por qué no podemos decir estas cosas? ¿Por qué no podemos decir estas cosas? ¿Por qué no podemos reivindicar nuestra posibilidad de seguir gozando de ese terreno donde todo es un instante y en el instante se licúan los



todos? ¿Será que no se puede hablar de chupar, de besar, de lamer, de hundir la boca en esos secretos acotados a los azulejos del baño? Lamentablemente todavía me encuentro con la perplejidad de quienes han compartido el mate conmigo y no están seguros de que eso sea correcto para su sistema inmunológico. Entonces resulta difícil concebir que naturalmente se incorpore la posibilidad de que yo, y todos los que como yo vivimos con vih, podamos gozar del sexo con libertad y responsabilidad. Dedicada a la exploración de su cuerpo, no encuentro el momento adecuado para decirle a él, que trae la vía láctea a nuestro techo de hotel, que yo sé que tengo el virus en la sangre. No hay una fórmula para eso. No hay una coordenada de tiempo y espacio precisa. Tal vez ni siquiera sea necesario. A lo mejor es él quien tiene algo que decirme. A lo mejor el fuego de una noche se apaga como una cañita voladora. Pero lo verdaderamente bueno sería que enfrentados a la posibilidad real de que nuestro compañero/a tenga vih, podamos descansar en la certeza de que en cualquier caso hicimos lo posible por cuidarnos mutuamente.

**P**ara hacer el pedido, él fija sus ojos en los del farmacéutico. Está acostumbrado a la incomodidad de quienes atienden el mostrador y sabe que en estos casos la mejor defensa es atacar primero. Sin un solo resto de pudor, pide: “Un gel íntimo, por favor”. El señor de delantal celeste desaparece bajo el mostrador y reaparece con un pomo de gomina. “Son tres pesos”, dice con toda naturalidad. Martín se sonríe, le aclara que no es para el pelo y lo subraya con un guiño en un vano intento de hacer del empleado su cómplice. Nuevo mutis por el foro “¿Para el cuerpo?”, pregunta desde atrás de una estantería enseñando nuevos pomos de gel para después del sol. Martín conoce esta escena. Está lejos de ser la primera. “No, no -aclara-, un gel íntimo, lubricante. El dependiente lo mira con cara

de no te entiendo y le pide un momento para consultar. Vuelve con un frasco de vaselina. Harto ya de estar harto, Martín le clava la mirada y le dice: “La vaselina rompe el forro, ¡¡¡yo quiero un lubricante al agua para cuando te rompa el culo!!!”. No, no fue la mejor manera de terminar esa charla de locos. Martín no consiguió lo que quería. Pero a veces es agotador. Mientras me lo cuenta se queja de la falta de información. Esa frase que de tanto repetirse parece una letanía. Pero nada más gráfico que esta anécdota para ilustrarlo. Es cierto, todo el mundo sabe que para evitar el contagio de vih es necesario usar preservativos. Pero el forro se puede romper sin una buena lubricación. En las relaciones anales es fundamental un lubricante tanto para evitar el dolor como para proteger el preservativo. Lamentablemente ya no podremos emular la famosa escena de *El último tango en París* en la que Marlon Brando unta sus dedos con manteca. La grasa debilita el látex lo corroe y puede romperlo. Los únicos que se pueden usar son los lubricantes hechos a base de agua. Martín me apunta que el único que consiguió hasta el momento es uno llamado Kemial. Él fantasea con un negocio que cree redondo. Hacer un lubricante y venderlo con publicidad. “Sería una forma de que todos sepan que existe, que es necesario y de paso hablamos de placer”, concluye. Pienso también en un chico queriendo comprar jeringas descartables. No es una tarea fácil. Con las mejores intenciones, muchas farmacias ponen reparos para expender las jeringas. Pero esto no hace que dejen de drogarse. Solo facilita la infección por vih. Salvando las distancias, algo similar a lo que le sucede a Martín. La información que necesitamos para detener la epidemia de vih es ese dato que corre de boca en boca, que se incorpora a nuestros actos con la misma naturalidad con que aprendemos cómo se enciende un fósforo. Al fin y al cabo estamos hablando de defender la vida. Ni más ni menos que eso que nos sucede todos los días.

**A**penas abre la puerta me pongo a llorar. Estuve aguantando las tres cuadras que caminé para llegar. Ver su hombro le dio piedra libre a la catarata de mis ojos. Él me palmea la espalda, me acaricia la cabeza, me sienta en el sillón más grande y antes de que pueda ordenar alguna palabra me da un mate. Le digo que acabo de darme cuenta de que no hay muchas esperanzas para mí, que en estos tiempos en que la falta de compromiso es la forma de sobrevivir, nadie quiere involucrarse y mucho menos conmigo, que tengo vih. Ariel se ríe y se queja al mismo tiempo. Me recuerda momentos más felices, en los que el virus no era más que un recuerdo o la visita mensual al hospital. Sí, ya sé, pero igual, lo cierto es que estoy sola y no soy la única, y encima el 50 por ciento de los hombres que conozco me descartan de movida por el famoso virus. Al otro cincuenta por ciento ni siquiera les merezco atención. Ana apoya lo que dice Ariel. “No es por el vih -asegura ella-, estamos todos solos”. “Eso no es un consuelo para mí”, replico con el resto de voz que me deja el llanto. Fernando me acaba de sentenciar y en mi debilidad le creo. Él me aseguró con algo de pena que siempre descartó a la gente que probablemente estaría infectada. Que además sabe que la mayoría de los que estaban solos cuando se enteraron de que estaban infectados siguen solos. “Pero igual vas a estar bien, un polvo de vez en cuando...”. Sí, hasta ahí puedo, pero no me conformo. Las buenas noticias sobre los cócteles de drogas para el tratamiento de sida parecen quedar solo en los diarios. No se traducen en nuestra cotidianidad. Siento que estamos en un naufragio, el barco ya está hundido y quedan unos pocos botes. Si te subiste a alguno, tal vez llegues a la orilla, si no que te ayude Tritón. Ana y Ariel siguen intentando sacarme de ese pozo en el que me caí. No encuentran mejor idea que desnudar su propio desconsuelo y de a poco los tres nos vamos acomodando en la oscuridad. Nos cuesta tanto encontrarnos con alguien. La vida se está pareciendo a una de esas novelas de la tarde en las que siempre se ama a la persona equivocada. En nuestro pozo comienza a subir el agua, estamos convertidos en islas, rumiando cada uno su soledad particular.

**E**l sol sale, la tierra gira, es de día, está nublado. Un silencio se abrió sobre la tierra. Igual que un pétalo se abre, igual a los miles que se abren en esta misma hora en que otras palabras se callaron en otra boca, a la fuerza cerrada para ocultar con decencia la huida del alma, la falta de aire en los pulmones, la inutilidad de ese hueco que ya no recibe alimentos. El sol sale, las nubes disimulan la puñalada de la luz, hace frío en verano. Las palabras no alcanzan para nombrar la ausencia. Con menos violencia que la de un soplido, alguien más dejó de estar en el mundo. Y en el mismo momento, desafiando las tormentas que cierran el futuro, alguien nació. Todo comienza cada segundo. El mundo se recrea, lo hombres mueren, la vida pasa. Nada existe antes de quebrar el límite del propio cuerpo. Los muertos se cuentan en el diario y quedan apilados prolijamente entre las líneas de tinta. Igual sabemos reír. Nadie quiere hablar de la muerte hasta que sucede y se instala con la más desinteresada naturalidad. Incluso entonces no hay palabras. Estamos acostumbrados a las palabras máscaras. Esquivamos lo inevitable. La ausencia de otro nos trae el eco de la propia. Pero no es decente mostrar el dolor. Apenas es mejor enseñar el amor. Los dos extremos tan censurados. En el mismo acto en que se genera la vida el final se asoma entregando fugazmente la cruel blancura de la eternidad. El camino en otro cuerpo es lento y desesperado. La perla es preciosa y se oculta en un mar de caricias. Un solo instante en que podemos ser uno con otro. Subir a la cima y caer sin remedio. No. De eso no se habla. No es decente hablar de placer. Sin embargo alguien muere y se abre la puerta del silencio. Enseguida notamos la falta de las palabras. Aunque más no sea un puñado de ellas que puedan nombrar el intersticio, la grieta en la que conviven la luz y la sombra. Esa que entiende que la enfermedad no atenta contra la belleza. Los asesinatos también ocurren en la playa. Alguien se enamora en las catacumbas de la guerra. Alguien nace en Ruanda. Las hormigas que quise matar solo mudaron su guarida. Un ritmo

inamovible nos ampara. El sol llega al cenit. El año tiene cada vez su día más largo. El mediodía hace ruido en el estómago. Buscamos algo para comer. Sin darnos cuenta pensamos en Dios y un recuerdo se esfuma en el desván de la memoria. Alguien tira un mensaje al mar y consuela a los ahogados. Un niño pregunta por su madre. Una anciana pregunta por su madre. Ella decide apagar su latido. Él decide creer en la vida eterna. Todo sucede al mismo tiempo, aunque el tiempo se comporte según las circunstancias y quien sufre se quede con todos los minutos que el enamorado ve pasar volando. ¿Qué tiene que ver esto con el sida? ¿Es necesario que tenga algo que ver? ¿Acaso importa cuál es el nombre de nuestro miedo? Las hojas se caen, el otoño las desparrama, vuelven a la tierra. El sol es rojo. El planeta se mueve. Cae la noche. La luz viaja a través del tiempo y nos regala estrellas. Los perros ladran. Yo estoy viva. Pronto va a amanecer.

**F**ernando habla y sus palabras son como un caramelo de miel. Las modela y las aísla para que cada una caiga perfecta sobre la mesa del bar. Las espolvorea con sonrisas y con la certeza de que está contando algo maravilloso. Me dice que este año se siente como un potro y yo veo al animal que galopa en sus ojos. El año pasado empezó para él amasando ñoquis en El Tigre. Y allí se dejó devorar por el amor que hoy enciende su discurso. “Yo me había hecho un análisis de vih justo antes de conocer a Horacio, en realidad ya era el cuarto, pero como mi primo es bioquímico aproveché y lo repetí”, dice, con la naturalidad de quien cuenta que vio otra vez la misma película. Por supuesto le preguntó a Horacio si él se lo había hecho alguna vez y le insistió para que se lo hiciera. A pesar de eso no se cuidaron. “Yo siempre fui una persona informada con respecto al vih, ya había muerto mucha gente a mi alrededor, incluso mi mejor amigo.

Pero la información la tenía escrita acá”, me cuenta y las manos enmarcan la cabeza. “La ficha no me bajaba al cuerpo”, insiste. Siempre tuvo la fantasía de que no podía coger con forro, era incómodo, perdía la erección, cuando llegaba el momento solo lo usaba si el otro lo pedía. Tres meses después de salir con Horacio, llegó una tarde a la casa de él y se encontró con la noticia. El análisis de su novio era positivo. “Yo estaba seguro de que era un error, no lo podía creer. De hecho, no lo creí”. Esa noche lloraron juntos. Intentaron convencerse de que todavía no estaba todo dicho. El análisis se confirmó a los pocos días pero Horacio se hizo cargo rápidamente de lo que le sucedía. “Yo estaba atontado, no podía creer que él ya estaba concertando entrevistas con distintos médicos, buscando información en Internet, escribiendo cartas a todos lados. A los cuatro días las drogas estaban en casa. Si me hubiera pasado a mí -reconoce Fernando-, todavía estaría rebotando entre las paredes de mi casa”. Pero la energía de su compañero lo ayudó a encontrar su lugar en medio de la tormenta. Se hizo cargo de las cosas prácticas, de que Horacio comiera bien, de ayudarlo con los trámites burocráticos en la obra social y de evitarle angustias. Fernando reconoce que este año aprendió a ver al otro y no solamente a su pareja. Dentro de esos caramelos que reparte al hablar se esconden pequeñas agujas que suelen pincharte la lengua cuando no lo esperás. “Yo sé que soy muy jodido, pero ahora tengo más conciencia, aprendí a recoger los dardos que tiro”. De todos modos lo que más le preocupaba a Fernando era cómo iban a coger, él estaba convencido de que no podía con forro. “Pero la primera noche fue impresionante y después, cuando empezás a tener cajas de doce sobre la mesa de luz es como un buen augurio”. Ahora la información que tenía en la cabeza le bajó al cuerpo y toda su sexualidad cambió. “Me ayudó mucho verbalizarlo, hablar de sexo, ahora sé que puedo coger todas las veces que quiera sin ningún riesgo y eso me hace sentir como un potró”, dice y no es difícil imaginarlo atravesando las inconmensurables praderas de la cama.

¿Alguna vez escuchaste tu latido? ¿Sentiste la fragilidad de ese ritmo, la constancia de la sangre? ¿Pusiste alguna vez tu oído en la tierra, en el tronco de un árbol? ¿Alguna vez escuchaste el latido de tu amante, el galope del amor, la cadencia del después, su secreta violencia? ¿Alguna vez notaste que alrededor todos respiran y cada uno mantiene su ritmo y no se confunden por más que uno esté agitado y el otro dormido? Cada cual tiene su pulso su intervalo, cada cual asiste a su silencio y a su sonido, cada uno tiene un nombre como un código morse. Una sucesión de golpes iguales que se repiten en el tiempo con levísimos cambios, ni siquiera perceptibles para el latido. ¿Alguna vez esperaste que el mundo haga silencio y todavía estás quieto conteniendo la respiración y el mundo no se calla ni las hormigas dejan de caminar ni siquiera vos podés con el murmullo de tu pelo, el agua en tu boca, una catarata que cae en tu estómago? ¿Alguna vez tuviste miedo del silencio como algo que está por llegar y nunca llega y promete lo peor pero no llega? ¿Alguna vez deseaste que nada en tu casa hablara de nuevo y las cosas igual se rebelan? ¿Alguna vez escuchaste tu latido? ¿Lo escuchaste? ¿Le preguntaste? ¿Sabés lo que quiere? ¿Dice tu nombre? ¿Reconocés tu nombre en tu latido?, ¿reconocés tu nombre en la daga que se clava en tu garganta, los reconocés en el vértigo de los días, en el trabajo mecánico, en los besos que no das? ¿Te das cuenta de que tu boca es un abismo y allí se suicidan tus ideas? ¿Sentiste la intemperie cuando el pasto te acaricia y deja su marca como un tatuaje en la piel? ¿Sufriste vergüenza, alguna vez, de estar al aire con ese latido expuesto sobre la tierra; ese latido derramado como un charquito, ahí, bajo tus pies, cuando te confesaste parte de este dolor cotidiano, de no saber hacia dónde ni desde dónde y sin embargo seguir caminando, buscando, hurgando donde nadie busca, ahí, en las cavernas donde anida tu deseo, sordo de latido, de un latido idéntico al tuyo, que empuja, que grita, que da golpes contra tu sordera y te conquista una noche sin fantasmas porque todos los fantasmas dicen silencio para que vos escuches? ¿Algu-

na vez sentiste tu latido como una plomada que cae directo al fondo de la tierra, que te lleva al lecho de cada uno de tus muertos, que late al ritmo de los que están enterrados, aun respirando, aun comiendo de tanto en tanto, aun viendo cómo la luna cambia mes a mes, aun así enterrados? Allá va tu latido, directo al centro de la tierra, directo al fuego de lo que no tiene remedio. Es así escuchar. Si alguna vez te despertó ese sonido, te sacó de tu cama, te arrebató de tus sueños, te dejó en plena noche con la conciencia de que estabas vivo, si alguna vez te pasó ya no podrás jugar a estar dormido.

**¿T**e doy miedo? Vos te perdés y a mí me duele. ¿Qué es lo que me duele más? ¿Que no te animes a hacer el amor conmigo? ¿Que no puedas ni siquiera decirlo y entonces te vayas, dejes escurrir eso que era nuestro y que no era nada pero daba como un remanso, algo parecido a la alegría, a esas castañuelas que me golpeaban el pecho cada vez que sabía algo de vos? ¿Me duele más haber tomado de tu limosna, unas gotas de tu sexo, una palabra para mí? ¿Me duele la acumulación, es siempre lo mismo? ¿Me duele confundirme con el virus porque ya no sé cuándo es por mí y cuándo porque tengo sida? No sé, no sé. Sé que es una daga para vos dejarte pegado a una página de diario, pero también sé quiénes habitan del otro lado. Y tal vez vos no estés, pero somos muchos los que rumiamos este dolor, de nunca animarse a nada, porque la información es tan densa que parece una varita mágica que te transforma en sapo un instante después conquistado tus ojos. Vos no tenés la culpa, ya sé.

¿De esto se trata la discriminación? ¿De no tener oportunidad de llegar a tu lado? ¿De no poder olvidarme que te da miedo entrar en mí? Y que te da miedo lo que yo te pueda pedir, aun cuando nos aventuremos en las caricias eternas que dejan un sol entre tus piernas y mi respiración agitada. No, ya no quiero más. Me merezco algo mejor. Pero



cómo se hace. Adriana cree que tengo que esperar un amor contundente y yo creo que el amor se construye. Y además, ¿qué es el amor? No quiero héroes, no hace falta un acto heroico, solo un poco de sentido común. Yo nada más quería con vos una luna llena, un jadeo quedito que acaricie el oído, otra caída de tus pestañas. Pero la imposibilidad se yergue porque yo tampoco me la banco. La idea fija tiñe nuestros encuentros y no se puede fluir porque llegamos al borde que yo quiero quebrar. ¿Qué me duele más? ¿Qué se rompió? ¿Intentar convencerte? ¿No poder ser tu amiga? Mi casa se vació de esperarte, cambiaron los amarillos por el desamparo del invierno, en el jardín quedaron las rosas congeladas como ese fulgor de trompetas que alguna vez le puso música a nuestro juego. Y me confundo. Y vuelvo y quiero saber más. Te lo pregunto, si sería más fácil si no tuviera sida. Vos me preguntás si te estoy tratando de imbécil y al segundo siguiente lo aceptás y yo tardo demasiado en aceptarlo. Tanto que llego hasta el borde, algo ebria, pidiéndote más. Quemo todas mis naves, me paro en el borde del precipicio y allí me dejo caer sin pensar en la dignidad, bebiendo de tu sexo, intentando retenerte para evitar ese chau apurado que me deja en esta estepa en la que ya no entiendo cómo, ni por qué acepto pararme. Muerta de sed. De sed de tus ojos. De sed de recreo. De un amor efímero que me dé alivio, que me deje ir más allá. Que no me recuerde todo el tiempo lo que no puedo. Muerta de sed me despido.

**M**e lavo la cara con agua fría, me limpio hasta que no queda nada del día de trabajo. Ni un poco de rímel, nada de hollín. Me miro al espejo. Estoy cansada. Tengo los labios partidos por la medicación y no me veo con mis ojos. Los labios tan cerca empañan el vidrio. Tengo tos y extraño los cigarrillos. Nada grave, igual puedo dar unas pitadas de esas que sueltan amarras. Me quedo conmigo en el espejo. La mirada es implacable. Veo los pequeños surcos bajo los ojos, las líneas que

encuadran la boca. Me veo bella. Me veo vieja. Me veo dispuesta. Me veo de cerca hasta que las pupilas solo se ven a sí mismas y como en un espejito de goma a mí me rebota y a mí me explota. Cierro la canilla que hace horas está abierta. Me tomo las pastillas de la noche. Camino por mi casa. Llevo una plomada allí donde terminan las costillas. Alguien se fue esta semana del mundo pero la tierra todavía guarda la marca de su peso. Pienso en su compañera buscando un interlocutor en otra pantalla, preguntándole por qué te fuiste, o dónde estás, o ahora qué voy a hacer con la sombra de tus cosas. Todas las pérdidas son como la muerte. A veces pienso en las cosas como si ellas supieran de mí, como si bailaran conmigo en lugar de meterme en su danza. Es difícil estar sola. Tener todo este silencio para hurgar cada vez más profundo. Lastimándome como un niño que intenta meter un palito en su oreja. Soy como un *voyeur* de mí misma. En la tele una modelo dice que no es fácil encontrar a alguien. Ya lo creo. Me gustaría tomarme un recreo. Tengo la piel seca. ¿Por qué no un cóctel de risas y besos para matizar un poco? Pienso en salir. Ir a un lugar donde nadie me conozca. Donde yo no tenga vih y jugar a la nena linda que se deja conquistar. Todos lo hacemos alguna vez. Con forro, por supuesto. Porque el único riesgo que se corre es el de entregar todo al vacío. Y después tener que despertarse en el extranjero. No es poco. Es una opción fría para el alma. Pero de vez en cuando es necesario recibir otro reflejo del propio cuerpo. Una imagen que nos devuelva el deseo limpio de miedo. Donde no resulte obsceno el deseo como una fiesta cuando se vive con vih. O cuando se goza de maneras que no entran en el mundo de las propagandas de Criollitas. Al poco tiempo de haber recibido mi diagnóstico pensaba que el vih me salvaba de noches de gimnasia innecesaria. Ahora pienso que si es un virus el que me tiene que salvar estoy perdida. Nunca me gustó hacer gimnasia. En todo caso bailar, algo de ritmo, algo de armonía, el brillo de la música. Cuando los astros se crucen, el amor. Pero siempre preferí elegir. Esta semana supe que alguien partió. Todas las pérdidas nos hablan de la muerte. Yo no perdí mi deseo. Me miro otra vez los labios. Los humecto. Busco una crema para mi piel seca. La música me habla al oído. Amarme es un buen plan.

**E**l sol se acostaba melón al atardecer, después de una semana de nubes y lluvia. La primavera por fin nos acariciaba. Nos reunimos a orillas del río, allí donde la costa tiene arena de ladrillos y pedazos de loza. Restos de demoliciones, azulejos y mosaicos viejos le prestan al agua su superficie para que modele las joyas más raras. Piedras verdes de vidrio lamido. Corazones de concreto que imitan caracoles. La reserva ecológica guarda sus tesoros para los observadores atentos. Allí nos reunimos para leer poesías como parte del Festival de Teatro de Buenos Aires. Pero el escenario es casi íntimo. Un círculo como una arena romana, ruinas domésticas ordenadas para ser opulentas, cargadas con frutas que la gente va comiendo cada vez con mayor gula. Casi todos los que recitan le oponen al atardecer sus ropas negras, como si hubiera un acuerdo previo para no competir con los colores del cielo. La tarde es bella y mucha gente en bicicleta estaciona y escucha en silencio para quedarse con algún verso que les dé aire para terminar el paseo, tal vez uno que sirva para nombrar a la ciudad que se recorta sobre el horizonte y lentamente despierta del letargo del domingo. Ningún marco podría haber sido mejor para escuchar los poemas de Liliana Maresca, una artista plástica, una mujer, que partió en noviembre de 1994 cuando darle pelea al vih era más una declaración de principios que una posibilidad cierta. Sus palabras llegan a nuestra boca como si nos pertenecieran. Es lo que necesitamos para seguir aprendiendo; un ejercicio de memoria que nos ata más a la vida que a la muerte. “Dejo unos rastros entre los seres que me vieron ser”, dice uno de sus poemas, “la vida me flota en su río oscuro”. Y el río crece en pequeñas olas que nos lamen los pies. Cada uno de nuestros muertos construye nuestra identidad. Somos con ellos soplándonos al oído la certeza de lo efímero. El sida le trajo a una nueva generación el saber que los jóvenes, los amigos, también mueren. Así lo aprendieron nuestros padres, cuando la dictadura genocida recortó su generación. Y antes también quienes vivieron las guerras. Ese dolor nos modela y nos enfrenta a lo que tenemos. Ese sol melón, ese viento bravo que despeja las últimas nubes, los amigos

dando calor al crepúsculo, el beso de un amante. Es bueno contar con los vivos y con los muertos. No podríamos aprender todo de nuevo cada vez. La memoria de Liliana nos duele y nos alimenta. Mientras Horacio se despide apurado porque se olvidó el famoso cóctel antiviral en su casa, yo me seco del corazón las lágrimas con los últimos versos, una declaración de principios que no venció al sida pero sí a la muerte: “Entre bullicios/ gusanos me esperan/ seré su alimento/ Y aquella parte más hermosa mía/ ser perfume de magnolia”.

**C**omo una foto. De pronto la mirada se congela y la imagen apresada cambia. Algunos momentos aislados nos permiten tomar distancia de la inmediatez de los días. Tal vez porque alguna pieza se mueve en nuestra estructura. Alguna se rebela y pregunta. La mirada construye su universo con retazos de las cosas. Puede ser que vayas caminando por el microcentro, y que te agobien las horas que llevás caminando sin nada que lo justifique, sin poder quedarte quieto porque la culpa de no hacer nada es peor que el cansancio. O puede ser que todo sea igual cada día, que nada distinga el miércoles del jueves, que pagues puntualmente tus deudas, que duermas solo por las noches, que no te des cuenta de que florecieron los jacarandáes en Buenos Aires y que nunca hayas reparado en los frutos de algodón que empiezan a colgar de los palos borrachos. Puede ser que no. Puede ser que camines por la calle y todo se te antoje versos increíbles que nunca llegan al papel, cenas que son cuadros, cada rostro un estímulo, el reflejo de tu mirada que tiene hambre de belleza. Puede ser que la soledad se haya pegado a vos, que te rodee como el aire que respirás, que ella sea tu rutina acostumbrada a no pasar el mate, a sacarte los mocos en cualquier momento, a no preocuparte de los ruidos de tu cuerpo, ni del desorden, que estés tan rodeado de vos que no puedas ver más que a vos en tus cosas y no encuentres espejo para descansar de vos. Puede ser que tu cuerpo

estalle, que aprendas de nuevo las caricias, que te desconcierten los olores, que quedes desarticulado por las sensaciones, el cuerpo todo calor, abandonado a esa corriente que dejó de ser piedra para tomar fuerza de lava, mineral líquido, flexible, arrasador. Puede ser que en la misma cotidianidad, atravesando la misma anécdota todos los estados convivan. Como convive la vida con el germen de la muerte. Depende de la mirada. Si podés tomar del dolor su retazo de belleza. El consuelo del tiempo cuando deja de existir, cuando nos presta en cada nacimiento el propio, en cada ciclo todos los ciclos. Atarse al flujo del tiempo y de las cosas para compartir la eternidad de lo que siempre vuelve a empezar. Todo pasa. Todo nos traspasa. Pero de pronto algo queda entre nuestros dedos. Una imagen congelada que nos regala su inmortalidad. Lleva impresas las cicatrices de nuestra mirada. Ese punto común que nos deja hablar el mismo idioma en las caricias. Entonces no importa cuál es tu grado de inmunidad a los virus. Si la vida se expone dejándote distinguir cada uno de sus latidos, como golpes únicos e indispensables para que todo siga girando. Entonces no importa si el día estuvo bueno o malo, si tu CD4 está por debajo de 200 o si bajó tu carga viral. Si escuchás ese latido como el tañir de la campana que te sacude la modorra, entonces nada más importa y la mirada recupera su hambre de belleza.

**U**n día quisimos viajar a la muerte y la muerte nos sorprendió en el camino. Le vimos a la muerte su cara de cemento. La sentimos dejar de respirar a cada instante, siempre balbuceando su último estertor en los bulevares de la Avenida Gaona. Hicimos ese camino sin saber lo que queríamos ver. Tal vez buscando alguna explicación a la forma que tomaron las cosas con los años. Ir al inicio, donde ocurrió aquel primer desgarro que nos dejó anudadas a una ausencia. No había nada donde hace veinte años hubo un campo de concentración en el que nuestros seres queridos pasaron sus últimos días. Una tranquera blanca y una luna como un plato

para consolarnos. No encontramos más que lo que llevábamos en el alma. Sellado para siempre un dolor como un sino. Que hilvana lazos más allá de nosotras, que ese día nos paramos frente a la tranquera.

Fui y vine siguiendo el alambre de púas, a metros nada más todo el descontrol de la autopista. Adriana sacaba fotos. Es el lenguaje con el que puede hablar. Como siempre que puedo me cuelo en sus ojos. Le pedí una foto más. Para quedarnos con algo. No pudimos hacer más que entender lo que somos ahora. Saber que alguna vez, después de que la muerte nos tocó el hombro, pudimos optar por la vida. Y esa opción es una marca, tan profunda como el dolor. El día que me enteré de que tenía VIH, el general Martín Balza hacía un tibia mea culpa por televisión que removió las tripas de una sociedad acostumbrada a callar. La audiencia se espantaba de los crímenes horrendos como si no los conociera. La sociedad hablaba de lo que le pasaba por dentro. Mi cuerpo también hablaba de lo que le pasaba por dentro, donde yo tampoco había querido mirar. Algo se unió definitivamente ese día. Hoy pienso que atravesé mi vida como un camino de obstáculos y no estoy intacta. Como esa avenida llena de baches, y de tránsito y de gente que nos llevó basta lo que fue un campo de concentración en la Autopista Ricchieri. Parada frente a esa nada que encierra la tranquera siento que todo vuelve a empezar. Y lo que me quebró alguna vez ahora me da los ojos de Adriana para mirar. Y también las palabras de Raquel para aprender a escribir y las sonrisas de Josefina para calentar el corazón y el pecho de Javier para descansar. Todos hermanos, aunque no nos veamos, aunque estemos lejos. En aquel inicio que fui a buscar, los encuentro también a ellos cargando el mismo dolor. La vida no da respiro: los encuentro y a la vuelta de ese camino nos espera un atardecer furioso que se apaga en el agua. Y cuando creemos que no podemos ver nada mejor, algo más nos desafía a intentar sin éxito pinchar la belleza como una mariposa a este papel. Mi corazón late desordenado. No entiende ese tránsito constante a que lo expongo. No puedo cambiar nada de lo sucedido hasta ahora. Pero puedo empezar cada vez a caminar. Y mirar otra vez sobre lo que tengo, que siempre brilla más que lo que me falta.

**1998-2000**

---





**A** veces, cuando me siento sin salida, me acuerdo de Claudia. “¿Sabés qué es lo que más extraño?”, me dijo un día en que el frío nos hacía tiritar en el pasillo de la cárcel de Ezeiza, en que ella tenía las visitas. “El agua”. Eso era lo que ella más extrañaba: sumergirse en el agua, sacarse la ropa, dejarse moldear por el líquido. Esa era su idea de libertad, después de haber pasado la mitad de su vida presa. Entonces, cuando me siento sin salida, lleno la bañera de agua tibia, me sumerjo hasta las orejas y escucho mi respiración, constante, pareja, relajada. Escucho mi pulso y dejo que su ritmo me lleve lentamente hacia la luz.

**H**ace una semana que sé que tengo que ir a médico. En realidad hace mucho más. La última vez que fui, cerca del 14 de julio, quedamos en que no iba a dejar pasar dos meses antes de volver. Casi pasaron tres. No puedo dormir. ¿Qué me pasa? Tengo pánico y el miedo no necesita argumentos. Tiene vida propia y sabe enmascararse. Qué sé yo. Me olvido de tomar la medicación. Esa puede ser una de las razones. Todos los días me despierto y me acuesto pen-

sando si tomé las pastillas. Y casi todos los días tengo una respuesta distinta. A veces abro los ojos a la madrugada y me doy cuenta de que me quedé dormida. Las pastillas roncan a mi lado junto con el vaso de agua intacto. Miro el despertador y las trago sin despertarme del todo. A la mañana, justo cuando estoy a punto de empezar el esquema que pacté con el médico, me doy cuenta de que la última toma fue hace cuatro horas. Tengo que esperar por lo menos tres más. Y así todo el esquema deja de serlo y se transforma en un esfuerzo desesperado por acomodar las cinco tomas tratando de dejar un espacio de tiempo considerable entre cada uno, por lo menos el necesario para que hagan efecto y no se superpongan, todo sin tener que despertarme de nuevo a la madrugada. Algunos días deberían tener unas horas extras. En mi insomnio rige la ley de Murphy, todo lo que puede salir mal sale peor. Repaso las posibles causas de tanta ansiedad por una visita de rutina al médico. En estos meses me engripé y tengo una tos crónica que en estos momentos en que se acerca la hora de ir a hospital se me antoja tuberculosis. Soy una paranoica, me convengo. ¿Y si tengo que cambiar la medicación? ¿Y si tengo que empezar a tomar ese inhibidor de proteasa que te provoca vómitos y al que hay que acostumbrarse de a poco? ¿Y si mis CD4-esas células que indican el nivel de las defensas- ahora son menos, aunque sea 10 o 29, pero menos? ¿Y si tengo algo en los pulmones y tengo que empezar a tomar antibióticos y entonces ya no puedo seguir tomando el inhibidor y después que lo interrumpí no puedo volver a tomarlo? ¿Por qué será que me salen hongos en las uñas? ¿Será que estoy débil? Los gallos de mi vecina ya están desafinando. Delicias de la vida en la provincia. A veces quisiera estrangularlos.

Con el resto de conciencia que me deja el miedo me doy cuenta de que no tiene sentido hacerme a mí las preguntas que podría hacerle al doctor. Como siempre, ocultarse no ayuda. Mientras me visto, mucho antes de lo necesario, miro de nuevo el sobre con el resultado de la carga viral que todavía no pude abrir. No puedo ser tan cagona. Lo abro. Lo leo una y otra vez. Dice que no es detectable

el virus en mi sangre. La noticia tarda mucho en asimilarse. Tengo que ponerme contenta. Estoy contenta. La euforia me ciega y salgo corriendo al hospital. A cuarenta kilómetros de mi casa caigo en la cuenta de que no tomé las pastillas. Las busco en la cartera. No están. (Cuando estoy despierta también rige la ley de Murphy). La rueda de la paranoia gira otra vez.

**E**lla detesta la Navidad. No es muy original, es verdad, pero no por eso su sentimiento es menos puro. A medida que avanza el mes de diciembre le empiezan a salir ronchas en la piel. Al principio son nada más que islas rojas, apenas inflamadas, que pican y pican. Con los primeros arbolitos de supermercado se empieza a poner peor, se tiene que cortar las uñas para no rascarse y sacar la televisión de su cuarto porque las barbas de Papá Noel le despiertan instintos asesinos. En su casa el pesebre se arma cada 8 de diciembre, el día de la Virgen. Todavía se acuerda de una discusión feroz con su abuela por una película de Franco Zeffirelli que mostraba el parto con dolor de la madre de Jesús. Ella detesta a Zeffirelli casi tanto como a las fiestas, pero esa vez le tocó defenderlo de su abuela que lo acusaba de hereje porque la siempre Virgen María no rompió su precioso himen ni siquiera en el parto. No debería haber sufrido, decía la señora frente a la risa de todos los nietos. Esos son los temas de Navidad que le ponen la piel como si hubiera estado tomando sol en el Valle de la Luna un mediodía de enero. Le gustaría sinceramente escapar. Ayer estuvo toda la tarde encerrada, ensayando frente al espejo. Se miraba a los ojos, subiendo o bajando el mentón para probar, y con la mejor cara de póker largaba: “Mamá, tengo que decirte algo”. Se ató el pelo, se lo recogió, se lo soltó. Se pintó los ojos. Se vio mejor así. Se habló seriamente, como si la imagen en el vidrio fuera la alumna de quinto año que escoltó la bandera con un embarazo de dos meses que

nunca llegó a término. El miedo que pasó todos estos meses se fue evaporando como la humedad de su pelo con la planchita que se pasó hasta no dejar ningún rastro de su pelo ondulado. Del otro lado de la puerta de su cuarto, la familia se prepara para la cena. En algún momento sintió algo de pena por su mamá, más cargada de dorados que el arbolito del living, haciendo los últimos llamados de cortesía. Este año tomó un curso de artesanía en papel y toda la casa está tapizada de mensajes calados en tarjetitas españolas. La venganza es un plato frío, pensó, aunque le dio un poco de vergüenza. No era ese el sentimiento. Pero siempre quiso tirar del mantel, cuando la mesa estaba tendida y parecía la mesa de entradas de un restaurante de Puerto Madero. ¿Cómo podían comer tanto? Para aliviar un poco la culpa se puso a ayudar en la cocina. Preparó una ensalada de radicheta y ajo, su especialidad, con aceite de oliva y aceto balsámico. En la mesa se sentó al lado de su abuela, como para consolarla un poco, de antemano. Antes de las doce, no más de diez minutos, llegó hasta el fondo blanco de un vaso entero de champagne y soltó el discurso que repitió cien veces en el espejo “Mamá, tengo algo que decirles, por favor”, dijo para pedir silencio: “Tengo vih, pero no se preocupen, lo sé hace mucho y estoy bien”. Los cubiertos volvieron a los platos en un solo movimiento. Alguien tosió. Su mamá fue la primera que habló: “Entonces -dijo- brindemos por eso”. Ella también lo sabía, y hacía un año que esperaba que alguien lo dijera en voz alta.

**Q**ue abra la boca y se caigan las palabras. Que todas sean te amo. Que los ojos tengan siempre un horizonte donde descansar. Y que más allá haya historias para jugar a ser creador y que todas se quemen al atardecer y que sus cenizas se hagan estrellas en la noche para que los niños las cuenten en la cama. Que cuando diga gracias nadie escuche la forma cortés de recibir algo, sino la alegría que me

da hacer posible lo que sea, y todo mi amor envuelto como un caramelo en una palabra. Que dar sea tan fácil como eso. Que la historia empiece todos los días. Que siga llorando frente al diario y no me avergüence de mi ánimo de bolero, esa forma de sentir tan hondo, a veces con un dejo de dramatismo por saber que cada instante es el único y que no me puedo olvidar de que no puedo retener ninguno. Que la memoria me sirva como pista de lanzamiento, para tomar carrera hacia la seguidilla de presentes que de pronto se parecen a lo que soñé para el futuro. Que mi deseo me siga haciendo trampas, que de tanto en tanto abandone el control de mis sentimientos y los deje empacharse a su gusto. Que después no me persiga la culpa.

Que me anime siempre a patear el tablero, que siga temblando de incertidumbre frente a la computadora, que el teléfono suene y yo pueda contestar a su llamado, que nos encontremos porque todas las líneas alguna vez se cruzan. Que siempre quede alguna puerta que golpear, y que la puerta se abra y antes de entrar miremos nuestros pies para a pisar limpios un nuevo territorio. Que nos toque. Que el dolor tenga consuelo. Que no se pueda matar impunemente. Que dejemos de sangrar por los costados más flacos. Que tenga tiempo de ver como la primera vez a la gente que amo. Que no tenga miedo de salir de noche. Que alguna vez me anime a levantar a alguien en la ruta y no se me ocurra que me va a robar, que intente mejor un romance fugaz para mi fantasía, aunque no le pregunte más que su nombre. Que se cumplan tus deseos. Que el tiempo corra a la medida de nuestros pasos. Que te amen. Que puedas descansar en algún pecho calentito y que las penas de amor alumbren las mejores canciones. Que tengamos utopías como las embarazadas enhebran nombres y los descartan. Que haya cura para cada una de nuestras enfermedades. Que tengamos la voluntad de curarnos, la voluntad de vivir, de levantarnos todos los días, de renunciar a algunas cosas, de concedernos otras. Que abra la boca y las palabras se caigan de ella. Que todas sean te amo. Que seamos felices. Y nos demos cuenta.

**E**s un auténtico domingo en familia. Asado, sol y vino. Javier dirigió la parrilla con la seriedad necesaria como para conducir el destino de los suyos. Le gusta alimentarnos. Y el resto de nosotros nos entregamos con docilidad de huérfanos a sus cuidados. Estamos contentos de estar juntos. Nos reímos como gallinas y nos esmeramos en ironías y bromas. Las nenas más chicas hacen medialunas sobre el pasto y habitan el jardín como niñas. De tanto en tanto nos miran desde sus ojos sin desconcierto, cómplices de esa chispa en la mirada. A nadie se le ocurriría pensar en lo bello del momento si no es porque está a punto de acabar. Y como todo domingo, empieza a pesar hacia el atardecer. En el fondo, el sol nos tiene de hinchada. Todos metidos en el último charco de luz sobre el césped. En escalera, apoyados unos contra otros, somos como gatos haciendo la digestión. Angie hace un desfile de sus tatuajes. Está esculpida de colores; y su piel es tan blanca. Angie tiene 20 años, o casi. Tiene vih. Está bárbara; sobre todo desde que pudo hacerse cargo. El círculo de sol alcanza para el mate. Nos duele la mandíbula de reírnos de chistes tontos.

Me quejo porque tengo que escribir la columna y no se me ocurre nada. ¿Qué importa? Si total la tierra gira, nace una flor, todos los días sale el sol..., dice alguien, cargándome. Me da un poco de vergüenza. No mucha. Raquel aparece triunfalmente después de dormir todo el día. Trae un sanguchito de lomo porque se perdió el asado. En seguida opina que tendría que escribir algo sobre la diferencia entre los chicos de veinte y los de treinta para arriba. Ya lo hablamos otras veces. Josefina asiente y se queda definitivamente con los veinte, aunque por otras razones. La diferencia es que los más chicos tienen menos problemas en tener sexo con preservativo, y no sé si, en consecuencia, con gente que tiene vih. Angie lo confirma. A lo mejor es porque cuanto más jóvenes, más fácil nos resulta aprender. Entonces la información se recibe casi por ósmosis. Pero a medida que vamos cruzando los treinta estamos como más pesados. No queremos cambiar de trabajo. A veces ni de pareja. Y ya pensamos en cosas más

estables como la casa. El forro no era indispensable en la adolescencia aunque nos hubiera ahorrado más de una cirugía menor. Y ahora hay que aprender.

Cuando nos levantamos, él llama por teléfono y le cuento mi tesis. Se queja porque opina que siempre dejo a los hombres mal parados. Que también tendría que dedicar un jueves a decir que no todos son iguales, que tal vez cuesta un poco al principio, pero pasa y que no va a ser ese tema lo que lo separe de mí. Halagada, le digo que tiene razón.

La casa entera se despidе de las visitas. La tarde ya es azul. Como dicen las chicas, la tierra gira y cada día sale el sol. Cuando todo es silencio, se escucha el zumbido de la computadora y el tac-tac del teclado.

**L**as razones para vivir nunca son demasiado espectaculares. Nunca es una sola. Cuando una razón queda solita manteniendo a una persona, entonces seguro que la vida y la muerte se le atorán en la boca y la locura es un tocado en su cabeza. Para sostener todos los días, necesitamos ir recogiendo razones fundamentales como caracoles en la arena, algunos maravillosos, otros vistos millones de veces. Nada que nos deje marearnos.

**N**o puedo hacer por vos más que contarte lo que me paso a mí. Y lo que me pasa. Hace horas que doy vueltas frente a la pantalla para buscar una forma bonita de decir que a veces es necesario resignar la omnipotencia porque con todo no se puede. La división del trabajo es tan vieja como el mundo y aunque este mundo no haya avanzado hacia su mayor bien como proponen las afirmaciones de la New Age, es lo que tenemos y su información ya está impresa en tu piel cuando

naciste. Cuando empecé a tomar medicación, lo que decidí fue dejar en manos de la medicina -y de un médico en particular- una de las posibles estrategias para ponerle límites al virus. Hasta ese momento intenté otras cosas, como visualizarlo y pedirle que se retire de mi cuerpo; o tomar cantidades excesivas de vitamina C porque en algún lado había leído que eso podía dar resultado. Todas esas prácticas exigen una voluntad de hierro y mucho tiempo dedicado solamente a intentar curarme con la fuerza de la fe. Conozco muchas personas que consiguen excelentes resultados concentrados en controlar cada milímetro de su cuerpo. Incluso encuentran placer en ello. A mí me costaba muchísimo. Me quitaba todo el tiempo que tenía, por ejemplo, para leer. Y me llenaba de fantasmas porque nunca sabía si había hecho suficiente. Pero en ese momento nadie hablaba del cóctel ni de los inhibidores de proteasa y tomar medicación no era ninguna panacea. Era someterse a un rito diario que me recordaba permanentemente que había renunciado, que me estaba sometiendo a las agresiones de la medicina que solo entiende el cuerpo como un campo de batalla. Y sin resultados espectaculares porque no conocía a nadie que hubiera mejorado radicalmente con la medicina alópata y sí veía gente feliz siguiendo, por ejemplo, una estricta dieta macrobiótica para anular al vih. Me acuerdo de largas visitas al médico de las que salía invariablemente angustiada porque a pesar de mi trabajo de reiki y visualizaciones, las defensas bajaban. Cuando llegué a contar cien CD4 la encrucijada ya no me dejaba avanzar. Algo tenía que hacer. Volví a hablar con mi médico y él mencionó el cóctel por primera vez, solo que en ese momentos se necesitaba mucho dinero para acceder a él. Por suerte mi papá lo tenía. El cambio fue impresionante para mí. Subí de peso, me olvidé de las fiebres intermitentes y ya no necesitaba irme a dormir a las siete de la tarde porque se me cerraban los ojos en cualquier lado. Es cierto que es incómodo, que muchas veces me dan ganas de no tomar más esas pastas que parecen misiles y que muchas veces me condenan a horas de náusea. Pero no estoy sola en el mundo. También están mi hija que me necesita a su lado, y mi familia y



mis amigos que no merecen de mí un capricho como renunciar a la medicación. Tal vez te sirva lo que te cuento, pensalo, seguramente a tu lado hay gente que espera de vos que te hagas responsable. No es tan grave tomar las pastillas, por lo menos no tanto como dejar que tu vida se escurra y te des cuenta demasiado tarde.

**T**ambién el amor es prueba y error. El cuerpo merece la prueba. Vos merecés que el aire se vaya de los pulmones como si nunca fuera a volver y que después lo persigas, lo busques en otra boca que te devuelve tu alma renovada por el paseo sobre la piel, que tu cuerpo se construya de nuevo con la forma del deseo y que sientas el imán que sostiene a otro cuerpo junto al tuyo dibujando el contorno del amor. Aunque sea sueño feliz en el que reinaste sin discusión, ni miedo, ni dolor. A veces es mejor callar lo que te preocupa y darte la oportunidad de salir a la aventura.

**P**odés colgarte del teléfono, revisar tu agenda hasta dar con alguien, lanzar tu lamento por los cables, esperar que te entiendan, recitar de memoria el inventario de tus males. Podés enunciar la encrucijada en la que te parás, pedirle a alguien que te dé una mano, una guía, para elegir una entre todas las posibilidades, aunque después hagas lo que puedas, o lo que quieras, pero nunca lo que te recomiendan, porque al final qué sabe nadie de lo que a vos te pasa. Podes intentar un mapa de tus cicatrices y con el diseño hacerte una remera que lleves con orgullo militante como quien se pone una camiseta de los Redondos y sale a caminar por el conurbano tomando vino tetrabrick en las esquinas; y creer que formás parte de algo. Ser por una noche el rey

de la noche. Y después creer que nadie te entiende. Que solamente si alguien en el mundo pudiera vibrar a tu ritmo, entonces todo sería distinto. No tendrías que arrastrar tu vacío por la agenda, ser el último testigo del hundimiento del “Titanic”, oteando el horizonte en busca de un punto fijo que termine con la continuidad de las olas. Tus olas, que se agitan dentro aunque el agua caiga afuera, de vos, de tu ventana, lejos de vos en la noche arrastran las olas una búsqueda sin final de alguien que te entienda.

Solamente eso. Alguien con quien hablar. Alguien que escuche. Alguien que te ame, que te convierta en el eje de sus giros, que confirme tu existencia con solo nombrarte. Todavía podés salir. Caminar cuadras como si tuvieras un destino, empujar el carro de tus dudas, recogiendo otras nuevas en el camino como un ropavejero de incertidumbres. Saber que las estrellas están más bellas que nunca: justo ahora. Y recordar de nuevo cuánto más fácil sería si. Pero estás ahogado, dando los últimos manotazos y aún así queda creer que es el mundo el que no da lugar para que vos digas lo tuyo. Podés intentar algo más, sacar conclusiones como quien resuelve un crucigrama, buscar una fórmula matemática, traducirlo todo a una regla de tres y después llegar siempre a la misma conclusión. Saber que igual no tendría sentido, porque cuando alguien que te entienda llegue, entonces será un buen momento para decirle cuánto tardó. Y alguien que te entienda llegará con la misma ansiedad que vos. Y tal vez, justo a tiempo, te enteres de que no hay más respuesta que la tuya.

**R**odolfo decidió arreglarse los dientes. Con una paciencia nada común, hizo la cola necesaria para pedir turno en la Facultad de Odontología, y empezó una rutina que lo llevaba cada semana a pasar una hora con la boca abierta. Todo fue más o menos bien,

con dolor, hasta que le dijeron que tendría que hacerse una cirugía menor. La doctora le pidió una rutina de análisis porque, aunque pequeña, se trataba de un de una operación.

Rodolfo tomó la orden sin mirarla demasiado. Ya en el colectivo se dedicó a leerla, solo para acortar el tiempo de viaje. Le pedían un análisis de vih, sífilis, hepatitis, blenorragia, toxoplasmosis, etc., etc., etc. ¿Para qué? Él ya se había hecho análisis de vih, no le preocupaba el resultado, pero no entendía tanto celo para una simple extracción. Su pareja es médico, decidió consultarlo con él. Alberto tampoco entendió. El único estudio necesario es el que indica cuál es la capacidad de coagulación de la sangre, y en todo caso, el tipo sanguíneo. Puede ser útil saber si tiene alguna alergia, o si le puede hacer mal la anestesia. Pero a nadie le importa si tiene o no sífilis, o vih o hepatitis. Rodolfo estaba molesto. Si de lo que se trata es de hacer una encuesta, o de usar esas ocasiones para controlar el estado de salud de la población, lo menos que podemos hacer es preguntar al interesado si está de acuerdo con figurar en las tablas de estadísticas. El procedimiento le pareció francamente discriminatorio. A su próxima cita con la dentista Rodolfo llegó decidido. No se haría esa rutina de análisis porque era innecesaria. La doctora no esperaba ese acto de rebeldía. Le dijo que si no se hacía los estudios no podría terminar su tratamiento. Él le dijo que si él se hacía el vih, ella también debería hacérselo y mostrarle el resultado. En una operación, el riesgo probable lo corren tanto el paciente como el médico, incluso está más expuesto el paciente, cuyo torrente sanguíneo queda indefenso frente a cualquier imprudencia. La odontóloga lo entendió, pero órdenes son órdenes y para operarlo tendría que consultar con el decano de la facultad y con su jefe de cátedra. Rodolfo tendría que hacer una nota explicando por qué no quiere hacerse los análisis.

Burocracia. Seguro que es más fácil bajar la cabeza y poner el brazo. Y que hagan lo que quieran con la sangre. Nadie puede exigir que te hagas un análisis de vih si no quieres.

Como un ejercicio, cierro los ojos y trato de habitar la casa siguiendo los canales de la memoria: el olor de la cocina, el ruido en el cuarto de mi hija, el rumor de la computadora encendida. La lluvia cerca la casa con su malla húmeda, un tejido de cristales que estalla en el piso. Me pongo la máquina entre las piernas. Y como siempre, no se queda quieta. No es lugar para una máquina de palabras. Entre las piernas, digo. Pero las mantiene abiertas. Y también ellas, las palabras, se escurren por allí. Un coma que no sabe mentir, no entiende de simulaciones. No piensa en lo más conveniente, no mira televisión. Siente. Para andar a ciegas es mejor estar abierta. Dejar a las sensaciones entrar, sacudirme. Sentir también las que no quiero, esas que son como un puño en la boca del estómago, las que me dan vuelta como a una bola de ruleta, esas que mis ojos no saben ver. Mejor cerrados. Llega por el canal entre mis piernas el olor de la tierra mojada. Sin ver, las palabras se tipean sobre el cráneo. Una pantalla en cinerama que anota grandes vocablos.

Todavía se me ocurre pensar que no soy más que un conejillo de Indias de 50 kilos tragando pastillas y dejando que inscriban los efectos colaterales sobre mi cuerpo. ¿Podría rebelarme? Mi cuerpo está intervenido por los males del siglo. Es el campo de batalla donde la medicina ejerce su poder. Nada atemoriza tanto como las pequeñas alteraciones químicas que se desatan sin consentimiento.

Como una metáfora del mundo el cuerpo se corrompe, genera enfermedades, se quiebra en los quirófanos donde lo recortan y lo pegan y lo mandan a vivir como sea. Asistido, pinchado, intoxicado, mudo de placer. Porque si es el placer el que balbucea el torpe lenguaje de los químicos, entonces hay que prohibir, no lo olviden, las drogas matan. Y yo, que ya creo que no me voy a morir de sida, me he convertido en adicta a tres drogas diarias que me dejan el estómago como un campo minado. Pero eso sí, son legales. Y tan modernas que controlan los males del mundo moderno.

La mano del amor me consuela con su paciencia. Con los ojos cerrados veo mejor y la tecnología corrige los errores de mis dedos

ciegos. Pros y contras. Por el canal entre mis piernas puedo irme a navegar, ágiles patinan las barcas en su medio, se van en busca del huracán y así, como se llevan el mástil de mi emoción, en el último impulso, se acaban, también, las palabras.

**J**uan Carlos está esposado a su cama del Hospital Paroisien, y le habla a la cámara del noticiero con desnuda sinceridad: “Me había tomado dos gramos y medio de cocaína y una botella de ginebra, no sé, estaba desesperado y me dieron ganas de robar el estéreo de un auto”. No llegó a hacerlo, solo rompió el vidrio y lo detuvieron. Ahora pesa treinta kilos, pero el juez que entiende en su causa sigue pensando que es peligroso, y ordenó esposarlo a su cama de hospital. Tiene las manos tan delgadas que pronto va a poder burlar el aro metálico. ¿Sabrá el juez que una persona adulta con ese peso no puede caminar por sus propios medios? ¿Habrán leído las recomendaciones del Procurador General de la Nación sobre el derecho de los enfermos a una muerte digna, aun cuando estén privados de su libertad? Las cámaras toman el detalle de la enfermera cerrando el cerco sobre la muñeca de Juan Carlos. En sus ojos se asoma la desesperación. Están perdidos en sus cuencas como si ya no hubiera nada que mirar hacia delante, como si todo su universo estuviera detrás, en el recuerdo de alguna tarde de sol, de algún momento feliz que vuelve a pasar para él, para que la muerte no se lo lleve resignado. La mamá de Juan Carlos sabe que no tiene retorno, pero ella podría acompañarlo en los días que quedan, podría confortarlo, cantarle canciones de cuna para arrastrar el dolor de las escaras con el silencio del sueño. A lo mejor ella conoce el valor de las sábanas limpias, del olor a colonia para estimular la piel, alguna música conocida, las visitas de los amigos. Pocas cosas se pueden hacer cuando el cuerpo empieza a desprenderse lentamente de la vida. Pero esas poquitas cosas, esos detalles que rodean la enfermedad con el mullido confort del

cariño son la diferencia. He visto partir a muchos amigos en ese final lento que tiene esta enfermedad, el sida. No es fácil aceptar que por fin el silencio se acerca. Todo el mundo intenta pensar en otra cosa, que tal vez haya una mejoría, tal vez un milagro. Pero lo cierto es que cuando el cuerpo empieza a languidecer tal vez no haya oportunidad de cura para él, pero todavía se puede aprender, todavía se puede gozar. Se aprende a amar, se aprende a agradecer, se aprende a gozar del olor a jabón, del sol que entra por la ventana, de los amigos que acercan su cariño. Son muchos los presos que todos los años mueren en las cárceles por indiferencia de los guardias y de los jueces. Algunos no llegan jamás a ver un médico porque sus compañeros dejan las manos golpeando las rejas y nadie escucha el pedido. En el mismo programa en que apareció Juan Carlos una mujer llamó desde el penal de las Ezeiza para denunciar que una señora había fallecido después de toda la noche de agonía, sin atención médica. El dolor no se siente tanto si no se ve. Los guardias que no se acercaron esa noche al pabellón de Ezeiza, el juez que ordena esposar a Juan Carlos, también van a llegar un día a los umbrales de la muerte. Y tal vez entonces recuerden a quienes dejaron abandonados por miedo a abrir los ojos y contaminarse con el dolor ajeno, que entonces va a ser el propio.

**L**a misma mano que me da de comer me mata. El globo del amor se hizo plomada y ya no puedo soltar el lastre. Tengo un dolor viejo como el mundo, veo a la tierra empezar a recuperarse de ese diseño cartográfico que tenía desde las alturas. Voy a estrellarme y desde la distancia nueva creo que podría empezar a ver claro. Pero sigo sin abrir los ojos, buscando algo que me golpee pero no me deje caer en el pozo ciego: no sentir para que no me duela. Todo tiene esa cara después de la lluvia, cuando el sol sale perpendicular y la nostalgia hace contraste con la promesa de luz. Y una caminando sola, sabien-

do que la vida es bella, antes y después de la tormenta, pero el vacío, ese vacío del corazón que no tiene eco, no descansa más que en mínimos intervalos de orquesta.

“**U**na vez dije que tenía vih y la reacción fue tan terrible que no puedo volver a hacerlo, me limito a cuidarme y listo”. Listo también para tus posibilidades de enamorarte. Listo, acabemos con esa fantasía de compartirlo todo con alguien, o por lo menos lo importante, lo que pesa. Listo, cerremos la puerta a la verdad y carguemos solos con nuestra incertidumbre. Listo, que no se entere nunca de que tu cuerpo está siempre alerta, que monitoreas cada señal permanentemente, que muchas noches te sentís amenazada, que más de una vez fantaseaste con la cara del final. Que no se entere. No se lo digas a nadie. Condenate al aislamiento, a las relaciones fugaces, a las medias tintas. Disfrázate de amante algunas horas y que él no entre en tu vida, que no sepa del médico, de las colas en el hospital, de los trámites de la obra social, de las náuseas matutinas. Que las noches no se hagan demasiado largas, no te quedes más tiempo del necesario en la cama porque vas a perder una toma de medicación o vas a tener que inventar alguna otra cosa para justificar el pastillero en tu cartera. “Yo no voy al médico, hace mucho que no voy, porque estoy bien, mi último recuento de CD4 era casi normal, ¿para qué voy a ir?”. No para nada, solamente para que todo siga normal, para aprovechar ahora que tenés el doble de chances, para hacerte cargo, para mirar la vida a los ojos y después besarla en la boca, hundirle la lengua hasta la garganta a esa vida en cuentagotas que nos moja todos los días. Te escucho y no puedo decirte exactamente lo que pienso. Ensayo un par de palabras, pero soy de reacciones lentas, las fichas me caen más tarde. “Él es casado, tiene cuatro hijos, no piensa separarse”. Entonces sí, pienso, entonces está claro, una oportunidad

más para jugar al amor no correspondido. Es una forma moderna de escapar del compromiso, esto de las relaciones complicadas. Una cómoda manera de ser siempre víctimas. Me sucede a menudo. Siempre estoy cayendo por la rodada de algún desencuentro que me ocupa la cabeza, me da buenas excusas para lamentarme, me permite aferrarme a los estrechos laberintos del malentendido y el despecho que me quitan el horizonte. Está bien, no lo digas, quedate sola. ¿Es cruel? La vida es cruel. El amor es cruel. Duele, hay que entregarse y quedarse indefensa. Pero si conservás tu secreto estás a salvo del amor. Porque cada día que pasa la pared es más alta. Y cuando se cae es como la Torre de Babel. Es cierto que hay muy poca gente que se va a bancar que tengas vih. Pero hay. Como me dijo Daniel, una tarde en que me consolaba: Estás condenada a las grandes pasiones.

**A** veces me da miedo mirarme en sus ojos porque sé que no me pueden mentir. Los mismos ojos que juran amor eterno se manchan de pronto y no me dejan ver. Hay algo de lo que me protegen. Algo que no me quieren mostrar. Como si fuera la búsqueda del tesoro, voy siguiendo pistas confusas, algunas preguntas que se niega a contestar. Con medias palabras voy armando el discurso que nunca dijo. Nunca a mí, por lo menos. No hay que llamar a los fantasmas, dice, pero yo sé que en el fondo teme hacerme daño. No quiere nombrar sus temores porque cree que si les pone palabras se van a cumplir, igual que los sueños que se cuentan en ayunas. Pero cuando hablamos me doy cuenta de que esta conversación debería suceder más seguido. ¿Cómo puedo ser tan bruta como para no tomar en cuenta que para él también una llaga en la boca puede ser el principio de una pesadilla? Pero a los dos nos cuesta. Yo hago preguntas y me sorprendo con las respuestas. ¿Pensás mucho en el vih? Sí, piensa, “en el abandono”, me dice. ¿Cómo en el abandono? No imaginaba que todavía hoy la muerte se respirara tan cerca. Muy,



muy pocas veces pienso que me puedo morir. La ilusión de los cócteles es ya una verdad tangible que me rescató de la cornisa en la que cada paso podía ser el último. Ahora me siento tan fuerte que me olvido de esos cuidados especiales que se llevaban casi toda mi energía. Pero claro, pienso, el amor siempre está exhalando su último suspiro. Apenas nos separamos del primer beso y ya acuden a nuestra mente imágenes de naufragio en las que todo lo que conseguimos se hunde sin remedio. El amor nos amenaza con la partida y tal vez es por eso que mientras lo tenemos, tejemos lazos de arañas que después del coito se almuerzan a su pareja. El VIH es una imagen concreta para esa zozobra constante entre tener y perder. Una razón mucho más romántica que los celos para alimentar al monstruo-pasión-cotidiana siempre a punto de desinflarse. Pero, como siempre, detrás de cualquier ventaja acechan los contras. Él vence sus miedos, pero el miedo se niega a abandonarlo. Justo cuando yo aprendo a darle a la tos el exacto significado que tiene -una tos de invierno-, él empieza a hilar enfermedades a partir de la más mínima manchita en la piel. Vive obsesionado por la salud de su boca, ese órgano sexual tan importante como los genitales, que queremos mantener a salvo de todo látex. Y para eso no puede haber heridas ni encías excesivamente sangrantes. Muchas veces lo descubro en el espejo analizando una llaga que el viento le abrió en el labio y el pánico acude como un relámpago a cambiar la luz de nuestros ojos. Yo estoy curada de espanto, jamás pienso lo peor y lo más honesto sería decir que apenas pienso podría contagiarse. Y él me protege de eso que lo asusta y se queda solo en la república del miedo. Después reacciona como puede: a toda hora me persigue con las pastillas. Me llama al mediodía o a la tarde para controlar que me las haya tomado todas, me obliga a visitar al médico, sabe mejor que yo cuándo van a estar listos los análisis. Alternativamente le agradezco y me rayo con su insistencia, me olvido de que nuestras vidas están encastadas y que le debo cuidarme como se lo debo a mi hija. Por eso temo mirarme en sus ojos, porque no me pueden mentir. Y cada vez que los veo me dicen que no estoy sola en el mundo: un placer que esconde su doble filo. Como la vida. Como la muerte.

**S**ale del hospital con la mirada vacía. Sus pasos se la llevan de allí con una voluntad firme de poner distancia. Camina por la Avenida Belgrano, deja atrás el Centro Gallego. De pronto corre el 2 que se le escapa justo cuando llega a la parada. Tiene que significar algo. Todo significa algo en la vida. Algo querrá decir lo que le está pasando. Nunca le pareció tan oportuna esta frase. Exactamente le está pasando a ella, como si estuviera corriendo una película dentro de un proyector, con protagonistas desconocidos y llorosos. Los pies la llevan cuesta arriba aunque al final está el Bajo. No sabe que llegará hasta allá. No sabe tampoco cómo volver a su casa cuando llega y se sienta frente a ese mar de juncos, en una escalera de la Costanera sur. El camino fue pasando como una escenografía de ópera, pomposa y pesada como un paquidermo. Pero efímera. ¿Y qué? ¿Hay algo que no lo sea? Un hijo, se contesta, un hijo es para siempre.

Carla se ve la panza y no ve nada distinto. Se toca. Ninguna señal. Su embarazo es un papel que guarda en el bolsillo. Hoy no va a trabajar. Tampoco quiere volver a su casa. Por más que piense no se le ocurre nada más importante para hacer que estar ahí, viendo los juncos entregarse al viento sin quebrarse nunca. No puede reconocer ningún sentimiento. Tal vez Gustavo tenga razón y ella sea frígida. Cuerpo hueco sin ilusiones. Necesita una idea nada más. Trata de buscar alguna, tiene que pensar muy bien antes de enfrentarlo. Pensar qué le va a decir a Gustavo. Cualquier duda podría terminar con lo que ella quiere. Siempre fue así. Él la convence de cualquier cosa. Alguna vez deseó tener un hijo. Pero el recuerdo de tantos planes no es más que un montón de palabras, ni una imagen, ningún color para su sueño. ¿A quién llamar? El teléfono público que reina en la explanada de la Costanera es una promesa que no se cumple. Solo la atienden contestadores. Sabe que lo va a tener, pero quiere decírselo a alguien antes que a él. Sabe perfectamente cuándo sucedió. A Gustavo le molestan los forros, dice que no siente, que se le baja cada vez que se lo pone. Por eso ella accede, un ratito, le dice

él, hasta que la tenga bien dura. Pero nunca se lo pone más tarde, prefiere acabar afuera. Claro, que a veces no aguanta. Y ella corre a lavarse, se queda sentada en el bidet, esperando. Y reza. Después él se duerme tranquilo. Y ella da vueltas. Como ahora sin rumbo, sin teléfonos que marcar, sin sentimientos. Ya tiene la decisión tomada. ¿Será una decisión o un callejón sin salida? ¿Cuántos encierros más la esperan ahora?

¿Sabrá Gustavo que además de estar embarazada tiene vih? La reserva ecológica la tienta. Los pies siguen su marcha sin permiso. Tal vez hoy no hable con Gustavo. Mañana tampoco si no tiene ganas. Por una vez el tiempo está a su favor.

**T**engo insomnio. El sueño juega al histérico conmigo. Nada me consuela de las horas muertas que abandonan a la mirada sin destino, casi siempre pegada a la pantalla. Mirada perdida que no quiere respuestas. Los interrogantes desfilan sin detenerse en el corredor sin ruidos de las noches en vela, como los invitados de honor que nadie quiere cerca. ¿Por qué? Me paseo ciega por la noche ciega que no dibuja las fantasías del sueño. Busco entre mis cosas, en el laberinto de lo que debo. Claudia murió. Sabía que iba a pasar. Es así, también podemos acostumbrarnos a eso. Recuerdo que hace unos meses alguien me llamó para decirme que la habían internado, que era cuestión de días el desenlace. Corrí al hospital a despedirme. Pero cuando la vi supe que todavía faltaba mucho. Y mucho, sin embargo, era tan relativo. Después la volvieron a internar cientos de veces. Hablamos por teléfono, me reclamó que no haya ido a verla, mirá si me pasa algo, dijo ella. Pero estando a su lado me desorientaba. La muerte se veía tan lejos que no pudimos decirnos, no pudimos nombrarnos. Usé el escudo del periodismo para preguntarle qué iba a pasar con sus hijos cuando ella no estuviera. No podía pensarlo. Mejor miramos las fo-

tos de las vacaciones. Los chicos tostados como figuras de ébano. No sabía que era la última vez. Supe de su muerte por el diario. Quemo incienso sobre las brasas para llegar hasta ella. Agradezco que me hayan enseñado a rezar. Nunca me voy a acostumbrar a las despedidas, pienso, y al instante me doy cuenta de que no es verdad. La agonía ya me miró a los ojos más de una vez. Y tal vez por eso ahora no puedo cerrarlos. Temo que esa impresión que llevo bajo los párpados habite en el sueño y los fragmentos se unan de nuevo para decirme que no hay luz sin sombras. Y yo termine cargando la ausencia sin dolor. Como si el dolor me redimiera de la anestesia cotidiana. Me siento sola. Claudia ya no está en el mundo y comparto con sus hijos la orfandad. Y el deber de la vida. Y el honor de la vida que me mantiene despierta. Buscando. Buscando palabras para cavar un surco donde el dolor pueda andar sin angustia. Donde la muerte se nombre y el sida sea una anécdota, nada más que esta excusa que me recuerda otra vez que hay un sentido para la ausencia. Y que yo, nosotros, estamos todavía aquí para develarlo.

**E**l amanecer trae, como siempre, su barullo de pájaros. El sol se levanta tras las nubes, apenas se intuye la luz que igual alcanza para ser día. Otra vez me despierta temprano un reclamo de mi vientre, como si todos los órganos que se alojan allí se hubieran reunido en manifestación para quejarse de mi maltrato. Hace tres días que el baño es mi hábitat natural. No puedo creer que unas cuantas caipirinhas alcancen para quebrarme de esta forma. Algo más debe estar pasando, pienso, seguro que algo que tiene que ver con el virus, que tal vez ya no estoy tan bien, que ya no resisto la medicación y tres millones de etcéteras. Nunca fue gratis emborracharse, pero el valor agregado del vih me da múltiples explicaciones para mi malestar, como una forma cómoda de quitarme responsabilidades. No es que me haya excedido

sino que mi cuerpo ya no resiste tan bien. En el barco de la resaca vienen tres amigas conmigo que se curan las heridas como pueden. No soy la única que se enamora del baño en la mitad de la noche. Para nadie es gratis emborracharse, pero yo le pongo un toque trágico al asunto: tengo miedo.

**T**engo en mis manos una confesión. Un alma desnuda que llega por carta en busca de consuelo. “Me gusta chupar la pija, esa ES una de mis habilidades mejor reconocidas. Siempre llevé a cabo mi tarea recibiendo después múltiples halagos”, dice la misiva. “Por eso cuando Daniel se resistió a mis bien ponderados lengüetazos me desconcerté, creí que tal vez quería demorar el placer o dedicarse a otros juegos, pero no”. No. Daniel levantó a Rebeca hasta la altura de su nariz, la besó profundamente, con la intensidad de quien tiene algo importante para decir después y descerrajó su pregunta: ¿por qué me tenés tanta confianza? Ella apenas tuvo tiempo de pensar a qué se refería: “¿cómo sabes que no tengo sida?”. “Jamás dije que no lo tuvieras” dijo ella, “pero no entiendo qué tiene que ver con que te la chupe o no”. “¿No sabés que te podés contagiar?”, dijo Daniel con la suficiencia de quien cree que hace lo correcto, frescas en su memoria las reglas oficiales del sexo seguro. Rebeca intentó una explicación con sus palabras, con sentido común. Le dijo que había una posibilidad en dos millones de que ella pudiera contagiarse, desde que se conoce la infección por VIH en todo el mundo apenas se cuentan una docena de casos de contagio. Pero Daniel había escuchado lo que escuchó de un médico, una garantía ilustrada. Rebeca no se rindió, retrucó apuntando que aun los médicos tienen ideología y que no hay inocencia en los consejos alarmistas. Daniel no aflojó. “Después de después y no habiendo hecho eso pero sí otras cosas, porque en materia de sexo siempre hay alguna otra cosa que se puede hacer, él me preguntó qué era lo que más me gustaba. Y yo le

dije: ¿vos querés saber qué es lo que más me gusta? Es algo que nunca me vas a hacer porque te da mucho miedo. ¿Y a vos? Supongo que lo mismo, contestó”. La carta de Rebeca es un pedido de auxilio. Todo lo que puedo decirte, querida amiga, lo he leído en el extranjero y pongo a disposición ese material. Sí, es verdad, hay una posibilidad en dos millones de contagiarse con sexo oral. Hay más chances de que un avión se caiga que de contagiarse de sida de los genitales a la boca y viceversa. Pero si alguien teme subirse a los aviones siempre habrá algún psicólogo dispuesto a curarnos. ¿Por qué no habrá tratamiento para el miedo a las chupadas? ¿Por qué nos siguen metiendo miedo? “Nuestra obligación es decir lo que sucede, después cada uno se cuida como quiere”, me dijo la doctora. Pero ella no dice la verdad, por lo menos no en términos reales. No es lo mismo “una mínima posibilidad” que situarla en su contexto con ejemplos claros. Pero bueno, querida Rebeca, nos queda el aliento de tanta gente que sabe reconocer tus habilidades y la esperanza de que un día se haga justicia con el sexo oral.

**H**uye hacia delante. Se viste de reina y desfila por su comarca. La disco arde. Hay tanta gente que es difícil caminar. Pero la cresta que le engalana el pelo se distingue entre las cabezas que se mueven a mismo ritmo. No sabe cómo, pero de pronto alguien la besa. Y ella contesta. Después la besa alguien más y un botón se suelta de su camisa. Baila hasta salir de su cuerpo y cae en un sillón donde se enrosca con otro cuerpo. La noche está dulce en esa boca que explora. La invitan a salir. Se sube a una combi con los vidrios polarizados. Hace el amor mirando la calle Corrientes de madrugada. Desde adentro se puede ver a los chicos que se apoyan sobre las ventanas ciegas de la camioneta. Huye hacia delante y no le importa. No llevaba forro, y no le importa. A ninguno de los dos les importa. La noche está dulce y una vez más ella confía en su suerte. Total, lo que tiene que pasar, pasará.

**H**ouston, estamos en problemas. Los análisis delatan algunas fallas en el sistema de defensas. El virus ha recuperado algo de su vigor y es necesario rectificar el rumbo. El miedo inicia otra vez su espiral ascendente. Se reciben recomendaciones de distinta índole: caminar treinta cuadras todos los días, no comer grasas, tomarse las pastillas sin excusas ni demoras, no fumar. Ninguna sugerencia implica cambios imposibles pero es necesario ajustar detalles para asegurarnos de que la marcha no se detenga. Sin embargo, el alerta es tan estridente que lloro durante un día entero. Ya no quería pensar más en VIH. No quería sentirme otra vez vulnerable. Y lo peor es que es así como me siento, otra vez en manos del azar, inmóvil mientras mi cuerpo sigue con su reflejo indiferente. Cierta tendencia a la autodestrucción alimenta el impulso y mi goce queda atrapado en esas cosas que no puedo. No puedo. Cuánto tiento lo que no puedo. ¿Es verdad que tu deseo es más fuerte que el miedo? ¿Qué te hace sentir a salvo? ¿Obedecer a tu miedo sirve para que desaparezca? ¿Darle una autoridad lo hace crecer? ¿Ojos que no ven, corazón que no duda? ¿Soy yo o son los análisis? ¿Mónica Lewinsky sabrá lo que es un orgasmo? ¿Mi deseo de fumar es más fuerte que el miedo a enfermarme? La brújula, ¿es el deseo o el miedo?

**T**omo jugo de zanahorias todas las noches. Jugo de naranjas por las mañanas. Voy al gimnasio, la semana que viene empiezo la dieta. La acción reemplaza al temor, de eso estoy segura. Entonces empiezo a caminar. Mi deseo se empaña con el miedo pero no desaparece, el pulso de mis venas tiene buen ritmo. Escucho de nuevo la llamada de atención y cuando empiezo a habituarme al sonido de la alarma, me gustan los cuidados de madre que lentamente empiezo a prodigarme. Entro en mí y quiero abrir los ojos. No me pregunto

para qué, solamente me acaricio las partes dañadas. Sigo la trama de los hilos que me atan al mundo. Aun cuando no me quede nada me va a quedar algo. Alguien por ahí está en la misma encrucijada. Aquí y ahora no siempre me alcanza y por eso me empeño en anotar palabras. Escribo mi rutina para no perderme. La voluntad se me escapa y la persigo. El eterno juego del gato y el ratón. Hoy empiezo de nuevo y mañana otra vez. Ojos que no ven, corazón perdido. Ojos abiertos, corazón abierto, voluntad esquiva que voy a atrapar.

**S**eamos sinceros, a veces hasta creemos que es así. Pero a veces pasa. A veces sucede que tu piel se abre cuando la frotan como a la lámpara de Aladino y el genio despierta y podés ser lo que querés. Podés pedirles a esas manos que te recorren otra forma para vos y escupir gemidos de perro, alaridos de gata en la madrugada, olvidar siglos de civilización, milenios de caminar erguidos y reptar bajo su cuerpo hacia el único refugio posible, a calentar el corazón que se aloja en el vientre, siguiendo un olor, un humor acuoso con poder de imán. Entonces ya no tenés pene, no tenés vagina; tu cuerpo es un enredo de rayos y centellas, una masa ardiente que se modela y se desarma y se vuelve a construir. Y todo cae de vos, sale agua por tus poros, se escapa la lengua de tu boca, los ojos se desorbitan en la acrobacia de querer abarcar todo lo que abarcan las manos, exploradoras, hurgando, buscando timbres, buscando ecos. De vos emerge un sonido, independiente, dispuesto a morir en otro oído, a erguir cada uno de tus pelos, a partirte al medio, hacerte olvidar que alguna vez dijiste alguna palabra que no fuera más, que no fuera esta palabra contenida en la boca llena de todo lo que querés probar, morder, besar. A veces sucede que la jungla crece en tu cama, que todo el mundo fue arrastrado por una sola caricia suya y que no hay otro lu-



gar para vos que ese donde se instala un vaivén que te acuna, te hace niño, un lactante abandonado al placer de alimentarse, sin medidas, perdido en la gula, en un hambre que se calma de a ratos, solo por segundos que se encienden como fuegos artificiales, cada vez más alto, cada vez más adentro, cada vez más inundado en un mar que alimenta el fuego. A veces pasa. Y entonces tu cuerpo se vuelve bello como una escultura, se vuelve blando, es la caja de Pandora derramando sus secretos sobre las sábanas, los mejores, los peores, y tu nombre es un montón de onomatopeyas que esculpen una identidad nueva, dormida hasta entonces. A veces sucede. Y como un tornado la memoria se aclara, entendemos el origen de las cosas, el principio del verbo, la razón del mundo. Y el después no es un descanso sino solo intervalo, una pausa para volver a ser dos que se encuentran, nitrógeno y oxígeno, dispuestos a estallar de nuevo. Entonces a tus ojos acude la belleza como un prisma para todo lo que ves, y nada puede quitarte la certeza de también ser Dios, que el Big Bang no puede ser otra cosa que un polvo entre las estrellas, la mágica danza de la cópula del universo. La pasión te cura y te consuela, te dan ganas de vivir, de brindar por la salud para poder seguir disfrutando, de inventar otros nombres para tu amante, otro rol para los cuerpos que son alma. A veces pasa y entonces te das cuenta de que todo es posible, que los milagros existen y de que todavía no se inventó nada más poderoso que el amor.

**E**l Chino es un pibe de Wilde. Su papá es un viejo dirigente sindical del antiguo gremio de Luz y Fuerza y el Chino se asomó al mundo del trabajo apenas terminó la secundaria. Le gustaba ir a laburar por más que tuviera que levantarse temprano. Era técnico electricista, pero no de los que arreglan cables pelados en las casas. Él formaba esas cuadrillas de obreros que reparan los tendi-

dos de alta extensión. A veces le tocaba trepar a las torres, con las herramientas colgadas de su arnés y jugar a la vida y a la muerte tocando esos hilos de acero que pueden quemarte en un instante. Otras le tocaba ir bajo tierra, por las alcantarillas, para realizar la distribución de la energía eléctrica. Entonces se juntaban varios al mediodía y un poco adentro y un poco afuera de esa carpita que se instalaban en el medio de la calle, comían sándwiches de salame con vino camuflado en botellas de Coca. El Chino se acuerda de eso y el trabajo le parece una fiesta. Sobre todo porque después de un día cualquiera, después de 8 o 9 horas seguidas entregadas a la empresa, volvía a Wilde y allí lo esperaban los pibes, en la misma esquina de siempre, escuchando la misma música de siempre, tomándose una birrita y quemando un fasito mientras la tarde se iba muriendo, ahí él contaba cómo les miraba las piernas a las minas cuando pasaban cerca del pozo donde la estaba yugando y hacía tiempo mientras la vieja preparaba la comida. En aquella época trataba de acostarse temprano porque si no otro día no había manera de levantarlo. Una lástima quedarse sin trabajo, pero la vida es así y dentro de todo la empresa le dio algunos mangos como para que él se sintiera millonario un par de meses. Claro que la guita no es eterna. Intentó buscar algo para hacer, se presentó en un par de avisos que pedían técnicos calificados, pero en ninguno dio el perfil que buscaban. Poco a poco las tardes con los pibes empezaron a ser el día entero tirado en la misma esquina del quiosco donde se escuchaba casi la misma música de siempre (los grupos sacan nuevos discos y ellos eran fanáticos de unos pocos). A la hora en que antes empezaba, el Chino ya estaba pasado de birra y así fue como de aburrido nada más se gastó la indemnización en merca, y la merca se la metió por las venas. Hace un año lo internaron en el Muñiz, tenía vih y además una enfermedad oportunista que él no quiere mencionar. Dice que lo trataron muy mal, como si fuera un lavarropas roto al que hay que reparar cueste lo que cueste. No quiso ir más al médico, los pibes lo convencieron de que al sida no hay que darle bola porque si

no te mata. Y él no quiere contradecirlos. No es el único que tiene el virus en esa esquina, dos se murieron hace un par de años y los que quedan todavía escriben esos nombres en las paredes del barrio para que todos sepan que no los olvidan. Ahora el Chino tiene un problema en la piel. No sabe qué es y tiene miedo de averiguarlo, si se va a morir mejor no enterarse. Pero se entera. Sabe que hay medicamentos que puede tomar, tratamientos que podrían ayudarlo, las manos de su vieja ya no cocinan como antes porque está triste de verlo así, tirado, a él y a su marido, él que ya está jubilado y no sabe qué hacer con su tiempo. El Chino es un pibe de Wilde, todavía está fuerte como cualquiera a los 28 años. Pero el cuerpo le pide tregua y él tiene que tomar una decisión.

**M**i mesa está vacía. Quité de ella todo. Lo que sobraba, lo que adornaba -que es lo mismo-, los restos del día, los amuletos. Estoy sola en esta mesa vacía y el rumor de las cosas todavía habita en la madera. Los dedos juegan en sus dibujos, la mente se pierde en esta extensión por una vez despojada. Me saco la ropa. En mis manos quedan anillos que encierran cada uno una historia. Los dejo. Necesito algo que me cuente el personaje que todos los días construyo de mí. Tengo miedo de perderme sin mi maquillaje y entonces pongo a rodar los anillos. Es un desafío que no quede nada. Que sobreviva la mujer. Treinta y dos años. Una hija. Un amor. Cuatro amigas del alma. Cientos de secretos. El balance es justo. Un impulso de la mano que me salva la vida y la anota sobre el papel. El ritmo constante de la sangre, la caída de las pestañas, un pie que se agita buscando un rumbo para el desnudo a que me someto. La vanidad se queda ovillada en mi axila, crece deforme como un tumor. Estoy sola, me digo, hay un único lugar en esta mesa, no me puedo mostrar. Miro mi vientre y la ausencia acude a llenarme de los hijos que

ya no voy a parir. Algunas cosas empiezan a tornarse inexorables y no sé cuándo tengo que aceptarlas. Sucede con los afectos, es inútil y bastante soberbio querer cambiar a la gente. Y al mismo tiempo todo es tan relativo. El sida no se cura pero podés vivir tanto tiempo que se domestica al miedo.

En esta mesa vacía, en esta silla, desnuda, sigo siendo yo. Y respiro los límites, las amarras que me sostienen. ¿Cuántos de mis hábitos estarán restando tiempo? Aprendí unas cuantas máximas para inventar todos los días que cada uno podría ser el último. Ahora la amenaza queda lejos, y no puedo separar la paja del trigo. ¿Hasta cuándo puedo proyectar? ¿Cuáles son las urgencias? Por ahora doy algunos pasos, el futuro queda demasiado lejos, no puedo controlarlo desde acá. Voy al gimnasio y hago dieta, me impongo el ocio como tarea. Por esta fecha la tristeza me abraza. Ayer se cumplió un nuevo aniversario de la desaparición de mi mamá. Si me vieras ahora, mamá, sin más artificios que los que tenía cuando me pariste y el peso de los años dándome esta forma. Tengo más o menos tu edad. Como soy ahora te recuerdo, dejando caer tus pestañas para conquistar el mundo. Cómo me gustaría perderme en tus brazos y no temer a nada. Pero estoy acá, en esta mesa vacía que tal vez sea un homenaje a tu ausencia. El dolor absoluto de saber que no volverás me cobija de tantos días de incertidumbre. Igual, siempre vuelvo a tus brazos y con el silencio me visto. La ropa, los anillos, los afeites esperarán en el piso. Mañana será otro día.

**U**na mueca de indiferencia le tuerce la boca, pero no es cierto que haya salido ilesa. Nunca se vuelve igual después del rechazo. Hay que poner de nuevo los miembros en su lugar, modelar la cara como si fuera de plastilina. Angélica intenta reírse. En realidad nos reímos, las dos, somos gente grande, aprendimos la ironía. “No sa-

bés cómo reculó, parecía que había visto un fantasma”. “¿Y para qué se lo dijiste?”. “Es que no quería ponerse el forro y la situación se estaba poniendo molesta”. Él es de esos que declaran problemas de consistencia para evitar los condones, Angélica no es la primera que tuvo que cortar un polvo para imponerse, admite otra amiga en tren de confesiones. Pero esta vez fue ella quien se puso la camiseta del terror para que él desistiera del acto de falsa audacia. Me imagino que alguien que está habituado a coger sin preservativo cuando se encuentra con ese famoso peligro hipotético no puede más que huir, después de imaginar cuántas veces habrá puesto el pene en la herida. “Tá, es un boludo”, dice Angélica con ese modo tan uruguayo. Ella es una sobreviviente. Le jugó un mano a mano a un cáncer de estómago y ganó la partida en una operación en la que se infectó con vih. Vaya suerte la de esta mujer de 32 años que no perdió la sonrisa. La primera depresión ya pasó y con ella las ganas de hacer un juicio a la Sociedad Evangélica donde la operaron. Esa cicatriz en el vientre solo la hace más interesante. Claro que esa compulsión por decir la verdad a boca de jarro le depara demasiados tragos de hiel. Algunas cosas se aprenden con los años y una de ellas es a no hablar de más. Todos hemos vivido noches de amor con gente de la que apenas sabemos su nombre. Sería ridículo pretender averiguar en esos breves flashes de pasión cuál es el estado de salud del ocasional amante. Con usar forros es suficiente. Y eso es lo único que todos necesitamos aprender.

**U**na tarde gris plomo que se apoya sobre la cabeza como un niño dormido y pesa, pesa tanto que nos obliga a quejarnos a cada rato, a sacarnos la ropa que todavía se puede, a sentarnos en los rincones a respirar un resto de aire que solo circula a la altura del piso. A los niños no les importa. Les encanta que los dejen jugar en el suelo, co-

mer algo de barro, pisar el césped, pegarse de tanto en tanto, discutir a grito pelado por la propiedad del triciclo o de los superhéroes. Son muchos. Cada año son más, es la medida del tiempo, cuantos más son los que corren entre las piernas más seguros estamos los adultos de que vamos montados en la flecha hacia delante. Ahora nuestras ansiedades encuentran dónde depositarse, como el polvo que vuela y se apoya sobre los muebles. Deseamos para nosotros y más tarde para ellos. Algunos niños ya no lo son tanto, se mezclan entre los grandes, hablan con sus palabras, se ponen la misma ropa, critican los programas de televisión y proponen discos a quien se acerca al equipo. Es una fiesta de cumpleaños. De las buenas, con guiso de lentejas devorado plato en mano y botellas de tinto que se acumulan como bolsas de nylon a la vuelta del supermercado. ¿Qué hacer con tanto vidrio? Esconderlo, ponerlo a salvo de los más chicos y de los medianos que nos miran con cara de no pueden divertirse si no tienen el vaso en la mano. Y bueno, es una fiesta, nuestro exorcismo privado, la buena excusa que tenemos para ser otros por un rato. Ser otros más felices, sin tanto personaje cocido a fuerza de sobrevivir, dispuestos a toquetearnos, a querernos mucho, a preguntarnos cómo andas, qué decís, qué es de tu vida. ¡Qué bueno encontrarse! Es tan bueno que nos olvidamos de todo lo demás y cuando el sol se abre paso entre el techo de nubes nos ponemos a bailar, besamos a los dioses en la boca, transpiramos la camiseta, dejamos el alma en la pista improvisada y queda caliente, ardiendo de tal forma que los chicos bailan sobre ella como si les quemaran los pies. Todos tenemos algo que festejar, nos decimos al oído con la sonrisa cómplice del vino. Y de algún lado sacamos el motivo, para que no decaiga. De hecho estamos acá, bailando, cantando las canciones que sabemos todos, la emoción está lista en la piel para recibir a otro, para recibir la caída de la tarde que nos acaricia con un aire más fresco, con los colores del corazón, ese que late fuerte más fuerte cuando nos juntarnos y festejamos.

¿Qué se hace con este silencio? ¿Por qué se apagó esa risa que eran carcajadas, que era esa voluntad de subirse a los bondis a ofrecer almanaques, que era ese gesto exagerado de su cojera real disfrazada de lástima para conseguir un mango y que era de nuevo carcajadas y era voluntad de vivir y de caminar la calle? ¿Qué hago, entonces, con este desconcierto? Siempre supimos que nadie tiene la vida comprada, que es una lotería, que el sida puede ser nada más que un alerta para vivir ahora, para no estar muerto ahora sosteniendo un todos los días parejo y sin sorpresas, sin sensualidad, sin alegría, algo opaco como el gris del asfalto, como apretarse en un colectivo donde ella montaba el escenario de su tragedia. Pero ahora que otra vez el teléfono me trae una noticia absurda, su cuerpo enredado entre las patas de elefante de ese colectivo, escenario del que se acababa de bajar y la mutiló irremediablemente (mientras ella sostenía su sonrisa hasta el último minuto de conciencia), la verdad me pega como un piano en la cabeza. Ella tenía VIH y la muerte no tuvo cara de enfermedad sino de desprecio. Es así, la gente se muere de otras cosas, la muerte no pregunta tu historia clínica, a veces te asalta, te toma por detrás, te viola en plena calle y todos asistimos en silencio a la confirmación de lo que ya sabíamos. Puede ser que me ponga melancólica, que a nadie le importe el nombre de mis muertos, pero cada uno deja un mensaje, entrega algo antes de irse. Ella dejó un sello en el pavimento, la marca del absurdo, la orden explícita de que hay que salir de las paredes de tu cuerpo, que hay que seguir buscando eso que te da placer, que te da tu nombre y apellido, que hace un día distinto del otro. A veces es tan poquito lo que se tiene. Ella, la Renga, tenía tan poquito. Y con eso le alcanzaba. El recuerdo de su hijo que se fue de la vida montando en su motocicleta, las reuniones con las amigas, alguna caricia que le robaba a la noche cuando iba a escuchar a sus amigos que hacen música en los barrios. Nunca un mango, nunca el mismo techo un mes seguido. Y sin embargo se reía tan fuerte y le temía tan poco a la enfermedad. Era un punto de referencia para mis días sin luz. Es

la ley de la calle, me dijeron para anunciarme su partida, ni siquiera a ella la hubiera sorprendido de haberlo sabido un día antes. Tal vez hubiera arreglado su bagayo, besado a sus amigos y soltado su risa como un montón de globos para despedirse. Yo no estuve a la altura de las circunstancias, me guardé mis ganas de llorar, me explotó el pecho de bronca, me peleé con el sinsentido. Y después, muchos días después, leí en el asfalto la huella de su paso.

**C**anela se sienta sobre la mesa, quieta como una estatua, mira la pantalla. A mi gata le gusta ver la superficie celeste, llenarse de letras, tal vez vea un caminito de hormigas negras buscando la bolsa de pan. Pero mi hambre no huele el pan. Mi hija me llama desde la cama con esa sílaba que a veces me conmueve y a veces me impacienta. Estamos las dos con gripe y esa incomodidad tiene su costado mullido en el intercambio de pañuelos y almohadas, control remoto de la tele y remedios. Hasta es práctica que este intervalo nos toque al mismo tiempo, salvo por los discos de Michael Jackson que ella insiste que escuche, que escuche bien. Y la verdad es que me cuesta hacerle caso, tanto como a ella terminar esos cuentos que a mí me parecieron exquisitos y fugaces. Por la ventana llega un sol tímido, el fuego en el hogar está encendido desde hace siete días. Estoy pensando en abandonar todo lo que conservé solo por nostalgia y acomodar otra vez los palos y las plumas de mi nido.

**N**unca deja de sorprenderme. Esto, dicen, es lo habitual; que los hijos nos dejen con la boca abierta, aun mucho después de haber pasado la edad encantadora de la inocencia y los balbuceos. Mi hija es casi una



adolescente, está en esa edad en la que el cuerpo no se decide a adoptar una forma, la edad del acné, la edad de llorar a los gritos porque todavía no es lo suficientemente grande para algunas cosas y demasiado para otras. Se aburre, se angustia, se tiente sin motivo, escribe en las paredes y los delantales, se pone de novia y se pelea, sufre como sufrimos todos cuando no sabemos lo que queremos. Y un poco más también, es parte de la delicia de ser adolescente. A veces me pierdo cuando estoy con ella y peleamos por los discos, por las películas que queremos ver, la ropa que usamos las dos, por los tacos que no la dejo ponerse, peleamos como si no fuéramos madre e hija. Ella delata el paso del tiempo. Es un testigo implacable que me obliga a revisar cada paso que doy, cada exceso, cada desvío. Ella me enseñó el valor de la verdad, y cada vez que puede me da clase: al principio te pueden molestar algunas cosas, pero yo prefiero que me las digan como son, dice con sus 13 años de experiencia. La verdad nunca fue del todo amable para ella pero siempre fue un alivio. El otro día la veía irse a la escuela con un maletín gris -¿cómo le puede gustar ir con eso a la escuela?- al que planea ponerle una correa para ir a la secundaria: “IV Congreso Nacional de Sida”, dice el maletín, y ella lo llevaba como si fuera un trofeo. “¿Qué tiene de malo?”, pregunta y se encoge de hombros, igual que cuando se pone esa remera que hizo hace unos años Roberto Jacobi y que dice “Yo tengo sida” y que se pensó como parte de una campaña solidaria. Yo le pido que no salga con eso a la calle y ella se encoge de hombros, si alguien le pregunta dice todo lo que sabe sobre el tema, sobre mí y sobre todas las causas que reconoce como justas. Me asusta un poco esa compulsión por confrontar con el resto del mundo, pero de alguna manera parece que se siente fuerte, por lo menos lo suficiente como para detectar cuando alguien cerca de ella tiene un problema. Claro que tanta desenvoltura la hace creer que lo sabe todo, que puede con todo aunque después ande por los rincones lamentándose porque se ve gorda o fea o siente que todo le sale mal. Si pudiera pedir un deseo, uno solo, pediría que la vida ya no le duela tanto, pero ya sabemos, nadie se salva del dolor. Y ella lo sabe, lo aprendió dolorosamente.

**H**ay un fervor de estación de tren. Una estación terminal que anuda el fin del conurbano con el egreso hacia el campo, un horizonte sin fisuras que se insinúa desde Paso del Rey y se abre después de Moreno, donde se cambia de tren. El sol apenas despeja la bruma de la mañana. La gente habla y le sale humo por la boca, algo se escapa de adentro cada vez que una boca se abre y, por ejemplo, ofrece un número de lotería o dos kilos de mandarinas a un peso con cincuenta. Cuatro carteleras de vidrio, cerradas con candado, atadas con cadena al alambrado que protege los rieles, ofrecen trabajos miserables, piezas diminutas para compartir, gualichos para unir parejas. Hay grupos de gente frente a las carteleras, lápiz y papel en mano, humo en la boca, ojos inquietos buscando la oportunidad. Al rato se van y vienen otros. Tierra entre los andenes, barro en los cordones de las veredas, en los zapatos de los que caminan de un lado a otro de la estación, en los puestos de tortilla con chicharrón, de chipá y de queso de campo. Un camión exhibe en su entraña las reses colgando, las últimas, dice, que van a traer por el paro de camiones. Baratijas, espejitos de colores, adivinadores de la suerte en los puestos que reciben el hollín de los escapes de las decenas de colectivos que esquivan gente y vendedores a los costados de la estación Moreno. Un pastor promete regocijo, loas, alabanzas a un dios sordo que lo dejó en la plaza con su megáfono en la mano. No le importa que nadie lo escuche, cumple su misión con los ojos cerrados y cada tanto alguien se persigna, apura el paso para eludir la vergüenza o se detiene y escucha entre el ruido lo que el pastor tiene para dar. Ellos son una mancha en ese escenario, como un objeto olvidado por algún utilero distraído. Están envueltos entre sus piernas y sus brazos, tirados en el pasto de la plaza, los ojos cerrados, las bocas en un beso que termina y vuelve a empezar, perdidos entre ellos, ajenos. Un perro los custodia, un cuzco flaco y pelado que cumple su misión gruñendo a cualquiera que se le acerque. Al pastor sobre todo, que los pone como ejemplo de todo lo que hay

que evitar, de lo que hay que salvarse, del sexo, de las drogas, del pecado. Ella entonces emerge del beso con la boca incendiada de tanto frotarse, recoge con la lengua los restos brillantes de saliva, se sacude el pelo, tiritita de frío y mira al pastor. “¿Por qué no te metes en tu vida? ¿Acaso Dios no es amor?”, le dice y vuelve a sumergirse en el beso, en la plaza, en la estación al límite del conurbano, en el fragor de la batalla diaria de ese día lleno de gloria.

**“L**o que pasa es que cuando me pongo el forro no se me para”. “Tengo problemas de consistencia (?) si uso condón”. “Parar para ponerse un forro es como ir al baño mientras lees una poesía”. Estas y algunas otras son célebres frases que algunos hombres comunes oponen a la hora de ponerse el forro. Jamás una autocrítica, nunca un pedido de ayuda a tiempo sabiendo que muchas veces no queda otra, hay que ponerse el bendito forro, no sirve acabar afuera, ni jurarse amor eterno ni salud perfecta. Además ya es hora de que corran la mirada del ombligo, si no se les para es por falta de costumbre. ¿Y quién dijo que si el pene no está perfectamente erecto y con la consistencia deseada no se puede seguir adelante? Vamos, muchachos, ¿acaso no se les ocurre hacer otra cosa, usar las manitos, la boca, la imaginación? Está bien, tal vez a ustedes les cueste un poco más acabar si no se introducen en las profundidades de la vagina sin impermeable alguno, pero a nosotras, siguiendo ese viejo método, también nos cuesta y eso no tiene nada que ver con el forro... Quienes buscan razones apocalípticas o de las que sean para explicarse el porqué de esta epidemia de fin de milenio, aquí tienen una: el sida viene a quitarnos a las mujeres algunos pesos de encima. El primero es el de estar siempre pensando –nosotras– cómo cuidarnos para no quedar embarazadas cuando no lo deseamos. Ahora esa responsabilidad es compartida, él se pone el forro

y nosotras no tomamos pastillas, ni nos ponemos diu, ni diafragma ni ninguna de esas incomodidades. El segundo es menos intangible y más placentero si se arriba a un buen final, si el forro les trae tantos problemas, habrá que aguzar la creatividad y dejar de pensar que el acto sexual empieza y termina con su erección -o lo que es peor, con su eyaculación-. No hay ninguna tragedia en no acabar, cualquier chica lo puede decir ya que a nosotras nos pasa más de una vez esto de tener que fingir un orgasmo para no decepcionarlos o no tener necesidad siquiera de tomarse esa molestia, ya que la mayoría de los varones apenas registra si una acaba o no. En realidad sería más cómodo para todos dejar de pensar que cada vez que tenemos sexo es como un maratón que nos obliga a llegar al final para no frustrarnos. Tener sexo con alguien es mucho más que los segundos que nos regala el orgasmo, porque si fuera así nos conformaríamos con masturbarnos y listo. Limpio y eficaz. Si buscamos a alguien más es porque el encuentro es necesario, porque mirarnos en otros ojos nos devuelve más bellos, porque nos invita a irnos de viaje, a inventar aventuras en la cama. Si pudiéramos entendernos, dejar de mirarnos como atletas que van a cumplir una performance, seguramente encontraríamos otra complicidad que nos permita reír de las imperfecciones y empezar de nuevo cada vez sabiendo que las cosas no son como las planeamos o como nos muestran las películas sino mucho mejor.

**A**brazarte, muy fuerte, hasta que pierdas entre mis brazos la forma.

Barajar y dar el tiempo. Y pedir maldón. Y dar de nuevo. Reírse, como en una propaganda de aperitivos. Y que el comercial venda nuestros gritos, perdidos en la atmósfera como la humedad que trae la corriente de El Niño. Borrar las cuatro páginas de asesinatos famosos a que nos tiene acostumbrados el diario. Soplar vida sobre los cuerpos y recuperarlos a su rutina de novios y colegios y que la gente vuelva a su casa. Y que los policiales solo se escriban en novelas.

Cerrar los ojos y darles una estocada a los malos recuerdos. Apilarlos después en un archivo al que se pueda consultar con afán científico pero sin nostalgia. Como quien busca colores para combinar y jamás olvida el negro.

Ya no pedir por el amor que me deben. Ganarme la lotería y cerrar las cuentas viejas de la generosidad. Reconocer al fin que el amor se da distinto cada vez. Y nunca como espero.

Pero siempre a tiempo para que mi vida sea más fácil. Renunciar también al deseo. Dejarlo que se devore a sí mismo. Que se consuma en su fuego. Y ver con tristeza la ceniza que decanta sobre la cara, oscureciendo también la mirada. Y que el cuerpo se queje con su gemido de perro. Y no atenderlo. Mentir el alivio, porque alguien más espera que mi hambre sea un arroyito helado que se congela entre montañas.

Darle tiempo al calor para que haga su trabajo. Y quien espera encuentre también su cauce, sin caer desbocado por los rápidos de esta corriente que habitualmente me arrasa. Recoger la memoria como piedritas que se acomodan en una canasta. Y devolverlas de nuevo a la tierra, su custodia. Rastrear en el aire esa orden secreta que despierta al mundo. Y que una vez sea de noche en todos lados. Y nos demos el lujo de perder un día. Para ganar una incógnita que husmee cada noche los rastros del día extraviado. Y que ese día sea siempre el mismo. Y podamos tomarlo como una clava que un malabarista lanzó tan alto que nunca termina de caer. Un comodín que se intercala entre sus hermanos.

Caer de boca. Masticar la arena. Y hacer globos con los pequeños granitos entre los dientes. Y dejarlos ir sin quitar la cara de su molde, que construye el viento desde la nariz. Cada soplido más hondo. Cada inspiración más estrecha. Construir otra vez la casa de mis sensaciones. Dejarla erguirse con su propio impulso hasta el límite de mi arquitectura. Siempre más chata de lo que merece su violencia de magma empujándome a la noche. Curarme. Y ofrecerme de nuevo a la lenta corrupción del tiempo. Y sus sorpresas.

Cada tanto hago una lista para no olvidar: el silencio como una moneda que cae en una alcantarilla; un bienestar que no depende de nada más, enmascarado en su propia persecución. Estoy agazapada, lista para el salto, como si el bienestar pudiera ser emboscado y deglutido, una pieza de caza frente a la que puedo sentarme a beber satisfecha porque me animé a todo, porque me interné en la noche y salí más o menos entera. Pero en esa satisfacción no hay bienestar, hay en todo caso un cansancio de animal malherido que se cobija frente al fuego. Lo que busco no quiere ser buscado. Espera como el jardín en el invierno. Espera el silencio perdido en un enjambre de tuberías que tengo que atravesar de rodillas, sin nombre, a oscuras. O tal vez llegue solo, mientras soy yo la que espera en este jardín de invierno, en el que igual el sol ofrece su tajada, acaricia los ojos cerrados y me trae destellos de lo sagrado. Todo brillo esconde la nostalgia por lo que pronto se acabará. Un peso como de domingo a la tarde. Cuánto me cuesta recordar lo que aprendí en los límites y más allá, cuando como una refugiada deseaba la vida desde la frontera de la muerte. Tengo que hacer una lista para no olvidar. Cuánto alumbraba la ilusión de una cotidianidad sin sobresaltos unida de todos modos a esa chispa de lo sagrado.

(E)sta es la playa de mi cuerpo. Y quiero que la veas. Acá te recibo después del primer asalto, cuando ninguno de los dos podía ver nada y solo nos guiaba el ansia de devorarnos como perros de la calle, como una jauría cada uno buscando hincar el diente, dejar una marca, siguiendo el rastro de un olor agrio que guía sentidos nuevos. No hicimos entonces el amor porque el amor nos moldeaba con su cincel y los ojos se buscaron para bucear más allá de lo que es posible ver. Relatamos cada roce, nombramos nuestros sexos con palabras obscenas, reptamos, nos arrastramos, hicimos otra vez el camino de

la humanidad hasta esta posición erecta. Erecto vos, mojada yo, hundimos la cara en la selva del pubis, quedaron entre nuestros dientes restos de esa jungla, los escupimos en la boca de los dos, dejamos que gotee lo que sobraba en ese baile, sobre tu cuerpo y sobre el mío, los restos del cuerpo que mueren en cada pequeña muerte para vivir más adelante, el sudor, la saliva en un hilo denso que me esquivo y perfora la sábana. Nos hamacamos hasta que dije basta y se me perdió el aire que entró frío en tu pecho, tan frío que te congeló un instante la respiración hasta que también dijiste basta y te derramaste y te recibí y un ruido como de cristales rotos sobre la alfombra, un ruido sordo se te escapó entre los dientes y quedó de nosotros eso que queda cuando estamos desnudos y sin red, un enjambre de nervios, de miembros, de líquidos, sin forma, como si hubiéramos subido al cielo y caído después. Ahora te muestro la playa de mi cuerpo a la luz más inclemente del mediodía. Quiero que me mires. Que mires como yo no puedo hacerlo, que me veas abierta como a la diosa Bauvo, la vulva mítica, resplandeciendo. Y que ahora el amor lo hagamos nosotros empezando de nuevo, lentamente, sin filtros, sin penumbras. Con cuarenta grados de calor y la transpiración como cristales multiplicando la desnudez de estas, nuestras imperfecciones).

**É**l se acerca a la ventanilla del auto y el corazón se cae hasta mis pies. La paranoia general arruinó mis reflejos. Tardo unos segundos en darme cuenta de que no me va a robar y varias horas en digerir lo que terminó diciéndome. Podría ser sencillito, está vendiendo unos practiquísimos instrumentos de limpieza a tres pesos, pero en lugar de decirme lo útiles que pueden ser se levanta la remera y me muestra unas cicatrices que no puedo identificar. Se levanta la remera para probarme que es verdad, que tiene sida, que si pudiera trabajar no estaría vendiendo cosas por la calle, que tiene una nena, que la

na también tiene sida y que tiene que comprar los remedios, que los remedios son muy caros... No hay modo de detenerlo. Le pido por favor que me diga qué necesita. Quiero que se baje la remera. ¿Qué puede ser esa línea roja que le surca el vientre? ¿Un herpes? ¿Será contagioso?

**¿M**iedo? Sí, distintos miedos, toda una colección de temores. A la noche me asustan los ruidos de mi casa cuando está vacía, las voces que llegan desde la vereda presagiando invasiones, hombres que se escapan de algún lado, persecuciones que siempre terminan en mi puerta, disparos sin destino, hordas al estilo Mad Max que matan porque sí y que tal vez me hayan elegido como blanco. De día los miedos son otros, distintos, mutantes según la época del año, las actividades de mi hija, las noticias del diario. Temo levantarme algún día y que se me hayan acabado las acrobacias posibles para resistir la falta de guita. Le temo al teléfono cuando suena de madrugada, le temo a las alturas, las inundaciones, los accidentes de tránsito.

Tengo un miedo que se puede tocar y es frío como un mármol cada vez que mi díscolo aparato digestivo me juega una mala pasada y me obliga a doblarme frente al inodoro, como si estuviera pidiendo perdón por algún pecado que seguramente cometí, como tomar de más o comer de menos. Le temo a los delirios de la fiebre, a que la suerte alguna vez me abandone y la temperatura me inmovilice en el mismo momento en que tengo que llenar páginas de diario. Tengo miedo de que se den cuenta, de que se me acaben las palabras, de que los compañeros ya no me tengan paciencia y se cansen de mis gritos, de que mis animales se agoten de estar solos y decidan abandonarme. Tengo miedo. Pero nunca dejé de atender el teléfono a la madrugada, ni me encerré en mi casa para no sentir el eco de otros pasos en una noche cerrada. Nunca le prohibí a mi hija que se prepara a un árbol



por temor a la caída, ni deseché un brindis, ni cerré los ojos a lo que pasaba a mi alrededor, ni evité el dolor propio o ajeno. Me da miedo el amor y cada vez me enamoro como la primera. Le temo al rechazo pero eso solo demora un poco más el deseo. Le temo a la muerte, es cierto, le temo al deterioro de mi cuerpo, al dolor, a la agonía, a dejar a mi hija sola en este mundo de mierda. Pero más, mucho más, le temo a que la vida me pase por al lado mientras estoy ocupada protegiéndome del miedo.

**T**ienen mucho tiempo desde que el lunes terminó y hasta que el martes despunte. Y en ese intervalo son dios y su hermano menor, cantando hasta que me muera el nombre de una banda de rock que habla en su idioma. Y eso basta. Mientras tengan cerveza y algo para fumar, el universo se cierra en esa esquina. Es todo lo que tienen y no quieren saber más. Llegará con el día la falta de trabajo, el alcohol fermentando en el estómago, las horas muertas otra vez y otra vez en busca de cerveza, de algo para fumar. Pero algo brilla en esos ojos rojos de humo. Algo que dice que todavía saben encontrarse. Saben de besarse tan profundo que las muelas se chocan y el placer se detiene para que el futuro quede un poco más lejos de esa esquina en la que ellos se juntan y sienten, a pesar de todo, que alguien habla en su mismo idioma.

**A**ndamos por la vida siempre en busca del punto de partida. Alguno, cualquiera, un punto de partida que nos diga quiénes somos, por qué, a dónde vamos. Y en ese camino me encuentro con ellas. Ellas que me rescataron alguna vez, a las que no sé si logré salvar

de alguna soledad. Pero si no fue fácil estoy segura de que me lo perdonan. No sé cómo va a terminar mi vida, no sé todavía si me voy a morir de sida o de vieja o en algún trágico accidente. No sé de qué forma, pero quiero que ellas estén cerca. Y no es un deseo, es una declaración de principios, un ponerme de acuerdo conmigo -nada más difícil-. Ya no entiendo la vida si no nos juntamos mis amigas y yo a festejar algún triunfo particular, una separación, un desencuentro, la toma de conciencia de esta vida perra, la promesa de hasta la victoria siempre -una promesa que no dice nada pero lo dice todo-, el corazón seguro en esa lucha que no se abandona y que es, ni más ni menos, que esta amistad. Nada más pesado y nada más real que las cosas que de pronto se alivian en una charla cualquiera. Y en esas charlas es donde se abre el espacio que me dice quién soy, encuentro un lugar en el mundo, tal vez ese punto de partida -¿mi identidad?-. Es cierto, hay algo todavía adolescente en esta cofradía que desafía al dolor planeando vacaciones en el Caribe, pero es lo que podemos, rescatarnos, como sea. Las mismas ausencias nos dejaron su impronta como una marca en el orillo, las pérdidas nos provocan el mismo espanto desesperado. Pero lentamente, muy lentamente, aprendemos también que no somos inválidas, hemos soportado otros abandonos, nada dice que no podamos aguantar alguno más. Aunque parezca que el cuerpo se quiebra y una aproveche cada llanto para llorar toda la historia completa. Y bueno, somos amigas, podemos aprovechar. Podemos echarle la culpa al amor no correspondido, al que corresponde a medias y al que ni siquiera se enteró de que es amor. Podemos alegrarnos cuando a alguna le toca su instante de gloria y escuchar mil veces el relato de la conquista. ¿De dónde habremos sacado esta manera de hablar por turnos, cómo habremos aprendido a escucharlo todo -sin contestar todo? Siempre supe que la vida me había tratado con cariño, pero cuando después de una de esas cenas en las que brindamos por todo y con nuestros muertos, me voy algo chispeada cantando viejos éxitos, siento que sí tengo un lugar en el mundo.

**E**l teléfono está al lado de la cama, a la distancia precisa del brazo que se descuelga desde la altura del colchón. Se juró que no va a volver a discar. Pero lo hace. Revisa toda la casilla de contactos. Contesta un mensaje. Dice que es rubio, que es alto y que tiene novia. Que los hombres le gustan solo después de hora. La mano libre se aferra a su sexo como un náufrago a un tronco. Después de veinte minutos, cuelga. Se jura que no lo volverá a hacer. Pero siente que no tiene salida. El teléfono le regala la fantasía de otras manos sobre su cuerpo y ya no cree que los sueños puedan convertirse en realidad. Está harto de que lo rechacen. Se cansó de que lo confundan, de no poder zafar de su diagnóstico. Está realmente podrido de ser un chivo expiatorio de la histeria general. Pero no sale de su encierro. Y el insomnio conduce su mano, otra vez, hacia el destierro. Perdón, hacia el teléfono.

**E**spejito, espejito decime dónde estoy. Estoy perdida sin la casita de mis hábitos. A veces me siento como un pueblo nómada yo sola, cargando los cuatro palos sobre los que montaré mi casa. Por momentos creo que llegué y me pongo a cavar hoyos en la arena para sentar los pilares de un futuro que me traiga una parra donde ver pasar las tardes bajo su sombra. Y enseguida el viento desparrama la toldería de mis ambiciones. Es volver a empezar cada vez, los palos al hombro, el dolor en el bolsillo, y los pasos que no van a ningún lado pero ayudan a abrirle una herida al tiempo. Por ese tajo se escurre un hilo que deja una mancha sobre el piso. La mancha es el momento que la memoria recoge. Es el espejito, espejito que podría decirme dónde estoy. Momentos rescatados para siempre con el sabor de la victoria, como una mosca que se atrapa con la mano. Con el puño cerrado no la vemos, al abrirlo ya se fue. Pero sentimos el aleteo en la palma como una caricia, ¿qué habría entonces de especial? Me acuer-

do de mí, subida a un pequeño puente sobre el río Picheuta, en la cordillera de los Andes, gritando gracias al cielo por abrigarme tan bien entre las montañas. Algo creía saber entonces que me hacía feliz, agradecida solo por respirar. Algo que ahora siento olvidado en el fondo. Allá en el fondo de lo que tanto me cuesta revolver. Espejito, espejito, ¿cuál era ese secreto que me daba ojos para lo pequeño? Me quiero mirar seriamente en mi fondo, algo está enmascarado. Tengo miedo, es eso. Pánico de que lo fundamental desarme otra vez el vestido de mi personaje. ¿Cómo hace una mujer fatal para dejar de fumar? ¿Cómo sobrevivir sin el gesto de la boquilla? Se trata de esas tonterías, notas que no obedecen a la partitura. En definitiva, ¿qué es lo fundamental? Nada más allá de la mano que se tiende, el asombro fugaz frente a la luna, llena otra vez. Tomar conciencia tiene un brillo efímero, como enamorarse. Después hay que sostenerlo en medio del desierto, bajo el médano de la rutina seguir siendo fiel al deseo de ver las manchas que deja la herida del tiempo. Espejito, espejito, ¿dónde está la grieta? Crecer no es ninguna fuente de placer, apenas da una sensación. Como de anestesia que permite ver el tamaño exacto de nuestra huella en el universo: invisible. Eso que el mar se lleva de nosotros cuando nos acaricia en la playa, un aroma que se mezcla entre miles. Polvo en el viento. ¡Ah! Pero nos queda ser el polvo que levanta el volcán en erupción. Nos queda también la mano que se tiende y brilla como una bengala. Y ese secreto como una joya que al empeñarla nos salva del hambre: saber que todo lo que construirnos obedientes también se puede desarmar de un soplo. Pero igual, tarde o temprano, ese será su destino.

**S**e hacía eterno el camino, demasiado largo para tanta urgencia por tocarse todo lo que se pudiera tocar. Con la vista al frente, fija en las líneas blancas que marcaban el sendero correcto, él estiraba la mano

más allá de la palanca de cambios, más adentro entre las piernas de ella, ahí donde la humedad hacía resbalar sus dedos enredados en el pubis, perdidos en el pubis como perdido estaba su corazón en ese momento, en esa noche, en esa mujer. No era la música lo único que movía las caderas de ella, hacia arriba y hacia abajo, envolviendo los dedos de él en su centro, no era la música aunque ayudaba esa estridencia de los parlantes del auto a que se sintiera en una película en la que era la estrella, una estrella porno tal vez, que se mete los dedos en la boca y se la moja y se lo chupa, una estrella entre las manos de él que saben hacerla brillar como un diamante loco, como una bestia pop, se chupa el dedo que antes metió en la boca de él, que jugó con su lengua, se lo chupa como anticipando, mordiéndose los labios, buscando agua en su propia boca para poder hacer flotar lo que vendrá. Un gesto, siempre el mismo, algo obvio, que saca una chispa irreplicable en el cruce de los ojos, no más que un relámpago del que oiremos su sonido mucho más tarde. Un ruido en el bajo vientre, ese es el eco de los ojos que se cruzan un instante, para no perder el camino. Él no la puede mirar, ella no ve de atrás, se hunde en su nuca, lo muerde, le toca el sexo entre las piernas con el brazo estirado, lo palpa, lo libera. El camino es eterno pero le gusta, están en llamas. Ella se desabrocha las treinta perlas de su vestido, aparece la piel como un río entre la tela. Una mano en el volante, la otra buscando, él solo puede espiar. A veces se huele los dedos, respira y arde la nariz, ella ya lo está probando, lo prueba, lo traga, el auto va a paso de hombre. Hay que llegar, se componen, se ríen, se sujeta otra vez la hilera de botones, baja el espejo, se mira, los ojos se cruzan, está de nuevo ese destello que imprime otra forma a las cosas, derriba. Falta poco. Hay algo que hacer antes. Cuando se detienen en la estación de servicio, baja ella, sin dudar, hay que apurarse, hay que llegar para poder tomarse su tiempo. Cuando vuelve al auto se miran francamente, se besan largo y mojado. Él mira la bolsa que ella trajo y paladea: forros y Coca Cola, qué buena compra dice él, la compra perfecta. A esa hora, en ese punto del camino, era todo lo que necesitábamos para apagar el fuego.

**H**ay un duelo sin fin al que me resisto. Me miro en el espejo -otro ejercicio interminable- y me cuesta reconocermé. Por estos días son las formas que me asaltan, como si perteneciera a alguien más que ocupa mi lugar en el espejo, alguien con quien tengo que identificarme. Soy Yo, tengo una panza redonda que acaricio como si estuviera embarazada. En un acto reflejo ese cariño por esta forma que rechazo, que hace tambalear las seguridades que construí sobre mi cuerpo. Los médicos la llaman lipodistrofia, una acumulación deforme de las grasas sobre el abdomen y los pechos, en el caso de las mujeres, que ocasiona el bendito cóctel que controla la reproducción del virus en mi cuerpo. Un efecto colateral menor que funciona como un alerta permanente. Como tomarse las pastillas. Todos los días sin más escapatoria que una transgresión momentánea que después vuelve en pesadilla. Ya no soy la misma persona que era antes de recibir mi diagnóstico. Nunca volveré a ser la misma. Ese es el duelo interminable. Puedo aparentar que es igual. Incluso, puedo decirme y no me equivocaría, que ese duelo también lo traen los años, crecer obliga todo el tiempo a dejar alguna cosa atrás, una certeza, un sueño que ya no se va a cumplir, la ilusión de la inmortalidad y del tiempo infinito sobre el que diseñamos excursiones fantásticas, familias numerosas, éxitos personales. Pero el tiempo pasa y lo reconocemos finito, finito como un cabello de ángel en la sopa del universo. Igual que cuando nació mi hija, saber que tendría que aprender a vivir con VIH fue como tomar conciencia de que estaba subida en el expreso hacia la muerte en el que viajamos todos, un reloj cuyo tic tac es más claro cuando el destino se dibuja posible. Ese cuerpo que me devuelve el espejo me recuerda alguna muerte ya pasada y otra que se avecina. Hay un personaje que tengo que dejar caer. Ser joven y bella es una seguridad efímera y sin embargo me cuesta dejarla. Por supuesto hay cosas que podría hacer para conservar esos rasgos que creo propios, con los que me identifico. Pero ese trabajo no funciona para mí como un deber. No puedo dejar de tomar alcohol porque me lo dice el mé-

dico o porque así adelgazaría. Son tantos los argumentos para defender estas redondeces que el deber se cae como una pera madura. En realidad el trabajo es desarmar esa consigna y ver, de una vez por todas, cuáles son mis seguridades, cuál es el duelo posible y cuál el rescate. Pero en todos los casos me tengo que asomar al abismo del tiempo limitado en el que quedaron algunas cosas perdidas. Cosas por las que tengo que llorar porque así es la vida, y a ella me abrazo para mantenerme firme.

**A** solas, me deleito recordando los placeres del amor. Los recuerdos son como agujas que me hacen dar respingos, como si tu mano volviera a mi contorno y entonces todo volviera a comenzar. Vuelve el placer intacto a mis fantasías y las fotos fijas que guardé de nuestra película se acomodan como más me gusta. A veces hacemos el amor con violencia y me gusta desarmarme entre tus dedos, colgar de tus brazos boca abajo, ser arrojada a la cama, asfixiarme contra la almohada mientras me tomás de atrás como si mi cuerpo te perteneciera y su único fin fuera recibirte, sentir tu golpe y tu respuesta. Me gusta cuando te pones el forro tan rápido que apenas lo noto. Y sacártelo para llenarme la boca con tu sexo y así atragantada decirte las pocas palabras del amor, a veces solo rezongos mudos, sonidos que no sean de mi boca sino de alguna otra caja de resonancia entre todas las que suenan cuando tus dedos las tocan. Y a veces me gusta tomar la leche que vos me das, dejar que tu escupida me limpie la garganta con su sabor acre y sentir tus espasmos y no soltarte aunque me pidas por favor, aunque todo tu cuerpo se arquee en una curva imposible que no se detiene hasta mucho después del orgasmo. Otras veces hacemos el amor tan lentamente que el tiempo nos abandona y no hay sueño ni urgencia que dirija esa forma de hamacarnos lánguidamente entrando en los ojos del otro tan hondo que ya no hay forma que nos

retenga en el mundo de las cosas concretas y solo quede un volcán entre las piernas, y aun así subir un poco más sobre vos para acomodar mi montura para que también el enjambre de pelos se mezcle, y sudar juntos como si el cuarto se hubiera convertido en la selva amazónica, y no hubiera más salvación que quedarse quietos, sin respirar, reteniendo un poco más el momento de la cascada, porque el agua fría sería demasiado impacto para este fuego que crece en el medio y nos devora, como presas de un dragón. Lentamente nos cocemos en su fuego y miramos allí de donde viene la fuente del calor y no sé si es de tu boca, de tus ojos o de tu sexo que viene este calor que no quiero abandonar. Y sin embargo nuestros fluidos no se mezclan allí abajo, porque antes de que nuestras piernas se entrelacen te cubrí con el látex que nos cuida, y para que calce bien te lamí antes suavemente, tan suave como tus manos en mi nuca revolviéndome el pelo. Me gusta cómo se te pone la pija, mi amor, cuando hago esa maniobra, porque sabés que estás listo, que podés entrar en mí y entonces sigue la fiesta que había empezado hace rato, que empieza cada vez que dejamos caer nuestras contiendas cotidianas nos dedicamos como buenos alumnos al placer compartido. Y me gusta también cuando quedamos de espaldas, los ojos al techo, la respiración agitada y tu sexo agotado del que retire despacio el forro cargado con tu semilla, que es tanta y nunca se acaba, y me gusta mirarlo como a un trofeo de caza y liberarte de su presión y volver a acariciarte hasta que nos quedemos dormidos y empiece otro juego de encastres, el de dormir cucharita o de frente, pero siempre tocándonos todo lo posible como si fuéramos ladrillitos rasti que no tienen sentido uno sin el otro.

A solas, mi amor, tu amor nunca me deja a solas.

**V**eo a mi hija desde lejos. Más de una cuadra la separa de mí y yo la reconozco entre cientos de chicos y chicas con guardapolvo blanco.



No es el pelo, no es la altura, lo que la distingue es una forma de caminar como si apenas tocara el suelo. Viene a los saltos, agitando los brazos como si estuviera dirigiendo el destino de un avión a punto de aterrizar. Camina siguiendo el ritmo de algún canto que seguramente repite en voz baja, detrás de los walk man. Ella también me reconoció de lejos, no esperaba verme en la puerta de su escuela pero está segura de que soy yo y por eso saluda y por un instante me da la certeza de que no estamos solas en el mundo. Que la alegría tiene sus propias razones, que el tiempo comienza cada vez.

**P**asa demasiado tiempo en la cama. Un poco porque se siente cansada, otro poco porque parece que se lo permite su estado. Y el resto porque no tiene nada que hacer. Se levanta un rato durante las mañanas, a Daniela la asustan los grandes pies de Reina moviéndose tan cerca de su cara en la única cama de la pieza. Entonces sale de su cueva, da una repasada a la mesa en silencio, con los postigos cerrados, baja a la cocina, calienta el agua y va a baño. Se toma las primeras pastas en la pileta de los platos, rapidito para que no lo note su paladar, y se vuelve a la pieza con el té encerrado entre sus dedos como astillas del palo de su cuerpo. Ahí empieza a aburrirse. Y a pensar. Si encuentra plata va a la panadería, a buscar el desayuno. Esta vez tuvo suerte, Reina dejó un diego en la mesa. Está bueno salir a caminar a la mañana, con este solcito. Le va a poner Agustín, si es varón. Es lo más seguro. En las puertas de los edificios se mira y se endereza un poco. Mirá cuánto le crecieron las tetas. La verdad es que no se siente mal, es más, recibe los piropos como si los hubiera estado esperando. Al principio le molestaba, no entendía cómo los tipos se atrevían a mirar a una embarazada. Ahora se pregunta si de verdad se la cogrían. Se imagina clavándole los ojos al operario de Telefónica para ver hasta dónde llega. ¿Hasta dónde llegaría ella? A nada, más bien. Has-

ta ahora el sexo le trajo más problemas que satisfacciones. No tiene para masturbarse ningún recuerdo mejor que el último recital de Los Piojos. A veces se la imagina a Reina, parada en la esquina, esperando que alguien la levante. Pavadas, pavadas, piensa y pide perdón al cielo. Se le ocurre una promesa más, si su bebé nace sano jura que no va a volver a hacerse la paja, ni siquiera para dormirse. Ya debe haber hecho más de treinta promesas por el estilo, cada vez que piensa en algo que le gusta promete abandonarlo, entregarlo a cambio de que todo salga bien. Aunque tampoco sabe muy bien a dónde van a salir, después de que todo salga bien. Salir es una buena palabra porque va a estar más tirada que los pibes de plaza Once. Para cuando vuelve a la pieza, con el mate y las facturas, ya pasó la hora que tenía que hacer de ayuno y se sienta a comer mirando dormir a Reina. A veces le da un poco de bronca, porque es injusta la vida. Ella se coge a cinco tipos por noche y no se contagió nada. Daniela solo se acostó con dos pibes en su vida. Y bueno, eso es algo que Reina envidia, a ella le debe parecer una injusticia saber que nunca va a parir. Todo tiene sus pros y sus contras, piensa mientras mastica la medialuna y sopla un poco el azúcar impalpable que juega en el único rayo de sol que entra en la pieza. ¿Habrás todavía medialunas con dulce de leche cuando Agustín sea grande?

**Q**uedarse en la playa hasta que la tierra dé la vuelta y se encuentre con la noche. Sentir cómo se detiene el viento a esa hora, la mejor hora, y sacar el mate y comprar churros y tener un abrigo calentito para no sentir tanto la ausencia del sol que arde en la piel. Llegar a casa una tarde sofocante, abrir las ventanas y que el viento nos sacuda el pelo, el calor, el mal humor. Que, como una aparición, la luna llena emerja entre los edificios como un recordatorio de la vida allá afuera, allá lejos, donde el tiempo se mide por la luz del cielo, y esta noche

quedarnos despiertos hasta más tarde, hasta que la luna también dé la vuelta. El olor del sexo el día después, la humedad en las sábanas, los caminos secos sobre el vientre, mi nariz en su cuello, la cara entre el pelo, su cuerpo cuando duerme boca abajo, el deseo que despierta antes que nosotros. Sacarse los zapatos. Dormir cucharita. Acostarse boca arriba a ver las estrellas. Jugar a las cosquillas con los niños, a “Titanes en el Ring”, a la mancha.

El primer mate de la mañana. El último trago de la noche. Mirarse a los ojos y que saquen chispas. Exorcizar los dolores nombrándolos sin miedo, dejando que las palabras se deslicen entre los labios, que salgan de nosotros, nos alivien, que alguien escuche y nos consuele.

Mi amigo Cristian, que dejó el alcohol y de todos modos parece siempre borracho de esa alegría insoportable que lo hace ser el rey de las fiestas y es capaz de correr las mesas para bailar después de la cena más aburrida.

Escuchar a mi hija hablar de mí como “mi mamá” usando el adjetivo posesivo, dándome la ilusión de que está orgullosa de que yo sea “su” mamá, y acompañarla en los dolores de los que no puedo salvarla y salvarla de los que puedo y reconocer la diferencia.

Escuchar con el corazón abierto, escuchar por una vez y darse cuenta de que todo el tiempo se puede aprender algo y que no hay nada que el amor y el tiempo no curen. Despertarme y estar entera y tener largas listas de placeres para enumerar y recordatorios en los tiempos de crisis.

**E**lla me hace la pregunta como si yo tuviera alguna respuesta. Quiere saber cómo salir de su encierro, cómo desobedecer al pánico que la acorrala y la deja sola. Qué puedo decir más que a todos nos pasa, a todos nos duele en el cuerpo la noticia de haberse infectado vih, y que después el deseo suele apagarse como un fósforo porque el placer

queda pegado a la muerte como un insecto al parabrisas. Se necesita tiempo para recuperarse, no hay muchos secretos que contar. A todos nos cuesta volver a relacionarnos, encontrar una estrategia para decir eso que quema en la boca y en tantos otros lados y que sabemos que casi siempre cae como una bomba. Las palabras nunca son suficientes, y lo peor es que las primeras serán las que determinen el resto de la conversación. Y de la relación. Entonces, ¿cómo elegir las? ¿Estará bien decir “tengo sida”? ¿Vivo con vih? ¿Tengo algo importante que decirte? ¿Lo digo antes de que me guste? ¿Lo digo cuando ya sé que hay algún interés? ¿Lo digo? ¿Le importa? ¿Saldrá corriendo? ¿Probamos y después hablo? ¿Usamos forro y listo? No hay mapas para guiarse. Cada vez es la primera, cada vez que alguien te guste te vas a preguntar lo mismo: ¿tendrá miedo? Y también, cada vez, vas a descubrir que en esa respuesta se encierran muchas otras. Y que si alguien te rechaza no está haciendo más que ahorrarte tiempo porque sin duda no vale la pena. Qué sé yo cómo se hace, pero a pesar de todo lo que nos pasa a diario, a pesar de la rutina, de ver el sol de a cachitos, de tomar colectivos y subtes, si a pesar de estar cada uno en nuestra burbuja de pronto un roce te conmueve o sentís entre las piernas esa punzada que te habla directo al corazón, y si a pesar de la enfermedad y del miedo un calor repentino sube a tus mejillas y el cuello se te eriza porque alguien dijo tu nombre, entonces todo es posible.

**E**stoy en el diario, meto la mano en la cartera, saco el estuche de los anteojos y se produce el milagro: arena. Un puñado de arena que traje del paraíso y que aquí, lejos de las lejanas playas, es un tesoro refulgente. Esta arena me trae un horizonte limpio, me trae la caricia del mar, un tiempo sin urgencias, un tiempo que fluye y me deja hamacarme sobre las olas, sobre los hechos, sobre la vida. Me

detengo otra vez frente a su presencia, en este lugar extraño, con su miseria cotidiana, con su zanañoria frente a mi nariz, haciéndome correr como un burro con anteojeras. ¿A dónde voy? Avanzo por la semana en busca de su fin, bebo el ocio con desesperación y me culpo todo el tiempo por no hacer lo que debo hacer, por no escribir las grandes obras que fantaseo que podría, por no ver todas las películas, las obras de teatro, las muestras que se supone que alimentan el alma, pero que me obligan a correr, otra vez, de un lado al otro, para no perder información, estímulo, intercambio, qué sé yo. El placer es esquivo cuando vamos detrás de él. ¿Qué será hacer lo correcto? A veces sueño con quedarme en casa, esperar que mi hija vuelva de la escuela, revisar sus carpetas, hacer juntas los deberes. ¿Y de qué viviríamos entonces? ¿Y de qué se trata la realización? ¿Cómo pensar en la salud cuando apenas puedo pensar en lo que voy a comer esta noche? Y en qué momento voy a prepararlo y cuándo voy a leer hasta cansarme y cuándo me voy a tomar el tiempo para escribir sin urgencias, sin cierres, sin pensar en la guita. Ya sé; ya sé que son quejas vanas, ahora mismo tengo en mis manos un tesoro de arena que me lleva otra vez a la playa, al horizonte infinito, a un tiempo sin urgencias que me acaricia como las olas, que me da fuerza, que me consuela.

“**M**i cuerpo, las transformaciones, de muy flaca a gorda, mucha panza, piernas, brazos como escarbadientes. No me reconozco, es más, mucho no lo acepto”, dice Berta y yo sí me reconozco en sus palabras. El espejo suele ser implacable y no me queda otra que encontrarme con esa que me pregunta desde el espejo: ¿hasta cuándo?, ¿cuánto más seguiré cambiando? Es gracioso, pero el mismo interrogante que me dispara la lipodistrofia -esa acumulación desordenada de las grasas que causa el famoso cóctel- me increpaba cuando era chica y deseaba ardientemente crecer unos centímetros, tener tetas

grandes como las de Moria Casán y cinturita de avispa. Me miraba todos los días y pensaba cuánto faltaría para verme como quería, para ser grande, para que me dejaran salir sola. Después me di cuenta de que la belleza no era una cuestión de tiempo y todavía estoy tratando de aprender que no tiene que ver con alguna forma determinada. (Y sin embargo, esta forma que ahora soy yo ¿tiene que ver con el paso del tiempo?). Hay un duelo diario en este desdibujarse del cuerpo, un duelo necesario en el que de todas maneras no se pierde nada fundamental. Es como resignar un vestido con el que cosechamos grandes éxitos porque ya no es de nuestra talla. Es la exigencia para seguir caminando, si el piso se llena de agua, me sacaré los zapatos, si se inunda me voy a desnudar para nadar más cómoda. Todas las pérdidas remiten a la muerte, pero no son lo mismo. Como una muñeca rusa puedo quitarme una y otra vez el mismo disfraz, pero por debajo, por debajo siempre estaré yo tensando el hilo de mi identidad para que sobreviva aun cuando no quede nada de las señales externas. Es difícil acostumbrarse. Pero es así. Cada día perdemos algo que no se recupera y sin embargo no llegamos a la noche con nostalgia por las pequeñas escamas de piel que perdimos bajo el sol. Hacemos el amor buscando el orgasmo y pocas veces sentimos la pérdida de la emoción que nos hacía buscarnos como perros en la calle, simplemente caemos en esa pequeña muerte efímera y punzante, con alivio, con placer, con dolor. Y no hace falta un cuerpo escultural para sentir el huracán del esplendor y la caída. Tus formas pueden cambiar, envejecer, perderse o deformarse, nada de eso impedirá que cuando haya un encuentro las pierdas todas y tengas que inventarlas de nuevo. Muchas veces, cuando me miro en el espejo y me descubro otra, más vieja, más flaca, más gorda o más fea, cuando a pesar de las gastadas generales salgo usando las mismas minifaldas que tanto me gustan, pienso en mi hija que ahora mismo se desconcierta frente a los prometedores cambios de su cuerpo. ¿Cómo le voy a hacer creer que no existe una sola forma de ser hermosa, que no hay que comprar lo que te vende el mercado de la anorexia, si me la paso lamentándome por

mi cuerpo perdido? Me miro al espejo. Me miro a los ojos en el espejo y descubro en ellos la chispa que dice mi nombre.

**E**n el bar, después de la medianoche, todo el mundo pregunta por él. Lo esperan con ansiedad de novios adolescentes, picoteando de mesa en mesa, a ver si alguien sabe algo, si lo vieron, si hablaron con él. Alguien se asoma a la puerta, otea el horizonte tambalea, los tragos pasan y él se demora. Es su estilo, hacerse desear, es lo que más le gusta de su oficio de dealer aunque siempre tenga en la boca la queja lista. Es dealer porque la vida le jugó sucio porque los amigos lo traicionaron, porque ya sabemos, este sistema de mierda no le hace lugar a su talento. Así que no le quedó otra, lo suyo es andar vendiendo papeles por los bares, chiquitaje para ofrecer cuando todos los quioscos han cerrado. Del negocio sabe lo suyo, hace más de diez años que se dedica y puede jactarse de no haber perdido nunca, conoce sus límites, no hace grandes movidas, saca lo justo para cada día, lo justo de merca, lo justo de guita. Pero el tiempo pasa y ya no es un pibe. La oportunidad ya pasó frente de él como un tren bala que él miró desde el andén de la estación Avellaneda, sin intentar colarse, sabiendo de antemano que iba a fallar, o que no era para él, que estaba hecho para grandes cosas: director de cine, empresario, marido pobre de una mujer rica, sex symbol, vaya a saber, alguna actividad en la que rinda su buen aspecto y dotes de artista. Tanto mirar al cielo lo hizo tropezar y ahora arrastra el barro entre los pies sin dirigir sus ojos al piso. Nunca quiso saber si tenía o no vih, lo sospechó en algún momento y tuvo la mala suerte de cruzarse con una mujer que después de vivir con él se hizo un análisis y tuvo que enterarse. Aunque en el mismo momento bajó la cortina. El vih no existe, dice, entre saque y saque, aunque después de unos cuantos años haya empezado a sentirse mal y una paranoia nocturna le atenace la garganta cuando

acostado boca arriba intenta conciliar el sueño que la merca espanta. No quiere decirlo, pero está preocupado. Mira sus desechos por la mañana sospechando de su mal color. A la noche le duele el estómago y no se mira en el espejo para no ver que los pómulos se le hundan sin remedio. Porque él no cree en la medicina. Su soberbia le impide ir al médico. Dice que ahora no puede cambiar de vida, que necesita la guita que hace con las tranzas, necesita tomar para hacerlas. Y mientras, sigue viendo pasar los trenes sentado en un andén de la estación de Avellaneda, intentando convencerse de que no es que él no quiera detenerlos, sino que son ellos los que pasan sin mirarlo.

**(E**sta sed nació cuando bebí de tu agua. Hasta entonces te imaginaba, traía retazos de lo poco que tenía de vos al desierto de mis sábanas. Cerraba la puerta, me cubría el cuerpo y atrapaba un roce como una mariposa, un beso que me tocó los labios, casi un error, tu pelo cubriéndome la cara: una caricia y un arrebato. Repasaba la escena como una ceremonia, perfecta, igual a sí misma pero adentro de mí. Un tacto sutil que a solas me abría la boca, me metía los dedos hasta el fondo de la garganta, donde la lengua los lame. Lengua erguida que me mojaba las manos y las obligaba a deslizarse por la línea del vientre hasta lo más oscuro de mi sexo. Se hundían los dedos mientras en el cine de mi mente tus labios apretados me tocaban otra vez, y otra, para que los dedos suban y escalen la cresta de los pezones, todo el cuerpo tenso como una cuerda de guitarra, tenso y erguido mi cuerpo reclamaba lo que todavía no conocía. Alivio, alivio circular sobre la flor de mi secreto, un masaje constante, siempre al mismo ritmo, hasta que empieza a latir, una descarga, un espasmo, no se detengan manos, busquen otras zonas, no se entreguen. Que los labios de mi vagina modulen su urgencia, que hablen ellos y pidan a estas manos, a ese recuerdo esquivo, lo que necesitan, que se escarbe en su fondo,



que se detenga, que vuelva a empezar ese masaje que me retuerce bajo la sábana, me mueve la pelvis. Y late. Una vez, dos veces, late y se esparce, se abre, se agita y se cae. Acabo y llega la vergüenza de haberte traído a mi cama sin ningún consentimiento. Porque fue ahí donde estuviste, en mis manos.)

**P**or estos días ando pidiendo fuerza para mantenerme entera. Entera con mis contradicciones, mi amor y mi dolor. Entera a pesar de que todo obligue a dejar algo para después, algo guardado, algo que no se puede decir, algo que es mejor esperar para mostrarlo. Y no quiero. No quiero dormirme en tus brazos y despertarme en el desierto porque tengo que ocultar un sentimiento que me desborda, un sueño perdido, un duelo al que no me animo. Puedo jugar a ponerme máscaras, puedo ser caperucita y el lobo feroz, puedo inventar un día en que todo lo puedo y al otro pedir socorro en la red de mis amigos, puedo emborracharme una noche y hacer dieta a la mañana, puedo ser la mejor madre y ser la más puta, puedo tocar el cielo y dejar los pies en el barro. Puedo. Lo que no puedo es optar entre mis partes. Lo que quiero es que me tomen entera. A la luz del día o bañada en la desnudez de un foco de 75 watts que me refleja en el espejo como soy. Y que así me quieran con todo lo que digo de más y lo que me callo para el momento indicado, pero no oculto. No quiero andar siempre vestida de noche, porque no temo que me vean en pantuflas, con el pelo revuelto y la pintura corrida tal como me encuentra el sol de la mañana. Porque así soy y me cuesta demasiado afirmarme cada día. No quiero postergar el momento que tomo pastillas porque alguien puede verme y hacer preguntas incómodas o exhibir una compasión mentirosa, no quiero ocultar mis miedos ni mis emociones, ni mi debilidad ni mi ánimo guerrero. Con todo esto hice mi camino y todavía estoy tratando de despejarlo. Todos vivimos un poco divididos,

siendo unos en el trabajo, otros cuando llegamos a casa, unos para la conquista, otros para la despedida. Todos nos recortamos un poco para entrar mejor en el lugar que nos dejan, para encajar como podemos, para huir de la soledad, para no ser rechazados. Y tal vez no esté mal el intento por conciliar resignar algunas cosas para ganar otras. Pero primero, primero hay que reunir las partes. Primero reunir mi historia, mis afectos, mis triunfos y mis derrotas, mi enfermedad y mi voluntad por vivir todos los días. Y no dejar nada afuera. Aunque el precio sea alto, asumo los riesgos de querer lo que quiero. Aunque ahora sea el momento del dolor. Aunque mis elecciones me dejen afuera. Aunque tenga que acostumbrarme a vivir en el desierto, refugiada del desamor en el silencio, otra vez a mi guarida en el margen.

**G**uardo para mí los ojos de María. Para que me miren cuando el miedo intoxique la esperanza. Tanta cama nos desorienta a todos los que buscamos en su carita alguna grieta por donde la entereza se escape. Pero no. María consuela a los que lloramos la muerte de su padre. Sus parientes la abrazan y bañan su cabeza con lágrimas que ella soporta golpeando espaldas con su manito de once años, como si quisiera dormir a un bebé demasiado crecido para sus brazos. El rito de la muerte nos reúne otra vez. Muchos de los que acompañamos el cuerpo de Gustavo hasta ese cementerio que parece un póster sobre el que se calcan poemas de quiosco, nos hemos juntado otras veces a despedir amigos. Y el poder de lo inevitable ya no nos arrasa, de una manera o de otra encontramos motivos para festejar el pasaje. Recordamos quiénes van a estar del otro lado para recibirlo, contamos con él para que nos espere el día que nos toque a nosotros dar el paso. Como en una comedia de enredos nos perdemos otra vez camino al cementerio. Nos acordamos de otros velorios, tomamos conciencia de que no es la primera vez que nos pasa lo mismo. “Nos perdemos

siempre porque la verdad es que no sabemos dónde van los muertos”, dice Pipi con el humor de los días tristes. Llevamos en el cuerpo la receta de una noche en vela, tomando mate o alcohol junto al cajón abierto en el que Gustavo descansa como si no hubiera atravesado ni un solo día de enfermedad. Incluso fue mejorando con el correr de las horas, como si la muerte se hubiera tomado ese tiempo para darle su paz. Mabel, su mujer, puso música en la sala de velatorios, la misma que escuchaban juntos cuando el sol de Cabo Polonio llenaba de luz las ventanas de su casa. María también se mantuvo en pie hasta la madrugada. Enhebrada con su amiga por el abrazo, de los hombros, las nenas dieron vuelta por entre los mayores, tratando de entender qué significa “no verlo nunca más”. Todo les parece raro, ajeno. María separa junto al cajón y mira el cuerpo. Lo toca, le levanta los dedos, siente la falta de aire en los huecos de nariz. No hay desconcierto en sus ojos, apenas la comprobación de lo que le dijeron de la muerte y el asombro frente a la actitud de los mayores que no dejan de sobarla cada vez que pueden. Nosotros tratamos de no parecer demasiado ridículos frente a ella. Llorar nos alivia de todas nuestras ausencias y es difícil no sentirse usurpador trayendo a este entierro los dolores de siempre. Pero es lo que podemos, poner en común los agujeros que quedaron en la manta de la vida para no ver -no ahora- cómo la trama vuelve a cerrarse para protegernos. El cementerio de póster está manchado de figuras negras. Es cierto, muchos de nosotros parecemos cuervos perdidos entre árboles estratégicamente plantados para crear sensación de belleza. María mira de lejos y dice “qué ridículos, todos tirados en el cementerio”. Puedo adivinar cierto alivio en esa ridiculez menos pautada que la fuerza que le aconsejaron infinitas veces mientras el cajón descendía lentamente hacia su destino en la tierra. Tiene hambre y cuando alguien sugiere ir a comer se pone a saltar pidiendo carne, asado y papas fritas. Lentamente nos vamos levantando. El mundo de los vivos nos arranca del trance de la despedida. Durante unos días la vida nos parecerá un bonus track. Gracias Gustavo, y hasta la vista.

**S**e había hecho de día sin que el día se diera cuenta. Cercadas por la tormenta. Solo sabíamos que era sábado. Eso seguro, lo delataba una falta de urgencia a la que tenía que recordar todo el tiempo. ¿Qué hacía en la cama? ¿No tendría que estar haciendo algo más? No, era sábado, franco y tormenta de Santa Rosa, esa ecuación solo podía dar calma. Igual no alcanzaba para borrar un resto de culpa -ese sentimiento algo ajado, rugoso, como la corteza de la planta del pie-. Apenas servía para estar segura de que era sábado y de que llovía. La filosofía barata dicta que todo se va y yo veía desde la ventana cómo algunas raíces empezaban a desnudarse, la tierra empapada resbalaba y las dejaba, impúdicas, a la intemperie. Tengo que taparlas, pensé, urgente, en algún momento -¿se sumaría esto a la lista de culpas?-. Hay días que son noches, dijo Naná, descalza y buscando algo que ponerle a un pan cortado al medio. No le gustan las tormentas, les tiene ledo a los rayos. Porque caen, es inevitable, lo que cae llega a la tierra, es como un avión -me discutía-, que va para arriba. Ajá. Qué puedo decir yo que le tengo miedo a los vómitos. En serio, cada vez que me pasa me muero de miedo, creo que me van a internar, que voy a pasar semanas en cama... Hasta pienso que me puedo morir. Por suerte el miedo todavía nos da risa. Ahora que se detuvieron, los vómitos y la tormenta, la fragilidad parece tan imposible de divisar como África de este lado del Atlántico. Pero ese sábado estaba ahí, haciéndonos cosquillas en la nuca. Y ahí estábamos, otra vez en la cocina, sin saber cuánto hacia que habíamos desayunado, pero la vagancia es así, da hambre. Todo era lento en ese sábado en que también desafiamos la negrura de la tarde para arrastrarnos por el súper, mi hija y yo como zombies. Habíamos vuelto directo a la cama como si nos arrojáramos a una pileta, abatidas por las bolsas, las tentaciones que resistimos y las que no, y la incipiente inundación del jardín. Entonces se nos antojó sopa de municiones, con queso derretido. Hacía tanto que no tomábamos sopa de municiones. Y de pronto, al mismo tiempo que ese

reencuentro con la vieja sopa, el milagro. La tormenta se abrió si alguien hubiera encendido la luz, nítida sobre las superficies lavadas. Para cuando llegó la sopa el sol dibujaba una cebra dorada sobre el pasto, atravesando la sombra de unas ramas. Si alguien miraba al cielo entonces no podría haber dicho que veinte minutos antes amenazaba con ahogarnos. Parecía sonar la banda de música del día después, después de la guerra, después de la lluvia. Naná tomaba su sopa en consecuencia, antes estaba tan oscuro que ni siquiera nos dábamos cuenta de que teníamos hambre... Si es feliz con un plato de sopa, ¿por qué no le habré dado tantos más? Una siempre se olvida de que las cosas más simples son las que más te gustan -dijo mi hija con profunda sabiduría culinaria y de la otra-. Y después se arrepiente por no recordarlo.

**L**aura es una mujer valiente, aunque a ella le cueste reconocerlo. Y aunque ahora mismo tiemble como una hoja y mire el teléfono como si se tratara de un oráculo, o como si la insistencia de su mirada lo obligara a sonar y a traer por los cables la voz de quien espera. Desde que supo que vivía con VIH hizo una opción por el silencio. No quiere compasión, dice. No quiere que nadie la entienda porque le pasa lo que le pasa, no quiere que interpreten sus pinturas a partir de un diagnóstico. Entonces no lo cuenta. Ni siquiera a los amigos. Ni a esas aventuras pasajeras con las que compartió unos instantes de sexo. Es su forma de protegerse, esto de no poder mostrarse con su conflicto. Pero a él tuvo que decírselo. Y en un momento en que las palabras suelen sobrar a no ser que se reduzcan a un par de onomatopeyas. Se conocían desde hacía un tiempo, algo más de un año. Pero recién hace unos meses empezaron a mirarse con otros ojos. Y finalmente llegó la gran noche. Cena en la casa de ella, charla amable y el momento de los besos. Y fue entonces cuando ella le soltó ese te-

rrible “tengo que hablar con vos”, precedidos de unos cuantos ¡pará, pará! Porque ya se habían empezado a deslizar por la pendiente de la calentura. Y le contó lo que suele callar. Y él siguió adelante con los besos. Hicieron el amor y siguieron hablando. “¡Se quedó ahí!, me cuenta con sorpresa, “no se fue, como hubiera sido lo más lógico”. Pero no. No es lógico. Podemos decir frecuente, si querés. Pero no lógico. Estamos tan acostumbradas (y acostumbrados) a la ignorancia y el maltrato que cuando aparece alguien que tiene las cosas puestas en su lugar parece que hubiera bajado de otro planeta. Igual, la historia tiene final abierto. Él quedó en llamar y en el momento en que charlamos ya habían pasado unos días. Seguramente él necesitará su tiempo para digerir la noticia. Seguramente lo atacará la paranoia por la noche y a lo mejor está discando, antes que el teléfono de ella, alguno de esos números que dan información sobre sida. Nada hay más difícil que esperar, pero ella ya hizo su parte.

**E**stoy segura de que no querés morirte. En todo caso, que la muerte te sorprenda por algún trágico error que demuestre que ese era tu destino. Si quisieras matarte, elegirías un camino más corto, menos espectacular que pincharte las venas -nunca al primer intento- delante de cualquiera. Estoy segura de que, a pesar del bajón, se siente muy bien después de haber sobrevivido. Y te dan ganas de empezar de nuevo. ¿Qué otra queda? Si ya te olvidaste de todos los nombres, estás exiliado en cocalandia y te creés muy valiente caminando solito por la cornisa. Todo eso está muy bien, es tu elección. Lo que pasa es que tarde o temprano te das cuenta de que nadie te va a querer más por convertirte en un saco de huesos. Hay un momento en el que ni siquiera se inspira pena. Entonces todo pierde sentido, quiero decir, pierde incluso sus sentidos inconfesables y desconocidos. Los adictos, como todos en definitiva, solo queremos que nos amen, pero no

estamos seguros de merecerlo y necesitamos montarnos la escenita y ya no queremos que nos amen sino que nos salven, que nos rescaten, en lo posible de alguna manera ética, por amor, porque tocamos fondo. Lástima, muchas veces se va la vida en esto. Sin querer, por un trágico error.

**Y**a es bastante difícil comprar papelillos en los quioscos, imaginen pedir jeringas descartables en una farmacia. Por más que todos sepan que no hay que compartir las agujas, de hecho se hace. Un error trágico que no es necesario cometer. Las jeringas se pueden lavar, primero con agua simplemente, después vaciándola y llenándola tres veces seguidas en agua con lavandina y tres más con agua potable. Se requiere método y prolijidad para el procedimiento, digamos que hay que tomarse su tiempo. Pero se trata de gozar -¿o no?- y eso siempre lleva tiempo. Para morir hay caminos más cortos.

**M**artín no va al médico porque teme que le digan algo que no quiere escuchar. Se siente mal bastante seguido, se siente débil. Por las noches se despierta de golpe, como si le hubieran sacudido la cama y abre los ojos como platos. Cada tanto se mira en el espejo y cree descubrir alguna mancha o que se le cae demasiado el pelo, o siente una incómoda hinchazón ahí donde se supone que están los ganglios. Pero no, al médico no quiere ir. A lo mejor lo que tenés es una pavada, si es que tenés algo, le digo. Y bueno, si es una pavada, ya se me va a pasar, contesta él. Prefiere no enterarse. Martín es de los que cree que si cierra los ojos, nadie lo ve. Que si cierra fuerte los ojos, la verdad le va a pasar de largo.

**L**a primera vez que lo vi era apenas una mancha oscura en la cuna de mi hermano. Él no tenía ni veinte días, yo diez años y una angustia en el pecho que entendí mucho más tarde. Fue la única vez que lo vi de bebé, pero su nombre formaba parte de esa larga lista que repetí obsesivamente durante años para que no desapareciera del todo -todo lo que desapareció con mi mamá-. Cuando lo volví a encontrar veinte años después de esa tarde, lo llamé por el nombre que recordaba: “Marito” y no le gustó nada, él es Kuriaki y así exigía que lo llamaran. Pasaron casi cinco años más, en este tiempo pude enterarme de que su mamá y la mía compartieron sus últimos días, que a la suya las compañeras la ayudaban a sacarse la leche que ese bebé negro y fiero ya no podía tomar y que ella, médica pediatra, curaba como podía a los que salían de la tortura. Kuriaki ahora es un militante de los derechos humanos, el que hace las mejores pintadas de HIJOS, el que nunca falta a las reuniones. Además es papá, motoquero y fanático de *Ataque 77*, aunque seguro que la palabra fanático tampoco debe ser de sus preferidas. Pero es de esos que los siguen a todas partes y conoce sus canciones mejor que nadie. Lo que Kuriaki no sabía es que *Ciro Pertusi* lo seguía a él. Lo vio una vez en televisión, después de un escrache, mientras la policía se lo llevaba a la rastra agarrándolo de la remera de *Ataque*. “Nosotros solo hacemos la banda de sonido de una película de la que vos sos el protagonista”, le dijo *Ciro* a Kuriaki en un encuentro que sucedió hace unos días. Le contó también que lo había visto en *Obras*, que desde el escenario los músicos lo buscaban para saber quién era el pibe que había inspirado esa canción que cuenta, sin conocerla, la historia de alguien como él, que tiene razones para luchar, para estar de pie aun cuando lo cotidiano es la injusticia y su causa -buscar justicia para sus padres desaparecidos- parece perdida desde el vamos. Fue emocionante ser testigo de ese encuentro, ver los ojos de Kuriaki mientras *Ciro* le contaba cuánto admiraba lo que él hace y cómo sus canciones tenían sentido cuando contaba con él entre el público. Puede parecer una historia menor,



pero a mí me dio la sensación de que otra vez la vida nos daba revancha. El sábado pasado Kuriaki fue cabeza de marcha en un escrache que hicimos a un hijo de puta, Frimon Weber, torturador conocido como “220” por su habilidad con la picana. Casi no hubo medios ese sábado, pero hubo quinientas personas, vecinos y jóvenes de todas las tribus posibles que cantamos hasta quedarnos sin garganta porque para nosotros escrachar a estos personajes de mierda es también una fiesta, porque estamos de pie y porque lentamente la justicia popular llega a condenarlos. La vida nos da revancha, pensé de nuevo mientras Kuriaki caminaba adelante, guiando la columna en la que yo marchaba, tan lejos de ese bebé que me tocó cuidar una tarde mientras nuestros padres diseñaban estrategias para cambiar el mundo.

**A**lgo ya no va a pasar. Algo es ahora indefectible recuerdo. ¿Cómo seguir entonces con esta sonaja de escenas a cuestras que golpean sobre el pavimento como si recién me hubiera casado con esta vida? O con esta forma de mirar. No puedo separarme de lo que llevo adentro sin que la operación me desangre, sin que el hueco que dejó su forma pegue alaridos de ausencia. Y a la vez aprendemos por resignación y en mi caso porque entiendo que nada se va del todo. Algo queda adentro, algo de tu piel vive conmigo para siempre, hasta que tu olor y el mío se confundan en el constante cambio de las estaciones y seamos nada más que néctar o agua sobre el césped filtrando y alimentando esta tierra sobre la que seguimos creciendo pero ya con un piso que nunca más nos permitirá amar a medias. No soy una mujer valiente, siempre estoy jugando a las escondidas, pero lamentablemente aprendo a separarme. Y ahora que la ausencia es la manta que me cubre por las noches y que es mi latido el único sonido que me acompaña, entiendo que también estoy aprendiendo a vivir. Y a morir, otra vez.

**U**n sol de otoño me toca la cara. Tengo un abrigo nuevo, regalo de cumpleaños. Dos palomas hacen un nido sobre la chimenea de la parrilla. Es un lugar calentito que se enciende cuando vienen los amigos. Hay algunas pocas cosas a mi alrededor, cosas que nombro para apropiármelas. Es lo que tengo ahora, dos o tres cosas, no puedo con más. Mientras vea la luz sobre el césped siempre voy a poder caminar. Y es lo que hago. Invento el camino de nuevo, no es la primera vez; no será la última. Un pensamiento circular sobre el valor del tiempo me confunde. A veces me parece que todas son la última oportunidad. Después me doy cuenta de que mis planes son a largo plazo, que he vivido toda la vida en un día y que no se pierde eso que habita en mi corazón. Por ahora la belleza tiene un filo oculto, es como si hubiera vidrios en el pasto que piso descalza. Me estoy recuperando y me duele lo perdido como miembros fantasmas a los que no puedo aliviar. Ya sé que si pongo mi dolor en perspectiva solo puedo callar, pero el amor no entiende de esas cosas. Hay que explicarle despacio, hay que volverlo a su cauce, hay que devolverle los ojos que quemó la pasión. Amor, el amor es otra cosa. Es, creo, atravesar las grandes aguas y aun así no soltarnos las manos. Los manotazos de ahogado no ayudan a sobrevivir y ya no tengo voluntad de echar botellas al mar. Ahora nombro unas pocas cosas: mi hija, mis amigas, mis amigos. Alguien me llama porque cree que puedo ayudarlo. No sé si puedo, pero ese llamado me rescata, me ayuda, me recuerda que al fin y al cabo solo se puede transitar esta vida si podemos darnos la mano unos con otros. Si no, qué. Solo tengo que seguir adelante. Quitarme de encima lo que me hace daño, espantar su recuerdo (la sed de su boca) como a moscas en verano. La primavera sigue al invierno, qué duda cabe. Y voy a florecer otra vez cuando sea el momento, a pesar de los años, los golpes, la lipodistrofia y el virus. Lo que soy no tiene que ver con esas anécdotas: late con su propia música y es capaz de acunar a sus amores. Hay demasiadas razones para seguir peleando como para detenerme ahora. Puedo ver a través de mis lágrimas, puedo hablar aun cuando esté llorando. So-

bre todo porque estoy entera y todavía puedo recoger la carpa de mis ilusiones y cargarla en la espalda como buena caminante. Cuido mi luz porque todavía tiene mucho que alumbrar y ya sé que a este invierno también le seguirá la primavera.

**Q**uiero decir, lo más difícil es seguir viva. Porque la vida, en definitiva, es poco más que una sucesión de días iguales en las que algunas satisfacciones brillan como estrellas. La mayor parte del tiempo caminamos por el patio negro de la noche cumpliendo los mismos ritos, peleando por las mismas cosas. Y lo difícil, quiero decir, es seguir vivo aún entonces, cuando todo parece plano y la materia de los sueños es tan escasa que se conforma con un tiempo sin sobresaltos. Y aun así hay que encontrar la belleza. Estar vivos cuando nos quisieron tan muertos, estar juntos cuando nos quisieron tan dispersos. Crear cuando se nos suponía apáticos, alzar la cabeza cuando se supone que tenemos que andar con el rabo entre las piernas. No hay lugar para héroes cuando todo lo que intentamos es mantener viva la llama, que a veces parece apenas un rescoldo, pero que sigue alumbrando. Que sigue alumbrando.



**2001 en adelante**

---



**N**avegando en el mar de las soledades, prefiero hacer la plancha. Y sí, está bueno dejarse llevar y que la corriente te acune, el pelo como una red para cardúmenes, las manos sueltas, sintiendo entre los dedos el agua, algas, caracoles, restos de algo que ya no es; los pies como timones involuntarios, un reaseguro para no llegar tan lejos que después no se pueda volver. Los ojos cerrados, los oídos llenos del eco marino. No quiero nadar, no veo a qué horizonte podría apuntar mi brazada. Vuelta carnero en el mar de las soledades, agua en los ojos abiertos, verde caldo de cultivo, colonia de ostras de vacaciones, hidroavión, paraninfo, liquidario. ¿Hay vida acá abajo? ¿Hay aventura en el mar?

Ya es suficiente este desafío,  
surcar las grandes aguas sin  
naves para conquistar. Silencio.  
Silencio.

Estoy de acuerdo, no se trata solo de vivir. Es decir, no se trata de conservar la vida al precio de no correr ningún riesgo. Además, es imposible. No hay manera, ninguna manera. Ni siquiera es posible elegir qué riesgos correr. Salir de noche, conocer a alguien, aceptar

un trabajo o rechazarlo, tener hijos o no, comer una hamburguesa o un choripán mientras sale la luna llena -esta semana está llena-, todo encierra la larva del peligro ¿Y? Allá vamos.

**B**oca arriba, las manos en la panza, un gesto de relajo. El paisaje es el mismo cada vez, los tirantes de la cama, el colchón de lana que se cuele entre ellos, un retazo de colcha desteñida, los nombres, las fechas, los juramentos, los ruegos, los corazones. Los fue escribiendo con marcador, sobre las tablillas de madera de la cama de arriba, siempre de la misma forma, los ojos hacia ese cielo demasiado cerca, la mano alzada escribiendo palabras como quien clava estacas para después tener de dónde agarrarse. A veces estar boca arriba era parecido a naufragar, intoxicada, volcada hacia un costado de la cama dejando ir lo que en apariencia sobra. Después se hundía bajo los tirantes, su firmamento a rayas, líneas paralelas como el horizonte de los presos. Esas veces anotaba la fecha, para que los demás sepan que ese día habría muerto o sobrevivido, el tiempo lo diría. Está de acuerdo, bajar es lo peor, por eso siempre durmió abajo y silbó bajito, y ni siquiera en sueños se atrevió a volar demasiado alto.

Hace quince años que tiene la misma cucheta, la armó y la desarmó más de una vez. Es su pertenencia más antigua, la única que quedó cuando salió de la cárcel, cuando volvió de la calle, cuando dejó de picarse. Esa cama es como una isla que lleva su nombre. Y los nombres que se dio, y los que repitió, promesas de amor o de muerte. Hay un par de dibujos también, diseño de futuros tatuajes, de las remeras que le hubiese gustado imprimir, una estrofa de la canción de los Redondos, esa que dice que se le soltó un patín. Porque a ella se le había soltado. Y bueno, qué iba a hacer, no le daba para robar, no le daba para trabajar, salía a la calle y levantaba tipos hasta que juntaba lo que quería para el papel. Después era cuestión de subir y bajar, como siempre.



Ahora se rescató. Ya hace un tiempo de eso, después de que nació la más chiquita, la que más tardó en *negativizarse*. Ninguno de sus hijos tiene el virus. Ella sí, desde hace catorce años, cuando todavía estaba en la secundaria. Por entonces, las madres de sus amigos no la dejaron pisar sus casas. Muchos de esos amigos están muertos. Murieron de sida. Vero se rescató. Entre propios y ajenos cuida seis chicos, se gana la vida haciendo alfajores y repostería para fiestas. Su cama está rodeada de colchones y montañas de ropa que nunca alcanza a ordenar, en una pieza que armó con ayuda de algunos amigos. Los mismos que se van a juntar a tomar sidra en Navidad; los chicos esperan ese momento, aunque saben que Papá Noel no existe, sí existen los fuegos artificiales y el permiso para jugar toda la noche en la calle, con los vecinos. Alguno de ellos la llama desde la vereda, le quiere mostrar algo. Son hinchapelotas, los chicos. Se levanta con alguna dificultad, hoy justo le tocó lavar y hace menos de quince minutos terminó de colgar decenas de prendas en diversas escalas. Antes de salir de la pieza encuentra un marcador en el piso y como una adolescente vuelve a tirarse en la cama. Boca arriba, la mano alzada, los ojos en ese cielo particular, ella escribe: ¡¡Feliz Navidad!!

**E**l otro día, hablando en un programa de radio, no sé por qué, vinieron a visitarme la larga lista de amigos perdidos. Sin pensar me pregunté por qué, por qué me había tocado despedir a tanta gente, asistir a su agonía o verlos partir sin aviso. Tal vez me había ganado la nostalgia. Después me arrepentí, me arrepentí de haber formulado esa estúpida pregunta: ¿por qué? ¿Y por qué no?, me seguí preguntando el resto del día, ¿por qué no? De hecho, nunca estuve sola en esas despedidas. No creo en el destino, o mejor, creo en el destino que se construye, en el camino que se abre, en las paredes que se levantan, ladrillo a ladrillo, preparando la mezcla, buscando el equilibrio. No

estuve sola entonces, no estoy sola ahora. Creo que si algo me salió bien en esta vida, si algo aprendí, es a valorar mis afectos, a saber cuánto los necesito, a intentar estar ahí porque la mitad de las veces no puedo caminar si alguien más no me da la mano. Tengo todo lo que necesito y tengo más. Tengo unos ojos que ven más allá del día, aunque el día me sumerja en su urgencia.

**S**iento que la llama es débil y sin embargo su fuego me arde. No, ya no reivindico el riesgo a secas, no creo que sea valiente ir atravesando muros con los ojos cerrados para descubrir nada más que estepas del otro lado. Y aun cuando hubiera algo más, aun cuando cayera hecha un revoltijo de vísceras sobre el jardín de las tentaciones, ¿cómo haría para gozar cuando mi cuerpo ya cayó, dividido y expropiado en deseos ajenos? Tal vez podría intentar trepar esos muros, descubrir qué hay en la superficie que piso para escalar, las pequeñas salientes que permiten afirmarse, mínimos relieves que interrumpen el continuo suceder de las cosas; caminar y ser consciente de los pasos, conservar el dibujo del camino para no perderme, dejar de alimentar a las fieras con el hilo que se desprende de mis desgarros. No encuentro mapas que me lleven hacia delante, no encuentro los ojos que devuelven los míos. El verano me habita con su sopor y mis planes se desarman en un círculo cerrado de sensaciones. Como siempre, lo que más me asusta es lo que no conozco. Es bastante cobarde esta manera de estar golpeando cada vez las mismas paredes de mi encierro, como si a estímulos similares calcara la reacción. Si yo no cambio nada lo haré, ni lo que me duele ni lo que me da placer. Si al menos pudiera proyectarme como una hermosa flecha que lleva otras banderas en su cola; y agitarlas en el viento hasta construir un refugio donde pueda invitarte a entrar sin que se prenda fuego la precariedad de mi reparo. Alguna vez el corazón me ardió y no podía prever que la

estrella estaba dando sus últimos resplandores. Ahora este sol muerto me congela el pecho. Y sin embargo, sin embargo sigo creyendo. Si pudieras al menos darle calor a este pecho frío que inventa todos los días razones para alumbrar. No quiero quemarme otra vez y todavía no descubro otra manera de vivir.

Le temo a este mar en el que hago la plancha y me dejo ir con el agua que llena todos los espacios, que expande las grietas, que me sacude con su silencio. En algún lado está mi casa, la isla de los naufragos, el lugar desde donde las botellas son arrojadas al mar. En mis palmas abiertas vienen a descansar los pájaros, tal vez en las brazadas que doy recoja algo de alimento. Y nada me alegra tanto como darle de comer a las visitas. Todos los días me pregunto y todos los días la misma ausencia. Lo que quiero y lo que no quiero no se definen por oposición ni son caras de la misma moneda. Lo que sé es que defino mi voluntad de ser virgen, de andar todo el tiempo como si recién aprendiera a caminar y a buscar. Aun cuando conozca las trampas de mi miedo, siempre la misma zancadilla, siempre la misma huella. Las heridas nunca se curan del todo, y al fin y al cabo tampoco es necesario.

**L**os que estamos vivos alguna vez moriremos, no es una gran afirmación, se cae de maduro, también hay quien desea la muerte o quien no quiere prolongar la vida porque entiende que esa categoría es algo más que cumplir con las funciones vitales. Cuando empezaron a morir las primeras personas que enfermaron de sida, para mí trajeron un saber nuevo que tenía que ver con ciertos ritos que rodearon esas muertes. Cierta frivolidad en sus últimos actos -chicos que pedían un maquillaje especial para el cajón, que ordenaban qué adornos querían para el velorio, comentarios de salón para sus últimos días, alabanzas extremas para las cosas pequeñas como la comida rica- hacía más digerible la despedida, nos llenaba de asombro la falta de solemnidad,

la forma en que podían desprenderse de todo menos de ellos mismos, hasta el final. Estaban diciendo, para mí, que la muerte no es más que el último paso, que las últimas palabras no dicen más solo por ser eso, las últimas, y que no hay muertes heroicas sino vidas heroicas o vidas que valen la pena ser vividas. Aunque sea porque son la propia y se la navegó hasta el final. Sin duda extraño a aquellos que no están, pero todos mis amores, mis amigos. Mis afectos me habitan con la misma fuerza, vivos o muertos.

**E**s un día sin urgencias. Seguramente hay algo que hacer muy lejos del borde de la pileta, donde nos acomodamos como gatas haciendo equilibrio para recibir hasta el último resto de sol que queda de la tarde. Seguramente dentro de la casa el teléfono suena, o se acumulan esas tareas que siempre quedan para un día libre, que no es este, claro. Lo mejor es que es un día hábil. Un día en el que seguramente deberíamos estar en otro lado, cumpliendo alguna función como miembros activos de esta sociedad. Pero decidimos tomar ese día por asalto y dejarnos llevar por conversaciones lentas, por chistes pavos, por chismes baratos -y de los otros-. Así es como llegamos a nuestro eterno tema de amor o al amor y sus variantes como tema. “Coger es fácil”, dice una de las cuatro mujeres que allí rememorábamos nuestras últimas aventuras y pesares. “¿Fácil? Sí, claro, nadie necesita tomar clases, el problema es llegar al punto”, reflexiona alguien más haciendo círculos con el brazo en el agua, “será fácil pero tenés que encontrar la persona correcta, al menos te tiene que gustar, aunque sea hacerte una cosquilla”.

“Lo difícil no es coger sino hacerlo bien”, se entusiasma otra de las chicas, diciendo bien como si se escribiera con y corta. “Para hacerlo realmente bien hay que estar enamorada”, insiste la primera, que evidentemente goza de los favores del amor.

—No estoy de acuerdo -digo yo, en uno de esos estados en los que pensar en enamorarme es una sensación parecida a haberse quemado con leche y ver una vaca. El amor es un poderoso afrodisíaco pero también hay encuentros dignos de mencionarse, que tal vez no pasen de eso, pero son encuentros, en los que además de caricias, también hay palabras y emociones y descubrimientos, intimidades que se comparten, de alguna manera no siempre se vuelve igual después de haberse desnudado delante de alguien más, después de haber soltado los sonidos del placer y haber perdido esos pocos gestos que construyen un personaje y que suelen caer como fruta madura cuando nos hamacamos juntos sin pensar en nada más. Claro que esto también lleva tiempo, y yo no lo llamaría fácil. Puede no ser amor, pero por lo menos es un mínimo de cariño y un máximo de respeto. Después de semejante discurso, hay acuerdo. Lentamente pasamos a diversas consideraciones sobre el sexo ocasional, compulsivo, frecuente, emocionante, intenso, fugaz, de vacaciones... Compulsivo, decimos a coro como si alguien nos escuchara, ya no nos gusta.

Aunque, de vez en cuando...

“¿En qué tengo esperanzas? Qué sé yo. Muchas veces he estado sola, siempre me quise morir. Ahora no. Ahora las vivo, las sufro, las pago; no me resiento, sencillamente me muevo. Voy acá, voy allá, soy una apasionada”. Basta verla bailar cumbia para darse cuenta de que no miente. O escuchar su risa, estridente como bolitas de vidrio cayendo sobre un mármol. Marcela anda en remera de mangas cortas cuando todo el mundo pelea por un pedazo de estufa para calentar la espalda y conserva un deseo rebelde de tener hijos aun cuando el resto del mundo frunza la nariz desaprobando. Tiene 35, está en pareja desde hace cuatro, vive en San Antonio de Padua y tiene una historia que cuenta como si fuera una misión de

vida. El padre era alcohólico, la madre se bancaba los golpes, los cuatro hermanos -dos mujeres, tres varones- empezaron a consumir cocaína antes de empezar la secundaria. “Siempre pensé que yo era diferente, que nunca iba a llegar a estar tirada como ellos. Hasta que un día me desperté, me habían allanado, toqueteado, pegado. Había perdido y tenía que hacerme cargo”. Sus hermanas menores también habían caído la misma noche, ellas ya tenían antecedentes y Marcela decidió hacerse cargo de todo. Pasó un año en la femina de Mar del Plata, trabajando como encargada de cocina y prometiéndole al Cristo de la escalera de su pabellón que si la sacaba de ahí iba a dejar de tomar. “Te juro que desde la primera vez que tomé lo hice compulsivamente hasta el último día, un 9 de noviembre. Ahora llevo nueve años limpia”. Fue mucho después de haber salido. El mismo día de la libertad se fue a ver al puntero y empezó a buscarse la vida para seguir un día más. Ahora Gabriela, su hermana, esta presa otra vez. Quedó pegada el día del cumpleaños de Marcela, había llevado una torta y querían hacerla salir antes de que terminara la visita. Rompió un vidrio de la institución, tenía libertad condicional, quedó adentro. La última vez que Marcela tomó tenía cincuenta mangos en el bolsillo, era lo que le quedaba después de haber tranzado un departamento. Créase o no fue en un programa de radio donde escuchó a alguien que se había rescatado y llamó. El que hablaba estaba en Buenos Aires, ella en Mar del Plata. Se tomó un bondi a las cinco de la mañana y a las diez estaba en un grupo de narcóticos anónimos. Llevaba solo un día “limpia” cuando la internaron. A la semana supo que tenía vih y que había perdido un bebé. Al mes estaba armando grupos con gente en las mismas condiciones. Ahora está entre quienes están organizando la red de personas viviendo con vih en la provincia de Buenos Aires. Sus dos hermanas murieron, el cuerpo de una de ellas se lo entregaron en un penal. Otro de sus hermanos está preso, también tiene vih, no tiene medicación, “está flaco, está muriendo”. Marcela se quiso morir, muchas veces. Ya no.

**L**a verdad, la verdad, es que hacía mucho tiempo que no sentía la violencia de la discriminación. Y cuando se bajan las defensas, los golpes se sienten más crudos. Resulta que me habían invitado a viajar a Australia, una invitación de la empresa de aviación de ese país para promocionar las bondades de esa inmensa isla, entre ellas la gran marcha del orgullo gay, lésbico, travesti, transexual y bisexual. Un evento que, a diferencia del resto del mundo, se celebra en carnaval, cuando se supone que toda la población, más allá de la opción sexual, está habilitada para el festejo. La idea era contar lo libre que es la gente allá, el altísimo grado de tolerancia, cómo se organizan las familias de parejas del mismo sexo, etc., etc. Todo muy lindo. Para ir a Australia se necesita una visa. Visa que solicité y completé a tono con el carácter de declaración jurada que tiene, es decir con la verdad. Entre las preguntas que se formulaban en el cuestionario figuraba una que decía: ¿ha tenido usted tuberculosis? Sí, marqué sin dudar en el casillero correspondiente y aclaré cuándo había sido este evento y cuándo había completado mi tratamiento. Esta respuesta, evidentemente, preocupó a las autoridades de la embajada, que decidieron mandarme una carta en la que decían que necesitaban más datos míos. Dos larguísimos cuestionarios en los que se investiga mi historia clínica, qué tipo de medicamentos tomo, si sufro o sufrí alguna vez depresiones, dolor de cuello y otra serie de pavadadas. Pero eso no es todo, la embajada me obliga, en el caso de que siga con intenciones de viajar a tan tolerante país, a someterme a todo tipo de análisis médicos, con un profesional que ellos designan y al que tengo que pagarle por lo menos 80 pesos -según lo hablado por teléfono-, y a quien debo permitirle que hurgue en mis intimidades, intimidades que deben viajar a Australia para que allí autoricen o no la visa. No alcanzan con los certificados del hospital público al que concurre, no alcanza con saber que terminé con éxito mi tratamiento. Ellos quieren saber más. Si el problema es la tuberculosis, ¿para qué como quieren un análisis de orina? ¿O de sangre y no en ayunas? ¿Por qué me piden esto a mí y no al resto del mundo? ¿Será porque la tuberculosis es indicativa

de vih, sobre todo en el Tercer Mundo? ¿Qué hubiera pasado si decía que no la había padecido? “Espero que no sienta que la estamos tratando como si tuviera tuberculosis”, me dijo la señora de migraciones en correcto castellano. “Lo que siento es que me están tratando como si fuera sospechosa, siento que esto es francamente discriminatorio y además enviar los análisis a Australia es negar que en mi país existe un sistema de salud y médicos responsables.” Ajá, dijo la señora. Mucho no pareció afectarle. “Estas reglas son para todos”, dijo la señora, pero no es cierto, esto es para quien, por ejemplo, ha padecido tuberculosis y me permito la sospecha de que también abarca a quien tiene vih.

**L**a hilera de luces nos arrastra en la noche como rastros de piedra brillante que algún gigante dejó para señalar el camino de vuelta. Y nosotros somos un poco como Hansel y Gretel, algo perdidas, pero sujetas del brazo como única certeza. Está desierta la noche en la costanera sur, está desierto el paseo, si le damos la espalda, apenas sentimos la mordida de la ciudad sobre ese lugar que alguna vez fue verde, y fue nuestro. Pero están ahí todos esos edificios nuevos y un resplandor rojo, como de atardecer, tiñe la capota de nubes. El desafío es caminar hasta el principio de las luces. Y volver. Subir y bajar la escalera hacia la orilla de un agua que arrastra basura, restos de picnics, botellas echadas sin destinatario. Nosotras llevamos nuestra botella bajo la campera, un vino tinto que va de mano en mano. Tenemos también nuestras nostalgias y toda una arquitectura de deseos que se levantan y se destruyen en pocas palabras. Como fantasmas acuden a la escollera la imagen de mujeres de largas polleras que alguna vez mojaron sus tobillos en el Río de la Plata. El río que desde aquí ya no vemos. Es una noche de duelos imprecisos, la noche del ningún lugar. Estamos en tránsito. Algo va a estar bueno, nos decimos, va a estar bueno. Algo estamos dejando atrás, de diversos modos, por distintas razones. Y allá vamos.



Lanzamos el eco de nuestros pasos como ondas de radar, rebotan lejos, entre las copas de los árboles ahora iluminadas desde abajo, una evolución de formas que se oscurecen en los bordes, como el hongo de una explosión verde. Hay un intenso placer en esta manera de estar a solas, de hurgar en las heridas, de resistir despiertas a las pesadillas. No es el vino, ni el lugar, nada de lo que fumamos, no hay nada fuera de lo que pueda tomar que me conmueva tanto como para pensar que la vida es bella. Es, en todo caso, cierta posibilidad de comunión, un enhebrarse de ideas y palabras que unen las luces como a un collar de perlas, el tiempo perdido, una carrera sobre las baldosas lisas como una mala parodia de la libertad. Hablo de, por ejemplo, seguir el rastro de las luces en una noche desierta, un par de amigas que trajeron el vino escondido entre la ropa y el lugar del insomnio aplazando las pesadillas.

**S**eguramente mucho más lento de lo necesario, pero en el camino voy aprendiendo. Aun cuando de tanto en tanto creo que ya no queda demasiado por descubrir, aun cuando pienso que ya sé, que esto ya lo vi, ya lo viví, ya lo sufrí, aun entonces algo más se muestra y soy de nuevo alumna, como no quiero dejar de serlo nunca. Si no fuera por este delantal tan manchado por el tiempo y los golpes que siempre me doy en los recreos, diría que estoy empezando cada vez mi primer día. Pero por suerte están esas manchas para decirme que no, que no, que no hay modo, que este día es este porque detrás hubo una sucesión de lecciones que fueron dadas. Y todos esos días que me preceden, todos esos días y esas experiencias que me fueron construyendo, tal como soy, con estos pocos dientes y estas muchas marcas, esa soy yo. Y no hay nada definitivo en esto, hay una certeza sí, unas cuantas tal vez, muchas menos que las incertidumbres. Pero son esas dudas, esos espacios que se abren, esas cosquillas de no saber todo lo que vendrá lo que sigue tallando las cinco letras de mi nombre. La vida sigue,

no he muerto de pequeñas muertes, sigo aprendiendo a caminar aun sobre las cicatrices que quedaron después de haber pisado las brasas. Todo se mueve y yo también.

**L**a sensación es bastante conocida, algunos la describen como tragarse un sapo. Un señor designado por una gran empresa petrolera mostraba a un grupo de periodistas todo lo que había hecho por el bienestar de las comunidades indígenas del norte de Salta, ahí donde los piqueteros pusieron el grito en el cielo y la Gendarmería dejó dos muertos en el suelo. El hombre señalaba a uno y otro lado, hablaba de una campaña de antiparasitosis, le daba la mano al cacique, enseñaba el gran avance que habían significado las letrinas -casillas de material con un agujero en el suelo- que la empresa había edificado junto a los ranchos de madera. “Antes era todo madera, ahora por suerte conocimos el cartón y la chapa”, aclara una mujer en español difícil de entender cuando se lo mezcla con la lengua chorote. El sapo en la boca me impedía contestar. Opté por retirarme de la escena en busca de algún lugar menos contaminado. Me siguieron los chicos, serían diez que se reían de mí por causas que puedo imaginar, a lo mejor me veían un poco ridícula para ese entorno, un tanto preocupada por la cantidad de tierra que iba acumulando, tal vez se reían de mi manera de hablar. Uno de ellos me guió por la huerta con su triciclo sin ruedas dejando en la tierra una huella lisiada. ¿Qué querés ser cuando seas grande? Les pregunté uno por uno, y escuché el silencio. Se quedaban mirando con los ojos como platos. No sabían, no lo habían pensado, no se les ocurría. Ese silencio todavía me sigue. Se supone que tienen la mayor parte de su vida por delante y sin embargo los mayores deseos son para el día, ruedas para triciclo, pelotas, comida.

**H**ay días en los que me cuesta enfrentar el espejo, ando arrastrando la noche como una piedra que llevo engrillada. Tengo la sensación de haber perdido la rienda de mis miserias, de haber sido la bestia que se devora en las sombras, demasiado ansiosa para esperar. Ahora tengo que hacer un esfuerzo para desenredar la mata de mis pelos, quitarme los restos, ponerme de pie. Como una adicta que puede oler el perfume del desborde, así reconozco haber transitado otra vez el camino viejo, una cicatriz ahora más honda, la prueba de hasta dónde he llegado. Es duro mirarse al espejo y no gustarse. No hablo de las formas, hablo de las marcas que imprimen ciertos actos, como destellos que desearía que la memoria olvide. Y no lo hace. Y está bien así. Al menos ahora no quiero arder ni desvanecerme, no quiero estrellarme contra las paredes ni morir de amor. Quiero darme un baño, limpiarme la cara, quitarme las esquiras, ponerme a trabajar. Por alguna razón, a veces desgasto los hilos de mis redes, pero ya no estoy dispuesta a soltarlos. Tendré que ponerme a tejer como una araña obrera, con saliva y paciencia, enhebrar el camino de vuelta con la conciencia de tener un destino, una trama que conservar y recrear, un diseño que en definitiva construyo todos los días. No soy una mala persona, pero quiero ser una buena. No soy una mala persona pero arrastro a una niña caprichosa que cada tanto reclama castigo, incapaz de hacerse cargo de sus decisiones. Y sin embargo las tomo; y aun cuando dé manotazos en la oscuridad y me ande tropezando con los obstáculos que yo misma dejé en el piso, sigo caminando. Ya no quiero lamentarme, afronto las consecuencias. Aunque no sé del todo de qué se trata, aunque me tome más tiempo desenredar las razones que la maraña de mis pelos. No tengo que ir más lejos esta vez, puedo ponerle un bocado a la bestia de mis miserias, darme un baño, limpiarme la cara y ponerme a trabajar.

**E**stamos desayunando, con el lacónico paisaje del jardín un día nublado, sin más sonido que el de los gallos y las chicharras. Y sin embargo la violencia me habita como una náusea.

Mi hija me cuenta lo que vio el día anterior, dice que entendió algunas cosas entonces, no sé exactamente cuáles y me da miedo preguntar. El diario está sobre la mesa y yo leo en voz alta una nota sobre el motín en el instituto Agote, donde se encierra a menores “en conflicto con la ley penal”. Dentro de la celda donde diez chicos se encerraron y rompieron un vidrio para que se escuchara su voz, se tiraron gases lacrimógenos “de manera preventiva”. Que los chicos gritaban que había tres desmayados, que ya no querían vivir hacinados, que exigían que se respetara a sus visitas. La violencia es una moneda de curso legal, lo dice una funcionaria que desmayó a tres chicos, que seguramente fueron violentados desde que nacieron, a quienes se violenta cada día cuando se los obliga a dormir de a tres o cuatro en dos colchones. Mi hija, Naná, me dice que el día anterior vio que venían lo que ella pensó que eran dos chicos, que uno empujaba al otro. Después se dio cuenta de que uno era policía, y que el que venía adelanté lloraba y caminaba esposado. Lo habían levantado de esa cuadra de la calle Irala que se conoce como la villa. Detrás de ellos venía un grupo de mujeres, una de ellas, una chica, con un bebé en brazos, que gritaba que lo soltaran, que lo dejaran en paz. “Estaba fumando marihuana”, dijo el policía mientras ajustaba las esposas con un tirón que hizo caer al chico de rodillas. Las mujeres pedían por favor, la del bebé en brazos se desesperaba, “dejanos en paz, no jodemos a nadie, yo también fumo”. Naná y su amiga esperaron: “Jessica no entiende nada”, me dice. “Ella creía que las mujeres iban a liberar al pibe, imagínate lo que les hubieran hecho”. Naná, con sus trece años, está segura de que sí entiende. Entiende que la violencia es una moneda de curso legal y como toda moneda se acumula en mano de los poderosos. Otras se gastan en delitos desordenados, a veces como monedas que se arrojan a la fuente de los deseos, a lo mejor esta vez

es la última, a lo mejor esta vez me salvo. En muchos casos esa vez es la última. Durante todo el día del motín imaginé los gritos de los pibes desde una ventana. Esas palabras se suicidaron antes de llegar a algún oído.

Esas voces se apagaron con gases y algunos fueron llevados a otros escenarios “para que continúen las negociaciones”. Qué van a negociar estos pibes. Qué tienen más que sus cuerpos para entregar a cambio.

**N**o era la fiebre, era el miedo. Me da pudor reconocerlo, pero así es más fácil, tal vez la próxima vez no me eche a temblar como una hoja, tal vez consiga que no me corran las lágrimas como si asistiera a mi propia despedida. Por ahora la cama se me aparece como un pantano de arenas movedizas en el que puedo caer y no levantarme. Tendida ahí, sobre la sopa de mi propia transpiración, todos los imaginarios de la enfermedad me parecían posibles. ¿Hasta dónde subiría la temperatura? ¿Qué me pasa? ¿Puedo morirme ahora? Sí, ya sabía las respuestas lógicas, sabía que a la larga noche siempre la desgarrar el amanecer, pero hasta que no escuché su voz diciéndome al oído “yo me quedo con tu miedo, vos dormite” no me había dado cuenta de que no era la fiebre sino el pánico. Pero estuvo su voz, y su mano en mi frente, y un resto de cordura para entregarme al sueño.

**¿**Cómo será coger sin forros? ¿Será más calentito? ¿Más suave? ¿Se sentirá la escupida como un beso bien adentro, como una caricia, como una última lamida allí donde no llega la lengua? Ya no me acuerdo de esas sensaciones, y hasta había olvidado la nostalgia por lo perdido.

Pero esa posibilidad, ese relajado olvido, ese mezclarse de los fluidos sin mediaciones, ese olor de después que queda entre las piernas, esa fantasía, incluso, de lo que puede gestarse, sentir su orgasmo, su caída, el enchastre de las sábanas, el pegoteo entre mis piernas, esa posibilidad perdida irremediablemente cae sobre mí como una noche oscura. Ya no puedo. Eso no es lo que me toca.

**P**ocas situaciones más incómodas, aunque incómoda no es exactamente la palabra que necesito. ¿De terror? Tampoco hay por qué exagerar, aunque el miedo me haga temblar las mandíbulas. ¿De mierda? Probablemente, aunque todo depende del resultado. Quiero decir: una persona como yo conoce a alguien en un bar. Lo conoce después de hora, después de bailar por pura voluntad de animar la fiesta, después de tomarse unos tragos, de que esos tragos te pongan audaz, te den calor, ganas de mirarlo más francamente, que se dé cuenta de que hay una promesa y que esa promesa se cumpla. Te vas a dormir con ese alguien, te dormís tan tarde como las sustancias ingeridas lo permiten -cuando te permiten la bendición del sueño-. En el medio dijiste unas cuantas palabras soeces, hiciste todo tipo de acrobacias, confesaste oscuras fantasías, pediste más. Y más. Luchaste cuerpo a cuerpo, eso sí, para que el muchacho del bar se pusiera el forro, para que entendiera que no, que ni la puntita, ni un rato, ni nunca, que entonces mejor no cogemos y nos dedicamos a otra cosa. Accede de mala gana y en el medio pregunta ¿te cuidás mucho? Y una persona como yo, por dentro, dice, en realidad estoy tratando de cuidarte a vos. Pero no lo dice en voz alta, no es el momento. Incluso piensa que no habrá tal momento. Pero ya le diste tu teléfono, él te dio el suyo y el teléfono que diste suena antes de lo pensado y él propone. Y en realidad fue lo suficientemente divertido como para querer ver más y entonces llega la situación tan

temida. Hay que decirle de qué se trata ser una persona como yo. Hay que decir por ejemplo, tengo vih. Entonces pasás el día buscando las palabras, imaginando qué hacer si te devuelven el cachetazo, si te obliga a pagar la cena porque de pronto el lugar frente a vos se quedó vacío, si se mueren de pánico, si te dejan en tu casa después de cenar, amablemente, con educación pero con ganas de salir corriendo hacia el centro de detección más próximo de enfermedades infecciosas. ¿Lo decís antes o después de comer?, ¿antes o después del vino? ¿En cuánto abre la puerta o antes de despedirse? En un momento las palabras se caen de la boca. La bomba estalla en el medio de la mesa -en cuanto llega el vino, siempre es bueno un buen trago para bajar lo que se atraganta-. Y mirás y te das perfecta cuenta de la onda expansiva. Y te preparás para el golpe. Y el golpe llega como una caricia, un poco de sentido común y un chiste negro para desdramatizar la situación. Y entonces las piernas se aflojan y te querés quedar a vivir en su sonrisa.

**H**oy no es un buen día, detesto estar en la cama, me siento expuesta en esta inmovilidad. Nada que inventar, estoy acá, concediendo un plan de ahorro para mi salud futura a cambio de unos cuantos días de incomodidad: una droga nueva que repara el sistema inmunológico. Nada grave tampoco, un poco de fiebre, cierta sensación de cansancio y una lista interminable de posibilidades espantosas. ¿Se parecerá a esto el deterioro? ¿Servirá para algo lo que estoy haciendo? ¿El resto del mundo pensará que voy a morir por unos días de inactividad? ¿Finalmente me veré enferma? ¿Estoy enferma? No me asusta correr hasta que me falta el aire, hasta que los pulmones empujan las costillas como chalecos de fuerza, hasta que las rodillas tiemblan, hasta que el límite se presenta como un palo en los dientes que me hace retroceder, de espaldas al piso, el

dolor como única certeza. No me da miedo caerme. El problema es lo que queda cuando recupero la altura.

El miedo es como un talismán que llevo olvidado en el bolsillo. Cada tanto lo palpo, reconozco sus bordes, su punzada fría en la palma de la mano. Habitualmente no escucho lo que tiene para decirme. Está ahí, ya lo sé, con su lista de consejos, acarreado la memoria de los desastres posibles como un manojo de escalofríos. Me puede doler mil veces, igual voy a seguir corriendo como una empecinada maratonista para empujar un poco más allá del límite de mi resistencia. ¿Debería escucharlo? Tal vez se callaría con unas pocas concesiones. ¿Cuántas? Es relativo, podría tomarme las pastillas todos los días, por ejemplo, y no escuchar el alarido de impaciencia por el resultado de los análisis. Es una concesión modesta e ineludible, y sin embargo, nunca llego a cumplir del todo con ella. Parte de la emoción de la carrera está en el embriagador olvido de saber todo el tiempo quiénes somos. Sería agotador componer siempre el mismo personaje. Entonces me voy de viaje de mí, busco otras máscaras en el baúl de los excesos y allá vamos, hasta que me falte el aire. Hay una negociación todavía posible en ese abandono. No quiero vivir mil años, sé que quiero vivir ahora, y un tiempo más, seguro tengo proyectados al menos unos diez años más, pero parece tan lejos. Si escuchara al miedo no debería dejar que sus ojos vayan tallando su nombre en mi corazón como un clavo sobre la madera. ¿Qué va a pasar cuando no esté? Siento la tentación de recoger mis fichas de este tablero y agrupar mis cosas como una refugiada que no puede depositarlas en ningún territorio. Pero me perdería su forma de nombrarme, el mapa de su cuerpo, las curvas que suelo acunar, o besar, el filo de su ironía. ¿Qué va a pasar si sigue estando? ¿Y si la emoción se convierte en una planicie, recta como el horizonte, sin sorpresas? Los miedos desconocidos pueden ser desmesurados. Prefiero seguir masticando los viejos como un chicle sin gusto a un costado de la boca, y en todo caso dejarlo caer cuando la sorpresa me obligue a destrabar las mandíbulas.



**H**ace un año que está detenido en el penal de Batán. No es la primera vez. Desde los quince que recorre institutos de menores primero, diversos penales y comisarías más tarde. Su prontuario es casi su historia de vida: consumo de drogas, algún menudeo suficiente para seguir tomando, robos de estéreos, arrebatos, entradas y salidas. No dice que tres de sus hermanos murieron a causa del sida cuando otros están empezando a pensar en tener hijos o en terminar una carrera o en que ya es hora de enamorarse o mejor de comprometerse. Walter seguramente se enamoró (más de una vez), pensó en dejar la falopa (otras tantas), rescatarse. Pensó también en cuidarse. De hecho, poco antes de perder, la última vez estuvo en casa de su hermana, decidió hacerse un análisis. Estaba convencido de que tenía vih, pero nunca se había tratado y, bueno, tuvo el impulso de hacerlo, de enterarse. Fue al hospital Carrillo, en el oeste del Gran Buenos Aires. Lo acompañó su hermano para que no se arrepintiera. Los resultados fueron mejores de lo que esperaban, la carga viral era indetectable y los CD4 -las células que indican el nivel de las defensas- estaban en un buen nivel. No hubo necesidad de medicarlo, claro que los controles se los hizo muy lejos de casa. Él vivía en Mar del Plata y no era muy cómodo volver a Ituzaingó para ver al médico. Así entró una vez más al penal de Batán. Sin saber si todo seguía en orden o qué. En Batán se supone que hay un infectólogo, pero los familiares de los presos lo desmienten, dicen que es un médico clínico con buena o mala voluntad según el día. Se calcula que casi un tercio de la población carcelaria vive con vih, pero ni un tercio del tercio recibe medicación. Hace unos días la mamá de Walter recibió un llamado desde Batán: su hijo estaba internado en la enfermería.

“**M**amá, ¿vos de quién te contagiaste?” Vaya pregunta para intercalar en una cena tranquila, cualquier noche de estas, entre choclos y papas al vapor, nuestra comida favorita. Comida favorita que quedó de inmediato a medio camino entre mi garganta y la mesa. ¿Cómo de quién?, pregunte en un intento vano de darle algo de tiempo a mis dudas para que se ordenen. No fue muy útil y era obvio que sería así. Tampoco iba a inventarle a mi hija un pasado de venas abiertas solo para dar rodeos. Nunca me piqué, obviamente me infecté en una relación sexual en la que no usé forro, que yo puedo o no tener individualizada pero que seguro no viene al caso. Cómo o cuándo me infecté es la pregunta del millón, es lo que genera más curiosidad, y siempre contesto lo mismo: no sé, ¿qué importa?, en todo caso me infecté porque no tomé las precauciones para evitarlo, porque en ese momento algunos abonábamos extrañas teorías sobre la no existencia del virus -teoría que sigue difundándose en Internet y de la que todo el tiempo me llegan diversos reclamos-, tal vez porque todavía no era un problema para las mujeres, tal vez por boluda. No la convencí. “¿Qué, acaso no sabés con quién estuviste?”. Gulp. Sí, claro que sé con quién estuve, a lo mejor se me cae una noche de la memoria, a medida que pasan los años se descuelgan algunas más, pero tampoco es para exagerar. No contestar para mí fue siempre una cuestión ética, cuando me lo preguntaban intuía del otro lado cierta necesidad de quedarse tranquilos, de encontrar alguna conducta para quedar afuera de las posibilidades. O escuchar el relato de algún accidente quirúrgico para no tener que condenarme al infierno que merecen los promiscuos. Pero decirle a mi hija que no sé, no es una respuesta tranquilizadora. Tampoco decirle que me infecté estando en pareja, en pareja estable como todavía se sigue recomendando como medida de protección eficaz. Una respuesta ejemplificadora que suelo dar en público, ya que integro las estadísticas que mencionan cuánto ha crecido la epidemia entre las mujeres. Opté por la respuesta no tranquilizadora, no me queda más que hacerme cargo. Me contagié en algún momento entre tal fecha y tal fecha, le dije, y sobre todo porque no usé preservativo en todas mis relaciones sexuales.

**S**iempre que nos juntamos, hablamos de amor. O de sexo, que no es lo mismo, pero que me acerca la ilusión de ser bella para otros ojos, y de detener el tiempo y sus circunstancias y de inventar promesas que nadie hizo. ¿Cómo evitarlo? Antes o después nosotras nos sentimos reinas de la noche, desplegando plumas y arneses como migajas para guiar a los peregrinos a la fuente de nuestros favores. Nos hemos desnudado en el extranjero, hemos dado albergue a los exiliados de todo deseo, bulímicas devoradoras de la insatisfacción permanente, amordazamos el dolor de cada día mezclando nuestras piernas con otras. Ahora nos miramos con una complicidad teñida de nostalgia como viejas que recorren su tejido orgullosas de lo apretado de su punto. No hay ningún arrepentimiento en esta historia compartida de guerreras heridas, en cambio sí un resto de excitación por las aventuras que faltan. A pesar de los cuerpos marcados por el descuido, por la soberbia, por la ansiedad, por el miedo de perder esas miradas que creíamos nuestro mayor valor. Nos juntamos y hablamos de amor porque el amor es una presa esquivada para las cazadoras. Porque tememos más que a nada seguir perdiendo seguridades que es imposible retener porque no eran seguridades, porque los cuerpos cambian irremediablemente con el tiempo, con la medicación, con los excesos. Porque desnudarse ahora es enfrentarse, más tarde o más temprano, al miedo en otros ojos, en esos ojos que una desea como escultores de una ilusión tan antigua como, justamente, el amor. Tal vez me he convertido en domadora de mis propias ansiedades. He conocido tantos rechazos como personas dispuestas a salvarme. Pero una vez más el amor me toca con su estilete, ¿habrá sido porque dejé de buscarlo? No es verdad, el amor no se busca, ni antes ni ahora. No es magia tampoco. En todo caso ese resto de audacia que desprecia las amenazas. ¿Y el miedo? El miedo sí, es una larva en sus ojos y en los míos, que se desvanece cuando hacemos cucharita, mientras el sueño cae sobre nosotros con la promesa de lo que todavía no conocemos.

**N**o sé cuántos años tiene Marinda. Sé que vive en un barrio marginal de los alrededores de La Plata y que participa de un taller en el que se buscan estrategias para hacer efectiva la prevención del contagio por vih. Sé que la coordinadora de ese taller es Mirta Bruno y que cambiando algunas cartas electrónicas nació la propuesta para que desde ese taller, las primeras chicas que participaban, relevaran en su barrio el cómo y el porqué de los “escrachos”, esos tatuajes carceros que, se les ocurría, podían significar otra vía de contagio. Hace pocos días llegaron por correo, en papel manuscrito, unas cuantas historias que solo puedo transcribir. Este es un fragmento de la que escribió Marinda: “Claudia, ya con 22 años regresó a Uruguay (su país) y conoce a Marcelo, su segunda pareja, esta convivencia dura cinco años y hasta ese momento iba todo bien. Marcelo recibe la visita de su primo David que viene de Brasil. Marcelo propone hacer una reunión con la llegada de su primo, donde se reúnen Claudia, su hermana Karina con 16 años, Marcelo y David. David le pide a Marcelo que le haga un tatuaje de una rosa y Marcelo le pregunta ¿qué significa para vos? Y él le contesta irónicamente ‘VIDA’. Ni Marcelo ni David toman medidas de precaución. Marcelo decide tatuarse con las mismas agujas atadas con un hilo el nombre de Claudia cerca de su corazón. Cuando Claudia estaba embarazada de dos meses Marcelo decide dejarla sin darle explicaciones y Claudia no entiende por qué la dejó, ella decide seguir sola con su embarazo. Después de siete meses nace su hijo Matías, con problemas de salud. Recorrió todos los hospitales buscando respuestas. Claudia decide viajar a Buenos Aires con su bebé de tres meses y traerlo al Hospital Garrahan; allí le hacen todos los estudios al bebé y le dan una serie de medicamentos y los doctores le piden que vuelva con el bebé dentro de 3 meses para un nuevo control, ella regresa y los doctores le preguntan “¿mamá, usted sabe lo que tiene su hijo?” y ella dice no y los doctores le confirman que su bebé es portador de vih. Claudia llora desconsoladamente y confundida al no saber

cómo se infectó. Los doctores le dicen para que se tranquilice que su bebé se pudo infectar por una transfusión de sangre. Ella decide hacerse el análisis. A los 25 años se entera de que es portadora. Claudia empieza a retroceder buscando respuestas, conoce a los padres de David y ellos le cuentan que murió de sida. Claudia recuerda la noche de la reunión cuando David y Marcelo se hicieron los tatuajes con las mismas agujas. La noche de la reunión Claudia recuerda que David le ofreció hacerle un tatuaje a Karina y Claudia reaccionó y le dijo con las mismas agujas no, hoy Karina con 21 años le dice a su querida hermana Claudia ¡cómo fuiste capaz de protegerme y no protegerte a ti misma! [...] Claudia dice que el vih-sida viene con un disfraz. Porque conocés a una persona tan linda y tan sana por fuera y sin querer te contagiás. Claudia comenta sobre sus tatuajes que cuando hacían razzia en el baile la llevaban a ella por averiguación de antecedentes, le preguntan si estuvo en la cárcel, si sos drogadicta y quién te hizo estos tatuajes. Y cuando va a una entrevista de trabajo siempre lleva ropa de mangas largas?

**E**s una historia de los ochenta, me dice alguien. Es mi amigo, pienso, y dudo: no sé si usar el verbo en presente porque tampoco sé si es mi amigo el que mueve los ojos como si me mirara, en una cama ortopédica en el living de su casa. Dicen que la tomografía computada da cuenta de una gran mancha blanca en su cerebro. El gráfico es una fotografía de la ausencia, no quedó nada ahí donde había historias en común, el extraño gusto por los cactus o las plantas opulentas, como las llaman los que saben. No hay registro de sus amores, de los paseos en la montaña, no sabe qué olores le traían buenos recuerdos, cuáles arcadas, no sabe que le gustaba tomar fernet con coca y ver libros de diseño, manejar todo el trayecto de Mendoza a Buenos Aires o patinar paredes en las casas

de sus amigos. Es una historia de los ochenta me dice alguien y puede ser que sea así. Pero sucede ahora cuando se supone que el sida no mata más que a los pobres de África; o en cualquier otro lado. Paco no es pobre. De hecho está ahí, en el centro del living de la casa de su madre, impecable en sus sábanas, aferrado a un pañuelito que impide que se lastime su propia palma con las uñas, porque así cerrada le quedó después del último ataque. ¿Qué tuvo? Le pregunto a su madre, queriendo saber qué enfermedad oportunista lo dejó en ese estado. Pero ella se espanta, los ojos son como platos lanzados como objetos contundentes, parece que le hubiera pedido que me mostrara su bombacha. Es que a ella la avergüenza que su hijo tenga sida, es algo que no puede siquiera pronunciar, ni quiere saber detalles ni nada. Se le fue *todo eso* a la cabeza, me dice cuando la tranquilizo pronunciando yo la palabra fatal. A Paco, por alguna razón que tal vez anide en ese living immaculado o en los laberintos del pueblo chico de la provincia, o en sus propios laberintos, también le daba vergüenza decir que tenía vih. Me acuerdo perfectamente del día en que me mintió que su análisis había dado negativo porque no le creí. Pero qué iba a hacer, lo mío podía ser un prejuicio. Lo suyo puede haber sido miedo o la ilusión de morirse rápido, qué sé yo. Hasta hace un año se negó a cualquier tratamiento porque negó que algo le pasaba. Estuvo muy grave el año pasado, pero entonces todo se blanqueó y enseguida recuperó 23 kilos. Empezó a tomar la medicación, volvió a andar en bicicleta, se le notaban los músculos como siempre con esas remeras que cortaba a la altura de las axilas. Después no sabemos qué pasó. Dejó de tomar las pastillas, volvió a encerrarse, a tomar merca. Tuvieron que abrir la puerta de su cuarto con un cerrajero. Desde entonces está encerrado en ese cuerpo inútil, en el living de la casa de su mamá, detrás de esos ojos que, estoy segura, me miraron. A la mañana y a la noche, siempre a la misma hora, su mamá muele las pastillas que él no quiso tomar y se las da en el suero. Tal vez así viva muchos años.

**E**s en vano, no se puede hablar de otra cosa. Vayas donde vayas, se escucha siempre lo mismo, patacones, pesos, dólares, bancos, no tengo un mango, no tengo un cobre. Las últimas son el hit indiscutido. Todos los planes parecen haber sido arrastrados por una bancarrota generalizada que se llevó hasta las monedas para la cerveza que antes se tomaba sin demasiado esfuerzo en cualquier esquina. ¿Cuándo volveremos a hablar de amor? ¿Cuándo nos preguntaremos otra vez qué se puede hacer esta noche? ¿Qué tal si empezamos ya mismo? Sé perfectamente que hay tareas urgentes, organizarse, pensar no ya lo que no queremos si no lo que sí queremos, cómo sería el lugar en el que quisiéramos vivir, a qué conjunto de cosas podríamos llamar patria -si es que esto es necesario-. Pero tal vez se pueda tomar algún atajo para aliviar el momento, aunque parezca escapista o sin sentido. ¿Y si cada vez que vamos a decir dólares decimos, por ejemplo, sexo? Sexo libre, sexo paralelo, sexo oficial. ¿Paridad para el sexo? ¿Sexo flotante? No me van a decir que la cosa no cambia bastante y hasta es capaz de mejorar el peor humor. Podríamos buscar el reemplazo para otras palabras remanidas en los últimos tiempos. Cacerolazo podría ser reemplazada por orgía, partusa, fiesta o cualquier otro equivalente. Ya que la clase media está tan sublevada, podrían proponerse otras maneras de soliviantarse, de descubrir sus poderes ocultos, las múltiples posibilidades que esperan una vez que se dejó la cama en plena madrugada, arrastrado por un tam tam ritual que podría anunciar también nuevas formas de encuentro. Así, el Gobierno estaría cercado por la partusa de la clase media. Es cuestión de contenerse, sellar la boca con cuatro candados antes de volver a decir no tengo un mango y cambiarlo por, por ejemplo, estoy caliente. ¿Cuántos romances podrían favorecerse con estos pequeños reemplazos en el lenguaje corriente? En lugar de salir a la calle porque no hay un mango, se saldría porque sobra calentura. Y siendo una de las pocas cosas que abundan, bien podría intercambiarse o apaciguarse mutuamente. No es cuestión de despolitizar ahora todo el discurso pero, ya sabemos, en épocas de crisis hay que encontrar placer en esas cosas que permanecen a pesar de todo.

**N**o soy ninguna maravilla, eso ya lo sabemos todos. Quiero decir, ya sabemos todos que no es fácil estar con alguien condenado de por vida a coger con forros, a vivir pendiente de unas cuantas pastillas, a dudar de su crueldad por el simple deseo de parir. Ya ni siquiera soy tan joven, ni tan bella como creí alguna vez. Tengo dos marcas en la boca que hablan de buenos besos, de muchos cigarrillos, de demasiados mohínes. Una redondez en el vientre que podría delatar mis treinta y cinco pero que también podría atribuir a ese puñado de pastillas, más teniendo en cuenta que contra viento y marea sostengo la rutina del gimnasio, porque las pastillas no solo traen grasas acumuladas poco estéticamente sino también colesterol y triglicéridos y otras tantas contaminaciones en la sangre que combato con el siempre fiel ejercicio. No, no soy ninguna maravilla. Soy irascible algunas mañanas. Me gusta pasar dos horas del domingo leyendo los diarios sin que nadie me moleste. Leer en general es lo que más me gusta en el tiempo libre, siempre que esto se dé en un espacio abierto, con una buena cantidad de sol y repelente de insectos a mi alrededor. Tengo también algunas manías, algunas agradables, al principio sobre todo, como buscar la luna llena en su exacto día para verla salir apenas diez minutos después de que se puso el sol. Persigo, en general, todo tipo de atardeceres. Me gusta emborracharme, salir con amigos, cortar el día de trabajo cuando me da la gana. Sentarme en las esquinas o en la Costanera Sur y tomar cerveza de la botella. Me gusta llorar con las películas de amor, dar monedas a los pibes que me las piden, insultar a los idiotas que te apuran por la calle, conquistar gente con la que nunca me iría a la cama y cazar semiadolescentes en las noches de malaria. Ya lo dijimos, lo sabemos todos, no soy ninguna maravilla. Pero no es razón suficiente para soportar cualquier cosa. Y lo malo es que a veces creo que es así. Que cualquiera que pueda estar conmigo a pesar de que tengo vih vale la pena, que solo por eso tengo que aceptar todo tipo de pelotudeces, de dudas interminables, de



miradas de conmisericordia o declaraciones vanas que no llevan a ningún lado. Cada persona de la que me enamoro es la última en el mundo. Y lo peor es que me enamoro seguido. Pero siempre con esa estúpida culpa, como si me tocara la lotería. Como si no fuera parte de la vida encontrarse y tocar el cielo de vez en cuando. Como si estuviera destinada a soportar todo tipo de freaks solo porque tengo sida. Como si mi lugar en el mundo fuera mirarlo como una vaca que ve pasar un tren, tal vez un día estés subida en él, pero para ir derecho al matadero. Entiendo las dificultades, los temores que hay que atravesar antes de atreverse, entiendo los fantasmas, las paranoias, lo escabroso que puede ser imaginar el futuro conmigo. Pero no es razón suficiente para hacerme cargo de que puedo soportar cualquier cosa. No soy ninguna maravilla, ya lo dije, pero tengo grandes aspiraciones.

**D**igamos que soy de las que intentan tomarse las cosas con calma. No voy a hacer un escándalo por un día sin pastillas, tampoco voy a decir que aun teniéndolas en mi poder nunca me haya salteado una toma. Qué sé yo, un día que te acostás a la madrugada y el amanecer te sorprende a las seis de la tarde es una día en el que, obviamente, pierdo la toma de la mañana. Puede haber razones menos excitantes que una noche en vela. Puedo quedarme dormida de puro cansancio y olvidar las de la noche. Puedo simplemente olvidarme de tomar el bendito cóctel sin ninguna excusa a mano. Pero una cosa es que me olvide yo y otra muy distinta es que te obliguen a interrumpir el tratamiento y que encima te traten de estúpida. Dos días antes de que se me acabaran los tres frascos de medicación antirretroviral que me acompañan a lo largo de cada momento de mi vida, un amigo en moto fue a buscar la receta al hospital. Trámite que se exige cada mes a pesar de que hace años que tomo lo mismo

(y, dicho entre estos paréntesis, no cambio de medicación porque hace dos meses espero que la obra social me autorice un análisis que ahora parece perdido). Con las recetas en la mano mi amigo el motoquero se dirigió a la obra social a pedir que las autorizaran. Siguiendo el trámite de rutina, se dirigió al banco de drogas y ¡oh, casualidad! le dicen que la obra social no había enviado el fax. Llamo a la obra social, al día siguiente por una cuestión de horario y me dicen que ¡habían olvidado enviarlo! Pero bueno, lo harían enseguida. 24 horas más tarde, mi amigo vuelve al banco de drogas y del fax, ni noticias. Además, dijo el chico de ABC, una vez que llegara el fax debían autorizarlo y no podía confirmarme la demora. Vuelvo a llamar a la obra social con el consabido engorro de las líneas ocupadas y me dicen: “¡Ya lo mando!”. Aún no lo habían hecho. Las reservas de medicamentos ya se habían agotado en casa y hasta la solidaria acción del hospital que presta medicamentos se había agotado. Con la crisis, esto no es ninguna sorpresa. Cuestión que los días corrían y el fax brillaba por su ausencia. En la obra social decían que lo habían mandado, en el banco de drogas que no lo encontraban, en la obra social que era un problema interno de ellos. En el banco de drogas que tenían buena voluntad, pero que había que cumplir con los pasos burocráticos del caso y que el fax había llegado pero faltaba la receta. Al cuarto día sin pastillas, me resfrié, mal. Obviamente puedo tomarme las cosas con calma pero eso no evita la psicosis de pensar en todas las catástrofes que pueden suceder después de todas esas tomas omitidas. Al quinto día mi tono en el teléfono empezó a tornarse violento y mi amigo amenazó con un cacerolazo en la sede del banco de drogas. Llegábamos al viernes, el sábado y el domingo amenazaban con las dependencias cerradas y yo sin pastillas. Intentando hacer un chiste negro les dije a mis compañeritas de escritorio, “si me muero, échenle la culpa a los burócratas”. Pero no causó mucha gracia.

**S**é que está hablando porque es su turno hacerlo. Es verdad, no siempre lo aprovecha, el silencio es sólido como gelatina entre los dos la mayor parte del tiempo. Pero ahora está hablando, un murmullo leve, casi un chistido, como si en lugar de dejar salir las palabras las estuviera recuperando, aspirando incluso aquellas que no dijo. A mí me duele la cabeza, supongo que es la impaciencia, los incontables cigarrillos con los que creo que puedo domarla, el esfuerzo no siempre útil por callar lo que yo pienso que él quiere decir. Pero eso no facilita las cosas. Casi nunca acierto lo que sigue aunque él apenas se da cuenta de mis sugerencias, no levanta los ojos del piso. Dice que le pasó a un amigo de Rodríguez, donde él vive, que el amigo no se anima a hablar con nadie y entonces él quiere averiguar, quiere saber, quiere ayudarlo. Tiene los ojos como estrellitas de dibujo animado, festoneados de pestañas, pero apenas se le ven bajo la visera de la gorra que no se saca nunca. Pantalones deportivos, zapatillas como tractores, una remera demasiado brillante, demasiado sintética para el calor de la siesta. Es sport, “sportcito”, diría mi hija como dice stoncito, punga, o alterna para definir cómo se visten sus amigos y que automáticamente se transforma en identidad. Acaba de salir de un instituto al que entró el mismo día que mataron a su amigo de un balazo en la panza, cuando los encontraron arrebatando una cartera en San Telmo. No es el primer amigo que muere en la calle, ni es la primera vez que sale de un instituto, pero quiere que sea la última, por eso volvió a Rodríguez, a la casa de su padre. Pero con él no se puede hablar, y además el problema no es suyo, es de su compañero de viaje diario en el Sarmiento, de Moreno a Once, de Once a Moreno y después a patear la calle en busca de alguna oportunidad. Cuidar coches suele darles para el día. Y a veces para más. Sobre todo cuando hay partido en La Boca, donde están la mayoría de sus amigos. Saca un trapo cualquiera y hace señas a los autos para que se detengan en su zona y lo más cerca posible uno de otro, para que rinda. Sí, el compañero tiene sida, dice, y no está muy informado. Por eso quería

hablar, porque no tiene muy claro cómo sería ¿ir al hospital y decir denme los remedios? ¿Y si me dicen que tengo que venir con mi vieja? Quiere saber qué pasa si no va al médico, ¿se puede morir? Él o vos, digo, sin preguntar. No, él, su amigo. Morir, nos vamos a morir todos, me sale, reconociendo lo estúpida que puedo ser. El tema es, insisto, que tal vez tu amigo se sienta mal, y en esos casos es mejor tener dónde ir. Fue un buen intento, creo y me animo, me ofrezco a acompañarlo y él dice que no sabe si su amigo querrá. Por las dudas, se lleva el teléfono del hospital, en una de esas.

**N**o puedo imaginar qué es lo que está cantando. La música me llega como desde un parlante reventado por un volumen imposible, deformada, me sobresalta mientras me derrito lentamente en una fila larguísima de autos detenidos. Una mañana de aquellas en las que tuve que salir en el auto porque tengo un resto de combustible y no monedas para el colectivo. Vaya paradoja, pienso cuando tengo que decir por décima vez que no, que no tengo monedas, a los chicos que me piden en la 9 de Julio y la autopista, que no, que no tengo monedas al viejo de Independencia y al bombero voluntario de San Telmo. Hace calor, mucho calor, pero él no parece darse cuenta. ¿No será obsceno ese sol de peluche gigante que cuelga del espejo retrovisor de la ambulancia funebrera? Maneja -lo intenta, hace rato que estamos detenidos por una manifestación- con la mano derecha y lleva en la izquierda un ramo de rosas. Y canta a los cuatro vientos algo que podría ser un tema lento de un disco de Metallica, está tan entusiasmado que el ramo le sirve de micrófono, ni siquiera se da cuenta de que lo miran, salta en el asiento, está feliz por alguna razón que desconozco pero que envidio. ¿Qué es lo que le gusta tanto de su ambulancia? ¿Se le borrará la sonrisa insoportable cuando tenga que subir o bajar el fiambre? Ese hombre solo puede estar enamorado. Ninguna otra cosa

podría justificar esa impunidad para la alegría, que de pronto, no sé por qué, me contagia. Me dan ganas de cantar, de bajarme del auto en plena calle y subirme a su ambulancia, que me cuente por qué está feliz, sí, a mí me encantan las historias de amor. Es una buena postal, de esas que dan ganas de pegar en la heladera.

**P**or segunda vez en quince días alguien me escribe pidiendo información sobre la situación de quienes vivimos con vih en la Argentina. La necesita para solicitar asilo político en el gran país del norte. Es posible para quien tiene vih, en caso de poder demostrar unas cuantas cosas que cualquiera puede relatar. La falta crónica de medicamentos, la entrega fraccionada -¿cuánto tiempo se puede perseguir un puñado de pastillas?-, la dudosa calidad de lo que te entregan, la falta de políticas públicas de prevención, la falta de insumos en el hospital público. Es necesario demostrar que todavía se discrimina a quien vive con vih, que no se lo considera apto para el trabajo -¿recuerdan los exámenes preocupacionales? Pronto tendremos que hacer un esfuerzo para recordar qué era ocupación- y que no es posible elegir una prepa si ya conocés el diagnóstico porque no se aceptan clientes con enfermedades preexistentes. En fin, podrían darle asilo político si se pudiera transmitir concretamente ese miedo que te mueve el piso día a día, la incertidumbre por lo que vendrá, la necesidad de callar, la angustia de saber que son demasiados los que no reciben ningún tipo de atención porque ni siquiera llegan al sistema de salud. Y sin embargo no es fácil. No es fácil hacer espacio en la tragedia cotidiana para contar algo que parece tan particular como la situación de quienes vivimos con vih. Mientras se acumulan los muertos por las balas policiales, por el hambre, por enfermedades que serían fácilmente curables de ser atendidas a tiempo, mientras se multiplica la miseria, mientras se niega a las mujeres el derecho de

gozar de su sexualidad sin quedar presas de embarazos no deseados, mientras el país se hunde, todos nosotros estamos amenazados. Me refiero a los que viven con vih y a los que no. ¿Cómo encontrar algunos centímetros de papel para enviar a los Estados Unidos cuando parece evidente que aquí sobreviviremos los más fuertes? ¿Quiénes serán los más fuertes? Levantarse cada día es un desafío, es algo que sabemos en este territorio, pero que no dice la acumulación de números en las páginas de los diarios. Por un instante hasta me causa gracia el pedido de asilo político por tener vih. No quiero faltarle el respeto a los que puedan solicitarlo, pero me imagino a los adolescentes refugiándose de los escuadrones de la muerte, a las mujeres asiladas para poder disponer de su cuerpo, a los jubilados expropiados de su descanso, a los desocupados, a los cabecitas, a los putos, a las lesbianas, a los pobres y a los que están a punto de serlo. No es un gran esfuerzo, ya lo vimos una vez, hace veinticinco años. Y lo vemos todos los días mientras tachamos de la agenda los teléfonos de los amigos en éxodo.

**L**e gusta tocarse la panza cuando se acuesta boca arriba. Todavía le resulta extraño sentir la piel que se hunde entre las costillas y la pelvis, percibir en la palma el secreto proceso de su cuerpo, los sonidos acuáticos del estómago. Y nada más. Es extraño, dice, no estar embarazada. No estar esperando para tener, no contar más los días de atraso, no sentir cómo la gravidez le hincha las piernas, ni las patadas del hijo que se forma año tras año. Este año cumplió treinta y dos, a los 29 parió el último de sus diez hijos. El primero empezó a gestarse cuando tenía 15 y la ayudó a dejar la casa de un padre que no la dejaba salir ni a la esquina, para mudarse a la de un marido que la quería adentro. Que la prefería así, con los pechos hinchados y ligeramente dulces en las puntas; con el vientre estirado y la espalda

arqueada para soportar el peso. Tuvo cuatro hijos con García, como ella lo llama. Nunca pensó en cuidarse, a veces intentaba negarse amablemente al deseo de su marido, probaba masturbarlo para que él desistiera, siempre había un bebé durmiendo que daba la excusa. A veces resultaba, la mayoría no. Él le prometía acabar afuera, te juro, te juro que la saco, le decía. Y después pedía disculpas, se había dejado llevar. Cuando un niño tenía nueve meses el siguiente empezaba a gestarse. Tuvo seis con Montenegro. Con el mismo ritmo, uno atrás del otro. El tiempo se contaba según los partos, más cerca o más lejos del parto. Nunca dejó de tener leche. Diez años seguidos poniéndose los bebés en la teta, para que coman, para que se calmen, para que no se pongan celosos del nuevo hermanito. No sabe por qué no tomaba anticonceptivos, ahora que pasaron tres años del último nacimiento lo entiende menos. Las cosas son así, una está ocupada en criar niños, y los niños ya se sabe, no dejan tiempo ni para ir al dentista. Además había que hacer cola desde las cuatro de la mañana para sacar turno, por eso no le quedan dientes, entre que se descalcificaba con los embarazos y que ya estaba descalcificada de antes, dice, se le cayeron todos. Pero se los va a arreglar. Desde que se da la inyección una vez por mes, desde que sabe que no va a seguir pariendo, se anima a hacer otros planes. Eso sí, la tiene que pagar ella la inyección. En el hospital le dijeron que era lo más práctico, ellos no tienen para darla, si no la darían, porque ya no puede tener más pibes, no le da la salud. Por eso le hablaron de la inyección. Y la verdad es que le vino bien. Ahora los chicos están organizados. Los que van al colegio a la tarde, cuidan a los chiquitos a la mañana y los de la mañana a la tarde. Entonces puede cumplir con esa changa en una casa de familia, a la que llega caminando, cruzando la vía que separa la villa de las casitas al costado del río Reconquista. Es raro no estar embarazada, a veces incluso, se extraña.

**S**iento la dentellada en mis talones. Siento el aliento tibio en la planta de mis pies. Lo que salpica cuando estrella sus dientes, con el desencanto de quien mastica aire. Nada más que aire. Es tentador el calor en las plantas. Algo sugiere que rendirse puede ser dulce como dormir en el hielo, perder la sensación y dejarse ir, a lo mejor hama-cada por algún fulgor perdido que todavía alumbra en la memoria. Es como fumar, un cigarrillo después de otro, el humo afuera y el humo adentro, el aliento que se va descomponiendo a lo largo del día, el aliento acre en el que me reconozco. Es como el olor después de una noche en la jungla, doblada por el peso de los vicios, el gusto agrio de este lado de la mejilla, la marca de las sogas que estrangulaban antes de cortarse. Un paseo por la zona roja. Una cosquilla indefinible por el bajo vientre, o más abajo, donde mi nombre es una huella húmeda, cuando cualquier cosa es cualquier cosa. Podría permitirme cortos paseos por las sombras, como una adicta en permanente recuperación, que sabe que no hay caminos sin tropiezos. Pero me alarma estar siempre tan dispuesta a la dentellada, como si fuera tan fácil remendar la mordida al día siguiente. Y sin embargo no hay otra yo en las llanuras, más que el sonido de los cascos que consume el fuego, con algún intervalo que se bebe de a sorbitos en una laguna.

¿Qué dice el espejo? Que me encanta espiar en el jardín de las tentaciones, que las partes se juntan incluso con los brazos de la bestia. Que no voy a ceder ni los trancos, ni los pequeños pasos, que voy al amanecer, sacudiéndome la culpa como polvo de la ropa. Que me la voy a cambiar y seré la misma. ¿Será que hay algo que rescatar del fondo del pozo? Porque sin duda vuelvo a su angosta pendiente, husmeando como un topo en lo que puedo ver, oler, probar, debajo, más abajo. Y entonces no sé si salgo entera o siempre la misma. Si alguna vez podré respirar en la superficie y olvidar este dolor de noche en pleno día. Por ahora sigo caminando por los bordes, me desbarranco y subo, hundo los pies en el barro, no sé si es lo que quiero pero de vez en cuando me alegra verme desnuda, quitándome lo negro como



costras de brea. En ese vaivén me pierdo y me encuentro, las dos caras de lo mismo, una sola yo en mi destierro.

**L**a sensación es siempre la misma, como caminar tranquilamente por una vereda y que de pronto el suelo se abra bajo los pies, sin aviso. Voy al Hospital Municipal de Odontología Pediátrica para llevar a mi hija. Es casi un milagro haber conseguido un turno y estamos las dos felices de haber ingresado en ese sistema, después de un par de meses llamando por teléfono. Me preguntan si alguien de la familia tiene vih. Les digo que sí, que yo vivo con vih. La odontóloga, muy atenta, me dice que, si lo deseo, la niña de pujantes 14 años puede pasar por el laboratorio de análisis clínicos. Le agradezco, pero no es necesario, ya evaluamos esa posibilidad con mi infectólogo hace años y fue descartada. La tercera vez que asistimos al hospital de La Boca -y sí, el Odontológico queda, casualmente, en La Boca-, el doctor Abdala me hace pasar primero. En el consultorio hay tres dentistas más y dos pacientes; allí me dice que necesita un certificado del pediatra que diga que Naná no tiene vih porque, si no, no puede ponerle anestesia ni realizar determinadas prácticas. ¿Qué? Le pregunto con un tinte de escándalo en la voz. Usted no necesita ningún certificado doctor, la anestesia no tiene un cuerno que ver con el vih y además está prohibido por ley que usted me exija ese tipo de certificados. ¡Ah, sí, la ley! ¡Como si alguien cumpliera con la ley en este país!, dice la jefa del consultorio. A esta altura la cólera fluía sin problemas por mi garganta, y afortunadamente también por la de mi hija, que es hermosa, inteligente y combativa (sí, soy su madre). Y que había entrado al consultorio porque nadie se lo había impedido. Otra de las dentistas, con el barbijo puesto y la boca de su paciente abierta, quiso argumentar sobre la probable existencia de otros “bichos”. Les pedí que pusieran todo esto por escrito así yo podía hacer la denuncia

donde correspondiera. La atendieron, sin usar anestesia, ni siquiera el torno, porque antes de tratar las caries había que terminar con la prevención. En cuanto el doctor terminó de sellarle las muelas sanas, subimos a hablar con el director del hospital. Dijo que era cierto, que no podía exigir el análisis, pero que era para proteger a la niña porque, usted sabe, a una persona inmunodeprimida un resfrío podía causarle un daño gravísimo. Le pedí que no subestime mi inteligencia ni mi experiencia. Y que si, como parecía querer decir, tenía un consultorio aislado para los niños inmunodeprimidos, también iba a hacer la denuncia porque como medida de bioseguridad era deficiente y como atención a los niños era cruel. El profesional ensayó el tono paternalista de algunos médicos, me felicitó por la manera frontal con que encaraba las cosas y me aconsejó no andar diciendo por ahí que tenía vih, ¿para qué?

**T**engo una profunda admiración por quienes cumplen obedientemente con sus tratamientos. Qué sé yo, parece que no les pesaran las catorce pastillas diarias, que consiguen generar una rutina incorporada entre otras tantas, como lavarse los dientes antes de ir a dormir. A veces incluso me da vergüenza confesar cuántas veces me olvido de tomar las benditas pastillas, cuántas veces me hago la boluda, cuánta fiaca me da atragantarme con esas drogas que se suponen vitales. Lástima que he olvidado sus efectos benéficos, que he dejado el miedo a morir de sida en alguna vuelta del camino. Todo lo que recuerdo de las benditas pastillas es que me obligan a ir al baño diecisiete veces por día, que mis piernas ya parecen un revoltijo de venas expuestas, que mi cuerpo se engruesa en algunas partes y languidece en otras arbitrariamente. Y lo peor es que de solo pensar que esa rutina que no termino de incorporar me acompañará por el resto de mis días, me da una claustrofobia tal que solo quiero salir corriendo, muy le-

jos de los tres frascos que amenazan desde encima de la heladera. También es cierto que alguna que otra noche la culpa me asalta como una pesadilla y vuelve el temor arcaico como una visita nueva. ¿Y si me muero por boluda?, ¿y si me enfermo y quedo inhabilitada por meses solo por dejar que las cosas sigan su curso mientras las pastillas descansan en su envase? A partir de mañana las tomo, lo juro, no me voy a olvidar. Pero la mañana llega con su novedad y el miedo me suelta el cuello casi sin dejar marcas. Debería encontrar alguna otra razón para tomarlas que no sea el miedo a morir, porque eso es demasiado pesado para recordarlo todas las veces que tengo que tragar la medicación. Debería poder. No sé si es omnipotencia o simple negación, supongo que es algo parecido a fumar con dedicación, con ahínco, con placer, todos los cigarrillos que tengo ganas. ¿Quién piensa que va a morir por eso? ¿Quién piensa en enfermarse? Si desde que sé que tengo VIH, aprendí que el presente es un instante eterno, único, el mejor bocado a devorar, ¿cómo poner en el futuro las razones por las que me tengo que tomar las pastillas ahora? Es evidente que hay respuestas sencillas para estas preguntas tontas, de hecho me he propuesto no morir antes de diez años, supongo que después de ese tiempo mi hija podrá soportarlo mejor. Supongo que desearé un bonus track cuando se cumpla el plazo, pero, bueno, eso es mejor pensarlo ahora. Es lo que estoy haciendo de hecho, lo estoy pensando, estoy prometiendo incluso, una vez más, que a partir de mañana, a partir de mañana todo va a cambiar.

**E**s así, a veces hay que aprender a caminar controlando los pasos. Dar uno detrás del otro, respirar hondo, acumular fuerzas, dar otro más. El aire es espeso, un magma caliente que hay que atravesar aunque en el tránsito quede la piel como un vestido viejo y la carne se queje por su impúdica intemperie. Ya no hay salida, hay que seguir

caminando. Levantarse otra vez de la cama y buscar excusas para emprender el día, sin ninguna esperanza de aventura, solo para atravesarlo, dejarlo atrás al menos. Tal vez mañana. Tal vez el abismo encuentre su fondo a alguna hora y no queden más opciones que remontar la cuesta con los ojos en el cielo y la sombra en la espalda. Siempre fue así, aunque algunas veces parezca peor. Aunque las voces de los muertos se vuelvan estridentes de tanto en tanto para proclamar su ausencia a los cuatro vientos. No ya en la memoria, sino en el cuerpo. Tan presentes, tan cerca los siento que hasta puedo entablar conversaciones, cotejar con el tiempo en que estaban vivos las esperanzas que sosteníamos para este futuro, mi presente. ¿Tengo alguna ventaja por estar en este mundo? ¿He ganado algo sobre todo lo perdido? Seguro que sí, y de todos modos lo que se puede considerar ganado no es lo que se acumula. No son más que experiencias como tachas en un telón oscuro. ¿Es un deber vivir por todos los que no están? ¿Es un deber estar viva? ¿De qué materia se construye la esperanza? Igual, ni siquiera eso es necesario, el puro presente alcanza, dos o tres cosas. Pero me cuesta encontrarlas, reconocerlas, ando tanteando a mi alrededor como una ciega. ¿Cómo era que la vida me parecía un premio? ¿Cuándo fue que tiré piedras a los faroles de mi ruta? ¿Podría repararlos ahora, volver sobre mis pasos y pegar los restos, uno sobre otro hasta que se enciendan?

**E**s un hecho. Los accidentes existen. Se pueden tomar todas las precauciones posibles, usar cinturón de seguridad, no cruzar el límite de velocidad permitida, salir a la ruta solo cuando se ha dormido ocho horas reglamentarias. Y aun así sufrir un accidente. Aunque te quedes en tu casa, comas solamente lo que prepares con tus propias manos y revises las llaves de gas mil veces antes de acostarte, nada podrá impedir que tu organismo se retobe, o que el vecino haga explotar una

garrafa justo bajo tu ventana. ¿Tener sexo conmigo, que tengo vih, es como andar por la ruta sin cinturón de seguridad? ¿Da vértigo? ¿Es como caminar por una cornisa? No, me contesto muy segura, lo sería si no tomara precauciones, si no usara forro, por ejemplo. Pero cuando sucede un accidente, cuando se rompe un preservativo, el miedo es como un muro levantado justo frente a mi nariz que da cuenta de lo que ya no voy a poder hacer, de que el blando olvido del placer es para otro y no para mí. ¿Qué hago, entonces? El forro se rompe y yo quedo como estancada, tratando de conservar la calma, de no darle dramatismo. No es sinónimo de infección, ya lo sé, ¿y el otro?, ¿y si tuviéramos tanta mala suerte?, ¿cómo manejo su miedo? ¿Y el mío?

¿Seguirán diciendo las mamás a sus hijos que piensen en los chicos que no tienen nada y se terminen el plato que tienen enfrente? ¿Será más fácil o más difícil terminar la comida que les sirven sus madres mientras ven en la tele como otros chicos se mueren de hambre? Vos ¿qué estarías dispuesto a entregar para que nadie más necesitara consumir sus propios músculos para seguir viviendo unos días más? ¿Cuánto hace que no mirás más allá de tu propio ombligo? ¿Y qué se hace después de ver? Es patético ver los 0 600 que se promocionan para donar por teléfono dinero para hogares. Divino, pagamos un plato de polenta sin movernos de casa, ¿qué mejor negocio que un comodísimo lavadero de culpas? Hay otros productos que también nos permiten ser buenos sin siquiera darnos cuenta, comprándolos ayudamos a completar la mesa de los niños pobres. Eso dicen las promociones, al menos. Es paradójico, de pronto todos sabemos lo que pasa en Tucumán, como si un velo se hubiera descorrido de pronto, la desnutrición, los ranchos vencidos y llenos de vinchucas, las mujeres que a los 19 ya han parido cinco veces se nos enredan entre las piernas, se mezclan entre pensamientos perdidos, se te meten hasta

en la cama. Y a la vez, todo eso sucede tan lejos para quien tiene un diario entre las manos. Hay abismos entre nosotros, entre los que saben lo que es el ICQ y los que caminan todos los días un kilómetro para buscar agua. Entre las chicas que van con sus madres al ginecólogo y las que han parido antes de empezar la secundaria. Incluso entre los que pueden leer estas líneas porque encontraron el diario en la calle y los que se quedaron estancados en algún pueblo por el que ya no pasa el tren ni la vida. Hay tantos abismos y tan pocos puentes. Las imágenes de los chicos desnutridos, en Tucumán o Catamarca me hacen acordar a la de los desaparecidos que poblaron las revistas y los diarios a mitad de los ochenta. Todo el mundo estaba horrorizado, cómo podía haber pasado todo eso en nuestro país, nosotros no sabíamos, no nos imaginábamos, qué barbaridad. ¿Y dónde habían estado todas esas personas durante la dictadura? ¿Dónde estuvimos todos nosotros durante estos últimos años?

**E**lla va a buscar leche maternizada al hospital Paroisien de La Matanza. Tiene que ir una vez por semana, a veces más seguido. Las partidas no alcanzan para que las mamás las acumulen en su casa. Algunas veces hay, otras no. A veces llega con el bebé en brazos, llorando de hambre. La leche se acabó el día anterior y bueno, hay que esperar. Pero el bebé no espera y a ella la paciencia y la desesperación la marean y entonces saca la teta y es como magia. El bebé se calma, entrecierra los ojos, acaricia a su mamá y se escucha el sonido de la saciedad en su garganta. Sería una escena como cualquier otra si ella no tuviera VIH, pero lo tiene. Y sabe que no debería amamantarlo porque esa es una de las vías posibles de transmisión del virus. Pero no es la primera vez que lo hace, por eso tiene leche. Hay que bancarse que tu hijo llore de hambre, dice ella, defendiéndose de un ataque que nunca llega. En realidad, poniéndose en guar-

dia frente a los alaridos que da la culpa dentro de su cráneo, gritos sordos que suelen despertarla de noche, justo antes de que su bebé empiece a llorar y ella tenga, algunas veces sí, otras no, leche para calmarlo. ¿Se puede decidir entre el hambre y el riesgo de infección? Cuando la urgencia te aprieta el cuello solo pensás en soltarte, se dan patadas a ciegas con tal de avanzar un tranco más en el camino, mañana, quién sabe, quién sabe si habrá mañana. Lo que hay es un niño que llora ahora, radicalmente ahora. Lo que hay, dicen las mamás con vergüenza, con desesperación, somos estas mujeres que no sabemos qué carajo hacer con ese pedido imperioso mientras los pechos se te llenan de esa leche que alimenta pero es peligrosa, muy peligrosa.

**N**o era la primera vez que lo hacían. En realidad se había transformado casi en una costumbre de los últimos seis años. Un rito más en la relación que empezó compartiendo chupetines en el jardín de infantes y odiándose a muerte durante la mayor parte de la escuela primaria. Las dos se desvelaban por ser las mejores alumnas y la antipatía había sido abonada por las maestras que no tenían mejor manera de alentarlas que haciéndolas competir. A ver cuál de las dos tenía las mejores notas, cuál el mejor cuaderno, cuál el uniforme más prolijo. En quinto grado incluso llegaron a sacarse la lengua en el pasillo y a trenzarse en una maraña de tirones de pelo que las alejó del sueño de ser las mejores. En el boletín llegaría la mala nota en conducta. Por suerte en la secundaria llevar la bandera dejó de ser una tentación y las dos aprendieron a sentarse en los últimos bancos. Ahí, en el fondo, la rutina de las clases se suspendía y ellas charlaban por escrito, anotando párrafos enteros en los escritorios de madera que finalmente una preceptora las obligó a lijar. En esos años vivían casi en la misma manzana, a mil quinientos cuarenta y

tres pasos de la escuela. Lo sabían porque los contaban religiosamente cuando les tocaba volver solas, era una forma de acortar el tiempo de la caminata, un desafío para conservar la cuenta intacta y darse cuenta de que siempre, siempre, daba lo mismo. Si no, era cuestión de dar algunos trancos. Pero lo mejor era volver juntas, sobre todo en esa época en la que era fácil conversar porque el mundo estaba ahí con sus sorpresas y a alguien hay que contárselo. En esas cuadras negociaron las primeras veces hasta dónde podía tocarlas un novio, si de la cintura para abajo o para arriba, si ellas lo tocaban a él, si sería verdad que después de hacer el amor el amor seguiría haciéndose solo. Planificaron tantas veces el día que finalmente dirían sí que la desilusión las obligó a mentir un poco sensaciones que escucharon en alguna película. Siempre siguieron encontrándose. A pesar de que estudiaron cosas distintas y se mudaron de barrio. Por cábala o como un rito, se encontraban en la plaza de enfrente de la escuela y caminaban juntas a la casa de los respectivos viejos. Por cábala también, después de la primera vez que se hicieron el análisis de vih, siguieron yendo juntas. Al mismo hospital, siempre un viernes, a la misma hora. Se lo hacían porque les parecía lo correcto, porque tenían amigos que vivían con vih y entonces se sentían comprometidas con el cuidado, la prevención y la no discriminación. Son de esas chicas que siempre tienen forros en la cartera, saben cómo ponerlos y cuáles son las mejores marcas. En realidad se hacían el análisis como un rito, era una excusa para encontrarse, una cábala. No era la primera vez que se lo hacían, pero sí la primera vez que a una de ellas la hicieron pasar a un consultorio, más privado, y le dieron un resultado que no esperaba. Sí, puede ser que se hubiera relajado. Pero qué sé yo, era un pibe del laburo, una cara de santo. Además desde que existen las pastillas no es tan grave la historia, no te morís de sida. A eso apostaba Mariela en el camino de ida al hospital. De vuelta no hicieron falta palabras. Dos mil ochocientos veinticinco, todos esos pasos duró el silencio.



**E**mpezaba a sentir el viento de la carrera en la cara cuando el palo me dio en los dientes. Suele ser así. No puedo decir que esté acostumbrada, cada vez que reconozco el miedo en otros ojos el impacto me tiende de espaldas. Caigo como una bolsa de arena, hecha polvo, desparramadas las pequeñas mentiras de la seducción, lo que podría haber sido dicho, las pocas tentaciones que tenía para ofrecer. Puedo advertir el miedo, puedo olerlo como los animales, sentir la distancia que se instala después de ese relámpago que corta la noche de mis fantasías. Si pudiera elegir me haría invisible, daría la espalda a ese temblor en silencio, me echaría a andar como si nunca hubiera estado allí, de frente a esos ojos que, estoy segura, ya no me miran como antes, que intentan recoger el hilo que hasta ahora han soltado. Tal vez porque la opción fue hecha hace tiempo, solo puedo permanecer y enfrentar lo que no quiero ver, ser otra yo misma y hacer los discursos del caso. Como una promotora de mis posibilidades y mis limitaciones, intentando evitar ese miedo primitivo de haber tocado en mí la alternativa de la muerte. Lo tomo con calma. Sostenida por la armadura de la experiencia, desgrano las palabras como si no fueran mías. Como si apretara el play de un viejo grabador salen las estadísticas, los mitos, lo que significa que prácticamente no haya virus circulando en la sangre, las diferencias para los varones y mujeres. Intento poner ejemplos relativos, ejemplos que expliquen esos números, intento no hablar de más, intento domar mi escasa paciencia porque, al fin y al cabo, esa información debería estar más disponible, circular de otra manera, qué sé yo. No puedo enojarme ni desaparecer. No quiero tampoco dejarme caer y me resisto como puedo a convertirme en la portadora, la que lleva el virus que puede matarte o enfermarte. Pero es así, a eso me enfrento cíclicamente porque, en definitiva, tengo VIH. Tomo pastillas a la mañana y a la noche, mi cuerpo libra sus batallas por la mañana y no es tan difícil advertir la erosión de los medicamentos. Esto es lo que hay: una mujer de 36 que todavía se sorprende cuando se mira en el espejo y encuentra

las huellas que dejaron los placeres y los daños. Pero en esos surcos está también lo aprendido, lo soñado y lo cumplido. Qué voy a hacer, no me considero peligrosa, ya sé que no es a mí a quien temen, es al virus, a esa estela de padeceres, a los fantasmas de la muerte. Después la vida sigue, es cierto, el día nos desata la ilusión y habrá que volver a armarse para seguir caminando. Pero mientras tanto, mientras tanto yo elijo correr el riesgo.

**A**un desde aquí, desde debajo de la escafandra en que me sumergen mis propias secreciones, la memoria del gesto hunde su punzada. No puedo escribir sin cigarrillos, no puedo llorar sin ese consuelo acre en la garganta inflamada de sal. Igual, me resultaría imposible fumar. Ahora mismo me siento lo suficientemente mal como para ver en el manoteo inútil de mi deseo de fumar algo menos que un gesto adolescente de autodeterminación. Yo hago lo que quiero y a mí nadie me dice lo que tengo que hacer. Yo soy la invencible habitante de la noche, amante de todos los extremos, compulsiva escaladora de bordes. Yo tomo lo que quiero, fumo cuando se me da la gana. Uso mi cuerpo como si fuera otro. Como si pudiera entrar y salir de una acelerada decadencia, sin más huellas que las que se van con el maquillaje (igual, me pinto tan poco). Mi única noción de los límites es darme de cabeza contra ellos. Y aquí estoy ahora, prometiéndome ser mejor la próxima vez. Tratando de ovillarme como mi gata en esta cuna desierta que la fiebre humedece. Asumiendo culpas como si de ese modo pudiera ser perdonada, católica al fin y al cabo. Ya los sé, yo también soy insoportable cuando me enfermo. Con la misma vehemencia puedo insultar a la mala suerte, clavarme puñales por los excesos cometidos, pedir por favor que me acompañen o expulsar a quien no sabe de inmediato muy bien qué hacer a mi lado. Este cuerpo no es el mismo de las noches, este se me escurre, es transparente.

Un saco de huesos dentro de la ropa. ¿Cómo hacía antes para sentirme invencible? Con vergüenza descubro la omnipotencia en este deseo belicoso por los cigarrillos que no podría consumir. He llegado a decir que fumar me aliviaba la tos, como si fuera ciega y estuviera dando una clase sobre los colores. No está bien arrancar una promesa al caído a cambio de una mano que ayude a levantarlo. No estoy en condiciones de escuchar sentencias definitivas, seguramente tengo que dejar de fumar, todos tenemos que dejar de fumar, tengo hasta un plazo para proponérmelo otra vez. Una vez más. ¿Cuánto durará ahora? A lo mejor la intermitencia en los excesos permite conservarlos como cartas en la manga. Lugares a los que podría volver de visita, de tanto en tanto. Es lo máximo a que me atrevo, todo lo definitivo me remite a la muerte y bajo esa amenaza no funciona. Son pataditas, igual. Pataditas de berrinche infantil que no tienen destinatario. Si al menos pudiera dejarme cuidar. ¿Quién lo haría? ¿Será esto también como el huevo y la gallina? ¿Qué fue primero? Para vivir en llamas, hay que andar siempre de visita por distintos fuegos, porque enseguida aparece la amenaza del rescoldo. Pero no se puede vivir en llamas. Tampoco hay tantos fuegos que visitar.

**H**acía mucho tiempo que no nos encontrábamos, que no chusmeábamos como al pasar sobre romances fugaces, dolores de estómago o viejos conocidos. Teníamos esa complicidad que no se pierde con el tiempo ni con la distancia; la que, me guste o no, otorga el saber que en secreto lidiamos con las mismas pastillas, problemas similares, soledades (o no) paralelas. La complicidad que te da saber que vivimos con vih, que un día creímos que nos moriríamos al siguiente y sin embargo seguimos viviendo. La última vez lo vi acá, en el diario. Estaba indignado porque no sé qué chirusa se había negado a hacerle las manos en su peluquería de siempre (una suficientemente

cara como para albergar su alcuernia), si él no traía sus propios implementos de manicura. Es que la mujer había escuchado su testimonio por la tele y temía que sus instrumentos se infectaran con vih. Demasiadas películas, demasiadas malas películas y poca calidad humana. Alejandro Kuropatwa también se había hecho demasiadas películas. Me acuerdo de verlo entrar en el velorio de Omar Schirillo, un artista plástico que murió de sida, arrasado por el llanto y con ese modo tan chic de deprimirse diciendo que él sería el próximo. Nadie le dio demasiada bola, ya lo había dicho otras veces, de hecho fue quien de verdad fue la próxima en morir, quien se ocupó de susurrar: “Este nos va a enterrar a todos”. Murió la semana pasada, de sida. Era el último dinosaurio, dijimos algunos, los que nos hemos encontrado en tantos entierros porque también nos emborrachamos y tocamos el cielo narcótico de los ochenta. Hacía veinte años que vivía con el virus. Y no sé qué pasó, no sé qué contestar cuando me preguntan porque hacía mucho que no nos veíamos y porque, parece, hacía tiempo que no veía a casi nadie. Se murió de sida, eso sigue sucediendo, pienso y hago estúpidas cuentas sobre cuantos años me quedan a mí si a él le tocaron veinte después de su diagnóstico. Es un pensamiento miserable, es cierto. Ya no me voy a quejar de su alarde de gran artista, ya no puedo criticarlo porque me parecía que estaba sobrevaluado como fotógrafo o por lo que puta fuera. Se murió Kuropatwa y así es de escueta su ceremonia. Y aquí nos quedamos todos otra vez, con la extrema pavora a lo irremediable.

**T**engo miedo. No, en realidad no tengo miedo. Tengo ansiedad. El miedo se me fue, le digo a una amiga, una noche lisérgica que duró hasta muy tarde en la mañana cuando un rayo se coló en un cuarto de telo, claustrofóbico, espejado, lleno de espuma de un hidromasaje que, como siempre, dejó de funcionar en el momento lux del insom-

nio. Fue raro, él descubrió el punto de luz sobre su mano, titilante, inestable, amarillo, distinto a todos los haces de luz que los diversos botones activaban. Lo seguimos como buscando el tesoro en la punta del arco iris, de algún lado tenía que venir esa luz, de un mundo distinto a este de gemidos impostados y de sábanas acrílicas. Venía de afuera nada más, luz de sol que entró en el cuarto de los espejos, destruyó la paranoia del encierro, convirtió la espuma desperdigada en alfombra de nieve. Con esa intensidad con que se sienten las cosas algunas veces, dejamos que el mínimo rayito nos dibujara el cuerpo, prendiera brillos en los ojos, se metiera entre nosotros como invitado, trajera en su superficie constelaciones de polvo que viajaban sobre la luz, crecían y morían fuera de su espectro. Y fue mágico, se me pasó el miedo. No sé por qué, no sé qué hubo entre el telo y la mañana de la que siempre se huye con la mente alterada, pero ya no me dio miedo lo que podría pasar en la operación, dejé de preguntarme si seguiré siendo la misma después de sumar otra cicatriz, si tendré que quedarme más de lo previsto en el hospital, si habrá llegado el momento de preocuparse. Hubo algo ahí que me atravesó, justamente como un rayo, una revelación, eso que sabía, que aprendí una vez y siempre me olvido. Que seguiré siendo bella para algunos ojos, que los míos seguirán descubriendo eso que me anima y me sorprende, aun detrás de las cortinas de un telo de ruta.

**A**rbitrariamente, sin consultarlo con mi médico, sin más guía que mi propio hastío, un día, hace seis meses dejé de tomar las pastillas. Después de seis años ininterrumpidos de tratamiento diario, consideré que podía tomarme un respiro, saber de qué se trataba olvidarse no una o dos veces de tomar la medicación sino entregarse a la dulce amnesia de la vida sin medicación. Que no es lo mismo que la vida sin vih, ya que esa oportunidad me la perdí hace tiempo. No quiero

ser terrorista, ya sé que no es para aplaudir mi decisión unilateral. Como también sé que esta vida sin horarios ni pastillas tiene un límite. Por estos días estoy cumpliendo los engorrosos trámites -y uso esa palabra para ser elegante- que implica retirar los medicamentos mes a mes para volver a mi rutina de paciente responsable. Fui feliz mientras duró, debo decirlo, sobre todo para acompañar a quienes tienen que empezar a tomar medicación ahora y por razones diversas se niegan, no se animan, dan vueltas, se justifican. Quiero decir, no es ningún paraíso tomar las benditas pastillas, pero hay momentos en que no queda otra. O sí, pero esa otra posibilidad es menos romántica incluso que una muerte joven y copiosamente llorada por los pares. A mí me basta con asistir a la lentísima agonía de mi amigo Paco, que en su cama ortopédica solo se limita a dormir y a alimentarse con el suero. Puede sonar cruel, pero también puede ser peor. Feliciano, por ejemplo, murió más o menos dos semanas después de empezar a tomar el cóctel, después de negarse una y otra vez, después de convertirse en un militante macrobiótico que ni siquiera permitía que le tomaran una radiografía. Y podría seguir. Laura intentó mirar para otro lado durante años, cambio de médico cada vez que le sugerían que era tiempo de empezar el tratamiento, se hizo la boluda todo lo que pudo. Hasta que por un herpes -que duele como la puta que lo parió-, bajó tanto de peso que casi desaparece y se convenció de que estar enferma no era tragar pastillas sino que eso sucedió cuando no lo hacía. Sí, escuché y leí un montón de cosas sobre la no existencia del vih, sobre el complot capitalista para vender medicamentos y otro tipo de paranoias. Pero, en mi experiencia, tomar o no tomar pastillas significó, entre otras cosas menos agradables, enfermarme menos -y tener menos chances de morir al pedo-. Detrás de esa negativa clásica a la medicación suele esconderse otro cóctel en el que se mezclan el miedo -es verdad, cada vez que las tomás, recordás que el virus habita tu cuerpo-, la soberbia -¿qué saben los médicos de mi cuerpo?- y un resto de cierto placer por ocupar el lugar de la víctima. No quiero ser cruel; en todo caso, soy cruel conmigo también, que padezco de

todas esas cosas. Lo que sé es que no hay nada de valiente en inventar excusas para mirar a otro lado. La decisión es de cada uno, y una -en mi caso- siempre negocia entre lo que tiene que hacer y lo que debe.

**L**a comunicación fue tan escueta como su vida los últimos meses. “Che, se murió el Paco”, me dijeron por teléfono, con la liviandad de quien sabe que no está dando una gran noticia sencillamente porque el Paco, hacía tiempo que ya no estaba. Era apenas un cuerpo raquítrico perdido en la inmensidad de su cama, respirando con un esfuerzo que parecía consciente a pesar de la tomografía en blanco, a pesar de que ya no controlaba ni sus ojos extraviados, ni las manos que se crispaban sobre el pecho. Su madre lo custodiaba, le limpiaba las babas, lo negaba a sus amigos, nos prohibía cualquier tipo de caricia, de intimidad. Mi hijo es mío, parecía decir, como si no lo hubiéramos entendido antes. Che, se murió el Paco. ¿Y yo qué hago con este duelo que no existe, con esta muerte que sucede tan lejos de mí, en qué momento me fui de mis amigos de la adolescencia, de nuestros paseos en auto, de nuestros primeros porros? ¿Cómo es que me quedó tan lejos todo? En silencio, en mitad de la comida, más tarde en una fiesta, ahora mismo, las lágrimas empiezan a correr sin un solo espasmo, como si se desbordaran de un corazón acuático tan adentro que ya lo había olvidado. Pero no. No es posible olvidarse de la fuerza que tiene lo no dicho. Eso que asfixia cuando se calla, eso que aísla y que mata como lo mató a él que nunca pudo decir que tenía vih, que nunca pudo decirle a su madre que era homosexual, que nunca pudo. Cuando tuve la primera noticia de que había empezado a enfermar quise viajar a Mendoza, a decirle que no fuera boludo, que hiciera algo, que se podía estar bien. A decirle que cuente conmigo, que no era tan grave. Y no fui. Podría decir que me desanimaron, me convencieron de que estaba mejor, que había empezado su tratamiento.

Podría decir que no es cierto que podía contar conmigo porque yo estoy acá, tan lejos de esos días en que solamente desafiábamos la siesta provinciana paseando por el parque. Podría decir también que no puedo ser tan omnipotente para creer que si hubiera ido algo habría cambiado. Las cosas son como son. Lo que no fue dicho se lo fue tragando, lentamente, a lo largo de un montón de años, aun cuando alrededor otros hablaban. Paco no pudo. Y yo me trago mis palabras y mis lágrimas que hubiera querido compartir con mis amigos de allá, los que quedan, los que saben que eso que tuvimos juntos, esos primeros pasos, serán dados una y otra vez en mi memoria, en su homenaje y en el mío. Porque algo aprendí yo entonces que ahora me permite hablar y estar viva y llorar por el Paco, que se murió ahora, pero yo hace mucho extraño.

**T**odos los duelos traen una certeza: la blanda mano del tiempo que los consuela.

A la distancia, las peores pesadillas no parecen más que monigotes bailando detrás de un vidrio empañado, y aunque siempre cuesta caminar los pasillos de la pérdida, el tiempo enseña que no hay posibilidad de quedar atrapada en ese laberinto. Porque el curso de la corriente es inexorable y no queda más que navegar. A la deriva, es posible, o sosteniendo el timón, pero siempre en movimiento.

Mientras pueda decidir, busco mi huella. No encuentro razones suficientes para tragar agua hasta ahogarme. Cuando me toca la violencia de la caída me dejo llevar, tampoco tiene caso oponerse, solo esperar hasta que llegue la calma y entonces empezar a agitar las olas.

El cuerpo tiene su propio lenguaje para enunciar las pérdidas y asiste a sus otros duelos. Aun cuando no entienda sus imágenes, aun cuando están tan lejos de las imágenes que reconstruyo lejos del espe-



jo, aun así hay una dinámica entre lo que veo y lo que quiero, lo que sé y lo que imagino. Y en esos intervalos está mi identidad.

El tiempo ha quitado de mi piel su rastro. Como arena sobre el cuerpo mojado, así era su recuerdo. Y se cayó con el sol.

Las cicatrices duelen como huesos rotos antiguamente en los días de humedad. ¿Qué me quedó en las manos de todo lo que tuve? Sí, la experiencia. Y un toque como de varita mágica que alguna vez me dijo que fui elegida. Nada más. Soy otra, es cierto. Y a la vez la misma. La misma ilusión intacta de que navegar es preciso y ahora estoy más segura de hacia dónde quiero conducir mi nave. Sé también que las pequeñas muertes no me matan y que volvería a hacer todo de nuevo sin dudarlo ni un instante. Corregiría mis pasos hacia aquí o hacia allá, pero no me arrepiento. Siempre estuve dispuesta a lo que vendría como estoy dispuesta a morir cuando llegue el momento.

¿Y cómo será?

¿Duele?



Cada Año Nuevo, desde hace muchos, un deseo fetiche circula entre nosotros. Es el que Marta Dillon escribió en una de sus columnas en aquellos furiosos años noventa: que seamos felices y nos demos cuenta. Ese es quizás, el leitmotiv de este libro. El que atraviesa todas los textos que se escribieron durante diez años en el diario *Página/12*, que después se convirtió en un libro que se agotó, y que hoy, volvemos a poner en circulación.

Este libro es sobre vivir con vih pero sobre todo es un libro sobre vivir. Como cuando se le muestra el mundo a un hijo, cuando la muerte acecha el mundo se presenta ante nosotros sin la naturalidad del devenir. Todo hay que aprenderlo de nuevo. Así es un duelo, así es sobrevivir. Cada gesto es doloroso y es un tesoro. Cada sensación es la primera aunque se esté haciendo lo mismo de siempre.

Reeditar este libro es un acto de resistencia frente a las fuerzas horribles del olvido. Un acto de resistencia en clave Marta: desafiando los imposibles, bailando sobre las dificultades, disfrutando de la fiesta interminable. Este libro es un deseo que excede todos los años nuevos: seamos felices y démonos cuenta. Seamos felices en la resistencia. Seamos felices en la victoria de vencer a todos los olvidos, todas las negligencias, todas las miserias que insisten en separarnos. Seamos felices en la lucha diaria por vivir la vida que elegimos.